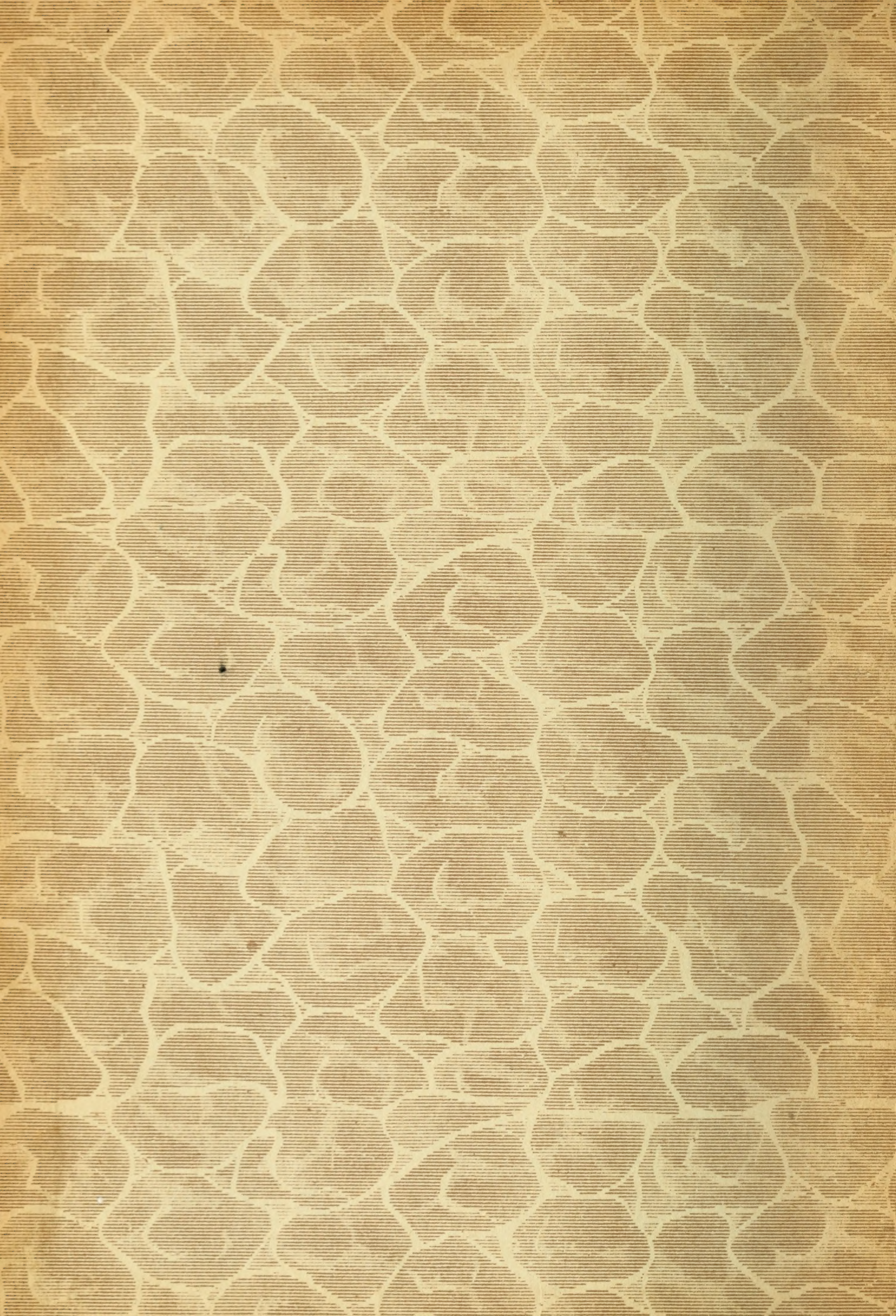

3 1761 08831920 7





LA RABALERA

LA RABALERA

ZARZUELA

en un acto y tres cuadros, en prosa

ORIGINAL DE

MIGUEL ECHEGARAY

música del maestro

AMADEO VIVES

Estrenada en el TEATRO DE LA ZARZUELA en la noche
del 22 de Marzo de 1907

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1909

A Lucrecia Arana

á la Viejecita, á la Pilar, á la Rabalera, á la artista insigne, en testimonio de amistad, de admiración, de gratitud.

Miguel Echegaray.

Cuantos actores han tomado parte en esta obra, así los más famosos como los más modestos, alcanzaron los aplausos unánimes del público, declamando ó cantando la hermosa partitura del maestro Vives.

Para todos los intérpretes de LA RABALERA mi reconocimiento por el entusiasmo con que desempeñaron sus papeles.

Especial mención debo hacer de D. Manuel Fernández de la Puente.

Ensayando los coros y moviendo las masas demostró su gran competencia.

No podré olvidar nunca el cuidado, el celo y el cariño con que puso en escena la obra.

MIGUEL ECHEGARAY.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
ANTONIA	Sra.	Arana.
ISABEL	Srta.	Santa Cruz.
GREGORIA		González (N.)
ECUYERE		Del Campo.
EQUILIBRISTA		Pastor.
JUANA	Sra.	Fernández.
PABLO	Sr.	González (V.)
EL SECRETARIO		Moncayo.
VÍCTOR		Rufart.
BARTOLO		González (A.)
TRABAJADOR 1.º		Agulló.
IDEM 2.º		Caba.
UN MÚSICO		Galerón.
EL HÉRCULES		Bayo.
EL TONTO		Galerón.
EL CLOWN		Delgado.
EL BARRISTA		Muñoz.

Volatineros, toreros, bandas, niños y coro general

La acción en Cantalapiedra (pueblo imaginario).—Época moderna

Derecha e izquierda, las del actor

ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

Patio de una antigua casa de postas. Edificio grande y recien restaurado y con pretensiones de fonda. Puerta grande al fondo y varias laterales. A la izquierda una mesa y sillas; á la derecha, en segundo término, un gran mostrador para despachar vino y cervezas: macizos de flores bordeando la tapia; en todo, limpio, decente, recién pintado, se descubre una mano cuidadosa.

ESCENA PRIMERA

GREGORIA, CORO de muchachas del pueblo. En el mostrador un MOZO

Música

Coro — Mire usté el vestido,
señora Gregoria.
Greg. — ¿Un vestido nuevo?
Coro — Lo he estrenado ahora;
de mi pobre madre
gasté los ahorros,
y padre, al saberlo,
se ha puesto furioso.
Mas quiera ó no quiera
no tiene remedio,
porque ya la fiesta
llegó de mi pueblo.

GREG. Las fiestas de nuestro pueblo
serán las mejores fiestas,
y todo se lo merece
la hermosa Cantalapiedra.

CORO ¡Ay, señá Gregoria,
qué feliz seré!
Voy á sacar novio,
¡cuánto bailaré!

GREG. Pícaras muchachas.
¡Ay Dios, quién pudiera
estrenar vestido
y bailar cual ellas!
¿No escucháis, muchachas?

CORO ¡Es la diligencia!

GREG. ¡Cuánta gente viene!

CORO ¡No caben en ella!

GREG. ¡Y detrás un carro!

CORO ¿Un carro? ¡Cuarenta!

GREG. Vienen en tartanas,
vienen en galeras,
vienen á caballo
y hasta en bicicleta.

CORO ¡Qué ruido, qué gritos
y qué polvareda!

(Un grupo de gente moza entra bulliciosamente por el fondo.)

JÓVENES ¿Hay posada, patrona?

GREG. Sí que hay posada.

JÓVENES ¿Y camas sin insectos?

GREG. Limpias las camas.

OTROS (Entrando por el fondo.)
Venga un vaso de vino.
¿No hay quién despache?
De tanto polvo, traigo
seco el gaznate.

(Se acercan al mostrador y beben.)

OTROS (Entrando por el fondo.)
Desde un rincón del mundo
vengo á estas fiestas.

CORO ¡Para fiestas de España
Cantalapiedra!

GREG. Los titiriteros
vienen en su carro.

CORO ¡Vienen con sus trajes!
¡Miá qué vienen majos!

(Entran los del circo, vienen en su carro y con sus pintorescos trajes. Con ellos, cuatro que llevan en la espalda las liras y cuatro que las tocan, vestidos de arlequines ó de clowns.)

ECUY. (Figurando que monta á caballo.)
Yo soy la que monta (1)
el potro salvaje,
que manos tan blancas
supieron domar.

EQUIL. (Figurando que cruza el alambre.)
Yo soy la que cruza
ligera el alambre,
y cerca del techo
parece volar.

TIT. 1.º Yo soy el barrista.
TIT. 2.º Y yo soy el clown.
TIT. 3.º Y yo soy el hércules.
TIT. 4.º Y el tonto soy yo.

(Durante este motivo musical, evolucionan los titiriteros.)

TIPLES ¡Qué bonito, qué gracioso!
HOMBRES Yo jamás oí tocar así.
TIPLES Dímelo á mí.
Qué instrumentos tan preciosos.
HOMBRES Mucho asombro da
su gran agilidad.
TIPLES Sí que es verdad.

LOS SEIS (Frente al público.)
Yo traigo del circo
los grandes placeres,
la música, el baile,
las bellas mujeres,
la fuerza, la maña,
la loca osadía,
yo traigo del circo
la sana alegría. (Vuelven á evolucionar.)

CORO Nos traen de sus circos
los grandes placeres, etc.

---

(1) Se colocan: á la derecha y perpendiculares á la batería los cuatro que conducen las liras y detrás los que las tocan, y paralelos á la batería y de derecha á izquierda del actor, la Equilibrista, vestida de japonesa, el Clown, el Hércules, el barrista, el Tonto y la Ecuyere, de amazona.

GREG. Los toreros.

OTROS Los toreros. Y vienen con sus trajes de luces.

UNO ¡Como que acaban de torear en el otro pueblo! (Entran delante hombres con guitarras. Detrás la cuadrilla formada con sus trajes; son cinco del coro de señoras y dos monos sabios. Los guitarristas salen de tres en fila y se colocan á la izquierda, perpendiculares á la batería.)

TOREROS
Aquí está la cuadrilla
de Manolete,
valemos por setenta
si somos siete;
que no hay mejores
ni peones, ni espadas
ni picadores.
Aquí está la cuadrilla
vestida de oro;
en España no hay nunca
fiestas sin toros,
que es la alegría
y el valor y la gracia
la torería.

(Mientras canta el Coro, figura que hacen la salida de la cuadrilla.)

TODOS
Aquí está la cuadrilla
vestida de oro, etc.
Ni las ferias de París,
ni las fiestas de London,
con las que hoy se dan aquí
puen tener comparación.

(Toreros, titiriteros y Coro general avanza en ala hacia la batería y retroceden hasta terminar el piano.)

Voy á ver torear
que me gusta la mar,
pues es fiesta que tié que ver.
Voy á ver la función
que, con tal atracción,
de primera tendrá que ser.
¡Qué habilidosos
titiriteros,
y qué garbosos
son los toreros!
Nada igual aquí se vió.

HOMBRES Mejor que esto en Madrí lo he visto yo.

MUJERES ¡Pues pa mí que no!
TODOS ¡Ay, qué alegría!
Este sí que es un gran día.
¡Ay, qué contento!
Ya no sé ni lo que siento.
¡Vivan las fiestas
de esta ciudá!

(Gran animación y vivas. Se descompone el cuadro: los toreros abrazan á las mozas; algunos mozos los separan, otros ofrecen vino á los toreros; la Ecuyere y el Hércules se suben á una mesa; la Equilibrista y el Barrista á otra, y el Tonto coge una capa de torear y figura que torea al Clown.)

ESCENA II

DICHOS, ANTONIA. Detrás JUANA

Hablado

ANT. ¿Qué es esto? Tanto ruido y sin hacer nada. Muévete, Gregoria, que tienes á todo el mundo parado. A ver, Juana, llévate á los del Circo á los cuartos del piso bajo y á los toreros al principal, y todos los demás detrás de mí por este otro lado para acomodarlos, y tú te quedas aquí por si viene más gente: ¡ea, de prisa! Y vosotras á la calle, que en casa no hacéis más que gritar y estorbar.
UNA ¡Qué genio de mujer!
ANT. ¡A la plaza!
GREG. Pero oye, Antonia.
ANT. ¿Qué pasa?
GREG. Que en la fonda no hay sitio para tanta gente.
ANT. ¡Cómo que no! ¡Dos en cada cama!
GREG. Pero lo van á pasar muy mal.
ANT. ¿Y qué? ¡A las fiestas no se viene á pasarlo bien, ni á divertirse! ¡Y no me detengas con tonterías! ¡Por aquí todo el mundo!
(Unos por la izquierda siguiendo á Juana, y otros por la derecha siguiendo á Antonia.)

ESCENA III

GREGORIA y PABLO (1)

GREG. ¡Jesús! ¡Qué casa! ¡Qué barullo! No sé como nos las vamos á arreglar. (Pablo por el fondo con una maleta.)

PAB. Gregoria.

GREG. ¿Quién? ¡Es Pablo! ¿Eres tú?

PAB. Él mismo. Acabo de llegar.

GREG. De América.

PAB. A los tres años de haber dejado el pueblo.

GREG. Qué de prisa pasa el tiempo. ¿De América? ¿Vendrás rico?

PAB. Traigo unos cuartos.

GREG. ¡Siempre dije yo que serías hombre de provecho, porque sabes de cuentas y de libros y de todo!

PAB. ¿Y cómo está Isabel?

GREG. ¡Pues tan rubia, tan mona y tan bien vestida!

PAB ¡Qué pronto voy á verla! ¿Y Antonia?

GREG. Tan buena.

PAB ¡Y tan mala!

GREG. ¡Cómo mala! Un genio fuerte y nada más.

PAB. Más mala que un demonio, una fiera desde chica; zurrándose con nosotros y metida en las pedreas. Esta señal que llevo en la frente, ella que me señaló. Su tío, el señor cura, empezó á educarla, y la chica aprendía pronto, pero se la devolvió á sus padres porque no la podía sufrir. ¡Tiene unas entrañas más negras!

GREG. Eso sí que no es cierto. Antonia es buena. Un pronto y nada más. En el primer momento, bueno, es capaz de matarte, pero se la pasa en seguida. Es de Zaragoza, y del arrabal. Tiene que ser brusca. Por eso la llaman *La Rabalera,* y ese nombre lleva su fonda. Lo que no la he visto nunca es ale-

---

(1) Pablo—Gregoria.

gre, eso es verdad. Sobre todo desde hace tres años, desde que tú te marchaste justamente, tiene un humor que no hay quien la sufra más que yo, que como á hija la quiero. Pero es una mujer que vale por tres hombres. Cuando murieron sus padres nadie creyó que pudiera seguir con esta casa; pues ahí la tienes: era una posada y la ha hecho una fonda. A todos nos maneja y nos da cien vueltas y nos vuelve tarumba. Es muy lista, y como tú sabe de cuentas y de libros. ¡Es más fuerte el demonio de la muchacha y más trabajadora! En viéndole á uno parado se vuelve loca.

ESCENA IV

DICHOS y ANTONIA (1)

ANT. (Entra por la derecha. Acento aragonés.) ¿Pero qué hacéis aquí todos mano sobre mano, holgazanes? ¡Tú, borracho, (Le pega un empujón violento al mayoral, que está bebiendo en el mostrador.) á cuidar del ganado! ¡Tú, gandula, á hacer camas! (A Juana, que ha salido por la izquierda.) ¡Tú, Gregoria, á la cocina! (Otro empujón.) ¡Y tú, haragán, á tu casa! (Violento empujón á Pablo.)

PAB. ¡Pero Antonia, por Dios!

GREG. ¡Que es Pablo, Antonia!

ANT. ¡Pablo! ¡Es verdad!

PAB. ¡Tú tan animal como siempre!

ANT. Dispensa, hombre. No te había conocido. ¿Vienes bueno?

PAB. ¡Gracias á Dios!

ANT. ¡Qué bueno viene, Gregoria!

GREG. Sí que está hecho un mozo.

ANT. ¿Cuándo has llegado?

PAB. Ahora mismo

ANT. ¿Dónde vas á parar?

PAB. Aquí en tu casa, si me das posada.

---

(1) Antonia—Pablo—Gregoria.

ANT. ¡Pues no faltaba más! Anda, Gregoria, y prepara el cuarto más grande del primer piso.

GREG. Si está lleno.

ANT. Pues los echas á todos.

GREG. ¿Y dónde los coloco?

ANT. Por todo te apuras. Tres en cada cama. El primer espada solo, en una los banderilleros, en otra los picadores, en otra los tres gimnastas y en otra el tonto con las dos titiriteras, que para eso es tonto, y ya está arreglado. (Gregoria recoge la maleta de Pablo.)

GREG. Pues allá voy. (Mutis por la izquierda.)

ESCENA V

ANTONIA y PABLO (1)

ANT. ¡Qué sorpresa! Has llegado cuando no te esperaba nadie.

PAB. ¡Eso me gusta á mí! No he querido avisar.

ANT. ¿Y cómo te ha ido?

PAB. Muy bien.

ANT. Me alegro.

PAB. He trabajado mucho.

ANT. Eso es muy sano.

PAB. Y con provecho.

ANT. Me alegro.

PAB. Y vengo decidido á acabar mis días en el pueblo.

ANT. ¡Y que me alegro por tercera vez!

PAB. He corrido peligros.

ANT. Pero has salido de ellos sin ningún desavío, ¿verdad?

PAB. ¡Gracias á Dios!

ANT. Ya no me atrevo á alegrarme, porque me vas á llamar latera.

PAB. Cansado de indios y de negros, y harto de caras llenas de sombras, venía por el camino soñando con una blanca y rosa, bañada

(1) Antonia—Pablo.

por la luz del sol, con unos ojos azules que me llaman.

ANT. (¡Isabel!) (Con disgusto.)

PAB. ¿Cómo está?

ANT. ¿Quién?

PAB. Mi rubia.

ANT. ¡Pues tan rubia! (Secamente.)

PAB. Estoy deseando verla.

ANT. ¡Pues anda, anda!

PAB. Traigo para ella mucho dinero; ahí en la alameda, donde dan tanta sombra los árboles y corre un agua tan clara, voy á hacer una casita blanca, muy blanca, para los dos, con sus persianas verdes y su hermoso emparrado. Allí estará el nido de nuestros amores, la cuna de nuestros hijos, la alegría de nuestras vidas.

ANT. (¡Por qué no se quedará mudo!)

PAB. Allí seré feliz.

ANT. (¿Por qué no le contará todo esto á ella?)

ESCENA VI

DICHOS y GREGORIA por la izquierda (1)

GREG. Ea, ya está todo arreglado. Pablo, ya tienes tu cuarto.

ANT. ¿Qué cuarto?

GREG. El más grande y el mejor del piso primero.

ANT. Pues es una barbaridad poner á una persona sola donde caben siete. Y á Pablo le basta con un cuartito, con uno cualquiera, en un rincón; parará poco en casa. Tiene que ir y venir. Es una falta de consideración echar á unos viajeros que ya estaban colocados.

GREG. ¡Pero, Antonia!

ANT. ¡Y en mi casa, que es una casa muy seria, no se pueden hacer esas cosas! (Con violencia.)

GREG Pero si tú...

(1) Antonia Pablo—Gregoria.

ANT. ¡Y siempre tú entiendes al revés lo que te digo! (Furiosa.)

GREG. Pero, Pablo, ¿oyes esto?

ANT. ¡Y para otra vez que no se te olvide! (Mutis derecha.)

PAB. ¿Ves cómo no es buena, ves como tiene mala intención? Me recibe con los brazos abiertos y á seguida me trata á puntapiés. ¡Pues á mí me han ofrecido el mejor cuarto de la casa y en él me quedo y á ver quién me echa! ¡A mí á genio no me gana ni ésta ni nadie. (Mutis izquierda.)

GREG. Algunas veces parece que ha salido de Leganés antes de tiempo. (Mutis izquierda.)

ESCENA VII

EL SECRETARIO y luego ANTONIA. El Secretario por el fondo (1)

SEC. No está aquí. ¿Por dónde andará? ¡Qué mujer! Cómo será ella cuando la pretende todo un Secretario del Ayuntamiento de Cantalapiedra, pueblo de diez mil habitantes, más grande que Logroño, la perla de la Rioja, con teatro, casino y museo de bellas artes, con cromos de los cuadros de Velázquez, dos Venus en el baño y una secándose. Un secretario que vale más que el alcalde, el juez, el médico y el párroco, y eso confesado por todos. Soy el cogollito del municipio. Con mi empuje y con el empuje de esa mujer, si ella me empuja, ministro... ¡Antonia!... ¡Antoñita! (Llamando.)

ANT. ¿Para qué me llamas? (Por la derecha.)

SEC. Para verte.

ANT. Pues ya me has visto. Adiós. (Medio mutis.)

SEC. Oye, no seas tan súbita. Vengo á darte cuenta del programa, que ya está ultimado, que al fin eres la secretaria.

ANT. ¡A mí no me llames secretaria!

---

(1) Antonia—Secretario.

SEC. No te enfades, que cuanto más te incomodes más me gustas. Ya lo tengo pensado y tú en la primera fila siempre. Tú vas á cantar el himno con los chicos en honor de López; tú vas á tirar de la cuerda para descubrir la estatua de López; tú vas á plantar el primer árbol con el maestro: tú vas á poner la primera piedra con el alcalde; tú vas á tener el primer hijo conmigo.

ANT. ¡Celedonio!

SEC. ¡Antonia! ¡Cuanto más enfadada te pones más me gustas!

ANT. ¡La primera piedra! ¿Tenéis dinero para la escuela?

SEC. ¿Tenemos dinero para una piedra? Pues la ponemos.

ANT. ¡Vaya, adiós!

SEC. ¡Oye, oye y verás qué hombre te quiere! Oye el programa de los festejos, que todo entero ha salido de aquí. (Leyendo.) Primer día: once de la mañana: visita solemne de los concejales al alcalde. Doce: devolución de la visita. Una: Solemne recepción del juez, del suplente, del secretario y del alguacil del juzgado. Dos: devolución de la visita. Tres: audiencia de los mayores contribuyentes. Cuatro: devolución de la visita, Segundo dia: doce de la mañana: banquete de gala en casa del señor alcalde. A las dos: almuerzo en el Círculo de Labradores, con asistencia del alcalde y del secretario. Cuatro: merienda en el Casino con asistencia del secretario y del alcalde. A las seis: lunch en el cuartel de la Guardia civil, con asistencia del ídem, ídem. A las siete: refresco en casa del secretario, con asistencia del alcalde. A las nueve: comida oficial en casa del alcalde con asistencia del secretario. A las diez: devolución, digo...

ANT. Sí, devolución de todo lo que se ha tomado durante el día.

SEC. Tercer día...

ANT. Bueno; basta, basta.

SEC. ¿Qué te parece?

ANT. Pues me parece bien, pero me parece que sólo se van á divertir el secretario y el alcalde.

SEC. Que es de lo que se trata.

ANT. Pero vamos á ver, ¿quién es ese gran López á quien yo tengo que cantar?

SEC. ¿Que quién es? ¡Para que veas qué hombre te quiere! Ese López no ha existido nunca.

ANT. ¿Nunca?

SEC. Lo he inventado yo.

ANT. ¿Y para qué?

SEC. Fíjate, Antonia. Toda localidad, para valer algo, ha de ser cuna ó residencia de un gran hombre. Menos se hablaría de Alcalá sin Cervantes, y de Reus sin Prim, y de Argamasilla sin Alba, y de León sin Fray Luis de Granada. Así es que yo me dije: Cantalapiedra necesita un gran hombre. Le tendrá. En el altar mayor hay un cuadro. Es una virgen con unas estrellas sobre la cabeza y unas nubes bajo sus pies. Los extranjeros vienen á verlo y se quedan con la boca abierta diciendo: «¡Es un Murillo!» Un día, en una esquina del cuadro, puse yo, con una letra muy torcida, *López de Cantalapiedra,* y le eché un borrón encima. Vino un a ncés, arañó el cuadro y gritó: «¡Ya está! o es Murillo el autor de esta maravilla, es López de Cantalapiedra!» Se alborotó el pueblo, se alborotó el Ayuntamiento, y yo le he levantado una estatua.

ANT. ¡Calla, trapisonda! ¡A mí eso no me gusta! ¡A mí la verdad! (Se retira al mostrador.—El Secretario la sigue.)

ESCENA VIII

DICHOS y TRABAJADORES 1.° y 2.°—Se detienen en la puerta del fondo

TRAB. 1.° Entra.

TRAB. 2.° No me atrevo.

TRAB. 1.° ¡Entra, te digo!

TRAB. 2.º ¿Y qué vamos á hacer aquí?
TRAB. 1.º Comer.
TRAB. 2.º ¡Qué bien huele á guisado!
TRAB. 1.º Pues eso vas á tomar. ¡Muchacha! (Juana por la derecha.)
JUANA ¿Qué mandan ustedes?
TRAB. 1.º Tráete una ración de guisado, una botella de vino y pan.
JUANA En seguida. (Se sientan á la mesa que hay en primer término izquierda.)
TRAB. 2.º La verdad es que estaba desfallecío, y andaba y no veiá el camino. (1)
TRAB. 1.º Pus por eso.
TRAB. 2.º Pero no has pedido más que una ración.
TRAB. 1.º ¡Pa tú!
TRAB. 2.º ¿Y tú?
TRAB. 1.º Yo tengo más aguante.
TRAB. 2.º ¿Pero te queda algún dinero?
TRAB. 1.º ¡A mi no!
TRAB. 2.º Yo tampoco llevo nada.
TRAB. 1.º ¡Calla! (Juana por la derecha.)
JUANA Aquí está todo, (Coloca sobre la mesa la fuente, el cubierto, dos platos, la botella y el pan.—Mutis.)
TRAB. 2.º ¡Qué bien huele!
TRAB. 1.º ¡Mejor sabrá!
TRAB. 2.º ¿Pero y quién lo paga?
TRAB. 1.º ¡Coma! ¡Lo primero es no morirse!
TRAB. 2.º ¡Pus gracias por el convite! (Come con mucha ansia.)
TRAB. 1.º (¡Pobre Cipriano!)
GREG. (Por la izquierda, corriendo,) ¡Antonia! ¡Antonia!
ANT ¿Qué pasa?
GREG. La música del Romeral, la banda que viene para el concurso.

---

(1) Trabajador 1.º—Trabajador 2.º

ESCENA IX

DICHOS, la BANDA, CORO GENERAL. Entran las mozas delante, la banda detrás tocando un paso doble, detrás el pueblo; Gran animación. Los músicos vienen uniformados por el fondo

Música

SEC. Saludad á la banda (1)
del Romeral,
que aquí con su presencia
nos viene á honrar.
Al concurso ha venido,
respondio á mi llamada.
Gritad conmigo todos,
¡viva la banda!
TODOS ¡Salud, salud la banda sin rival!
¡Salud, salud del noble Romeral!
Oyendo el grato son—de banda tan marcial,
se llena el corazón—de dicha sin igual.
SEC. Y ahora que aquí nos vemos
todos reunidos,
con esa voz hermosa
canta tú el himno.
TODOS Sí, que cante, que cante.
ANT. No, que estoy ronca.
TODOS Sí, sí, que cante el himno.
SEC. ¡Por Dios, Antonia!
ANT. Cantemos á la gloria
de los que fueron,
que al vivir nos horaron
y al morir no murieron.
Es baturro el ilustre Pradilla
y Sorolla ha nacido en Valencia,
y el gran López, maestro de todos,
en la plaza de Cantalapiedra.
¡Gloria á la ciencia,
gloria á las artes,

---

(1) Pueblo—Pueblo—Trabajadores
Banda—Antonia—Secretario—Gregoria—Pueblo

gloria á la patria
del gran Velázquez!

TODOS ¡Gloria á la ciencia, etc.

(Se agarran mozas y mozos y se ponen á bailar el estribillo del número.)

SEC. ¡Esto no se baila!
¡Alto! ¡No seais bestias!
¡Un himno es un himno,
no es una habanera!

CORO En Sevilla se canta á Murillo
y en Europa á sus grandes pintores,
mas nosotros digamos tan sólo,
¡López, López y López y López!

ANT ¡Gloria á la ciencia, etc.

TODOS ¡Gloria á la ciencia, etc.

(Se repite el baile, al compás del estribillo, con más entusiasmo que la primera vez.)

Hablado

ANT. Vaya, todo el día os lo pasais aquí. ¡A la calle, á la plaza!

GREG. Pero, Antonia, otro apuro, ¿dónde metemos á toda esta gente?

ANT. Donde se pueda. Cuatro en cada cama.

GREG. Pero si no van á caber.

ANT. A lo ancho caben.

GREG. El bombo no cabe en ninguna parte.

ANT. El bombo con los toreros, que lo agradecerán mucho. Anda, anda, que tienes muy pocos ánimos.

GREG. Por aquí, por aquí los de la música. (Mutis la banda y Gregoria por la izquierda; el pueblo por el fondo.)

TRAB. 2.º Aprovechando esta confusión nos debíamos haber marchado, y nadie reparaba en nosotros.

TRAB 1.º Eso no puede ser. Eso no es decente. Es mucho mejor decir la verdad, y que sea lo que Dios quiera.

ESCENA X

DICHOS y BARTOLO (1)

BART. (Por el fondo, muy enfadado.) ¡Pero, Celedonio! ¡Pero, Antonia! ¿Qué es lo que ha pasado aquí? ¿Qué escándalo es este?
ANT. No ha pasado nada.
SEC. Que ha venido la banda del Romeral.
BART. ¿Y la habéis recibido?
ANT. Claro.
BART. ¿Y ha tocado?
CEL. Y muy bien.
BART. ¿Y tú has aplaudido? ¿Y tú has cantado con ellos?
CEL. Pero que muy bien.
BART. Pues eso no es patriotismo. Todo eso para la banda del pueblo.
CEL. No seas animal, Bartolo. En el programa hay un concurso de bandas, y por eso ha venido la del Romeral.
BART. Y va á tocar en competencia con nosotros?
CEL. Claro.
BART. ¿Y si os parece que toca mejor, ¿la vais á dar el premio?
CEL. Naturalmente.
BART. ¡Pues eso no es patriotismo!
CEL. Bartolo, no me calientes la cabeza.
BART. No lo es y no lo es. En este concurso no debía haber más banda que la del pueblo.
CEL. ¡Pero si es un concurso!
BART. Y que lo sea. Y no habiendo en el concurso más banda que la de Cantalapieda, el premio tenía que ser para nosotros á la fuerza. ¡Eso, eso es patriotismo! Así, ¡cómo se va a regenerar España!
ANT. ¡Pero, hombre, tú estás loco!
BART. Por supuesto que no tocan. Vosotros queréis instrumentos contra instrumentos á ver quién lo hace mejor. Pues nosotros, instru-

(1) Antonia—Bartolo—Secretario.

mentos contra instrumentos á ver quién se rompe antes la cabeza. Ya que no tenéis patriotismo vosotros, nosotros lo tendremos, y se acabó.

CEL. Sí que se acabó. ¡Adiós!

BART. Y lo dicho. ¡Así está España como está! (Mutis por el fondo Bartolo y el Secretario.)

ESCENA XI

ANTONIA, TRABAJADORES 1.° y 2.° é ISABEL por el fondo (1)

ISAB. ¡Antonia!

ANT. ¡Isabel! ¡Tú aquí, en mi casa!

ISAB. ¿Y Pablo? ¿Me han dicho que ha venido! ¡Qué alegría! ¿Dónde está? ¡Voy á verle! ¿Está por aquí?

ANT. Pero, ¿dónde vas? ¡Eres capaz de meterte hasta en su cuarto!

ISAB. ¡Mujer, qué cosas dices! Es natural que yo desee verle.

ANT. ¡Lo natural es que tú le esperes en casa y que él vaya á buscarte! ¡Eso es lo natural y lo decente!

ISAB. Lo he sabido y no me he podido contener. ¡Qué alegría! A realizar nuestro sueño dorado. ¡Allá, bajo los árboles, una casita blanca con persianas verdes!

ANT. (Otra vez la lata de las persianas y de la casita blanca.)

ISAB. Un emparrado, flores...

ANT. ¡Isabel, vete, vete á casa á esperarle!

ISAB. Es tan bueno y le quiero tanto... ¡Pablo de mi alma!

ANT. Vete, vete á casa á esperarle.

ISAB. Puede que salga.

ANT. ¿Te quieres ir? (Empujándola y echándola.)

ISAB. ¡Pablo! ¡Pablo! (Gritando. Mutis)

ANT. ¡Qué bien vestida va! ¡Y qué bonita viene' ¡Y qué dulce es! ¡Y qué falsa! ¡Esa sí que es mala y no yo!

(1) Antonia—Isabel—Trabajadores 1.° y 2.°

ESCENA XII

TRABAJADORES 1.º y 2.º, ANTONIA y PABLO (1)

PAB. (Saliendo.) ¿Quién me llamaba?
ANT. Isabel.
PAB. ¿Ha estado aquí?
ANT. Ahora mismo.
PAB. Pero me llamaba como pidiendo socorro.
ANT. La he echado.
PAB. ¡Tú! ¿Y por qué?
ANT. (Con dureza.) No me gusta verla en mi casa. Y en mi casa yo no admito sino al que yo quiero que venga. Que se esté en la suya; y tú, si la quieres ver, vas.
PAB. Ahora mismo pensaba ir.
ANT. (Cambiando de tono.) Pablo... No vayas ahora.
PAB. ¿Y por qué ahora no?
ANT. Te están engañando, Pablo.
PAB. ¿Quién?
ANT. No vayas, que te vas á tropezar con el otro.
PAB. ¡Mientres! ¡No hay otro!
ANT. Hay otro, y de los dos necesita: de él el cariño; de tí el dinero, vienes de América. Te engaña. Vete á verlos; vé á alternar.
PAB ¡Eso es falso, eso es una calumnia! Tienes una lengua de víbora. Eres mala, y quieres acabar con nuestra felicidad, porque tienes tristeza del bien ajeno. Eres mala no la vuelvas á ofender, porque yo... (Amenazándola.)
ANT. ¡Si me levantas la mano, cojo un cuchillo y te le clavo!
PAB. ¡Antonia!
ANT. ¡Pablo, qué! ¿Qué hay?
PAB. ¡Si fueras un hombre!
ANT. ¡Pues anda, que allí te espera uno!
PAB. (¿Si será verdad?)
TRAB. 2.º ¡Ay! ¡Ildefonso de mi alma! ¿Has visto qué fiera de mujer? ¡De aquí no salimos con

(1) Antonia—Pablo—Trabajadores 1.º y 2.º

vida! ¡En cuanto la digamos que no tenemos dinero para pagarla!...

TRAB. 1.º (¡María Santísima!) (Pablo silencioso y sombrio. Antonia se pasea agitada. De repente se fija en los trabajadores.) (1)

ANT. ¿Pero vosotros qué haceis aquí? ¡Llevais dos horas! Enterándoos de lo que no os importa. A pagar y á marcharse, que voy á cerrar.

TRAB. 2.º (¡Dios mío! ¡Qué apuro!)

TRAB. 1.º ¡Cipriano!

TRAB. 2.º Habla tú, que tú me has convidado.

TRAB. 1.º ¡Es el caso que este no trae un céntimo, ni yo tampoco! (Levantándose.)

ANT. ¡Cómo! ¡Y os entrais á comer sin tener dinero! ¡Estafadores, ladrones! ¡Voy á llamar á la Guardia civil!

TRAB. 2.º Todo se reduce á un poco de guisado, vino y pan.

ANT. ¡Lo que sea! ¡Es lo mismo!

PAB. (¡Es hasta avara!)

TRAB. 1.º ¡Está mal hecho, muy mal hecho; pero la necesidad era tan grande! Somos dos infelices obreros, el pueblo arruinado con los pedriscós, los chicos tenían hambre y nos pedían pan llorando, y yo le dije á éste: vamos á buscar trabajo por todo este término. ¡Hemos ido de caserío en caserío y de pueblo en pueblo, y nada! Y yo le dije á éste: ya que hay que morir, volvamos á casa para morir todos juntos. Y veníamos de camino, y sin probar bocado, y este, que siempre ha sido muy tragón, se me caía desfallecido y me dijo: si yo no tomo algo, no llego y me muero sin verlos, y yo le dije á éste: pues entra aquí que yo te convido, y eso fué todo, y se acabó la historia.

PAB. (¡Pobres gentes!)

ANT. ¿Teneis muchos hijos?

TRAB. 1.º Este siete chicos y yo siete chicas.

ANT. ¡Qué barbaridad! catorce entre dos.

TRAB. 2.º Entre cuatro.

---

(1) Poblo—Antonia—Trabajadores 1.º y 2.º

ANT. ¡Bueno, bueno, irse; pero irse de prisa sin que yo vea que os marchais!

TRAB. 2.º ¡Gracias!

TRAB. 1.º ¡Muchas gracias!

ANT. ¡A mí no me deis gracias!

TRAB. 1.º Si tuviéramos algo, pero ni un céntimo. Yo traía una perra gorda; pero la chica, la más pequeña, me dijo al salir de casa: padre, todas mis amigas llevan una cinta en el pelo. Cómpreme usted una y que sea de color de rosa y que sea de seda, y al volver, con los diez céntimos en vez de comprarme un panecillo, la compré la cinta.

ANT. ¡Bueno, andad, andad con Dios!

TRAB. 2.º Muchísimas gracias.

TRAB. 1.º Y hasta otra. (Medio mutis.)

ANT. Pero, ¿dónde vais, gandules?

TRAB. 2.º Nosotros...

TRAB. 1.º ¿No nos ha echado usted? (1)

ANT. Es claro... Vais alimentados, os habeis llenado la barriga y no os acordais de nadie. ¿Y los chicos?

TRAB. 1.º ¡Pobres chicos!

ANT. Toma un pan y tú otro y vino. (Va al mostrador, trae lo que indica y lo va repartiendo.) Y tú.., (Al Trabajador 1.º) Guárdate esos cuartos para remediarte; y tú, (Al Trabajador 2.º) oye aquí: toma, y las compras cintas á todas las muchachas.

TRAB. 1.º ¡Eso se lo agradezco más que el pan! (2)

ANT. ¡Bueno, basta!

TRAB. 2.º Muchísimas gracias.

ANT. ¡Que á mí no me deis gracias!

TRAB. 1.º ¡Dios se lo bendiga á usted!

ANT. ¡Marcharse, marcharse pronto, que me voy á arrepentir! (Mutis por el fondo los dos trabajadores. Antonia se dirige á quitar los platos de la mesa donde estuvieron los trabajadores.)

---

(1) Pablo—Antonia—Trabajador 2.º—Trabajador 1.º
(2) Pablo—Antonia—Trabajador 1.º—Trabajador 2.º

ESBENA XIII

ANTONIA y PABLO

PAB ¡Antonia!

ANT. Pablo

PAB. ¿Sabes que me ha gustado lo que has hecho?

ANT. Pues no tiene nada de particular, porque lo hago muchas veces.

PAB. ¿Sabes que no eres tan mala como aparentas ser?

ANT. Puede que las haya peores.

PAB. Ahora te he visto buena, generosa, compasiva... ¿por qué eres tan brusca, tan áspera, tan violenta?

ANT. Porque así me han hecho.

PAB. Pues mira, á pesar de tu aspereza y de tu genio de fiera, no me fuiste nunca antipática, y desde hoy menos.

ANT. Gracias.

PAB. ¿Sabes por qué no eres buena del todo? Porque no lloras. ¡Yo no he visto nunca lágrimas en tus ojos! ¡El llanto es bueno, sale del corazón y prueba que hay en el corazón frescura y jugo! El que no llora es porque le tiene seco.

ANT. Pues yo no lloro porque no puedo.

PAB. El día que llores serás buena del todo.

ANT. Pues el día en que rompa á llorar ya te llamaré para que lo veas.

PAB. Adiós, Antonia, y de lo que antes me dijiste, ya hablaremos despacio.

ANT. Cuando quieras.

PAB. Y ahora adiós, voy allá á ver si me tropiezo con el otro.

ANT. ¡Ojalá que no te tropieces y ojalá que no fuera verdad!

PAB. (¡Qué mujer tan extraña!)

ESCENA XIV

ANTONIA

¡Adiós, y que no te pase nada, y que vuelvas contento, aunque yo me muera!

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Telón corto.—Una habitación en la casa de Antonia

ESCENA PRIMERA

ANTONIA y GREGORIA.—La escena sola.—Oyese cerca á una de las bandas que está acabando de tocar una pieza. Cuando concluye grandes aplausos. Una voz dice; «El Jurado concede el premio de honor á la banda del Romeral.»—Oyese la voz de Bartolo que dice: «¡Eso no es patriotismo!» Un gran tumulto, protestas, gritos, voces de «¡Viva la banda del pueblo! ¡Fuera los forasteros!» Ruido de lucha, tiros, un ruido espantoso, después silencio. Se supone que todo el mundo ha echado á correr y se ha dispersado

ANT. ¿Pero qué ocurrirá en la plaza? ¡Voces, mueras, tiros; (Entrando por la izquierda)

GREG. (Por la derecha) ¡Ay, Antonia de mi alma!

ANT. ¿Qué sucede?

GREG. ¡Qué ha de suceder! Que la banda de aquí, furiosa porque no la han dado el premio, ha acometido á palos y pedradas á la otra banda, y ésta ha contestado con los instrumentos, y la Guardia civil los ha separado á tiros.

ANT. ¡Qué salvajes! ¿Hay desgracias?

GREG. Muchos heridos.

ANT. ¿Heridos? Que los traigan aquí, los curaremos nosotras. ¡Pobre gente! Aquí hay de todo, hasta camas.

GREG. ¡Pues no dice que hay camas!

ANT. Vamos, no estés parada, que nunca te mueves, corre á la puerta y que los entren aquí, que se están desangrando.

GREG. ¡Pero qué genio! Voy, voy. Ya traen aquí uno.

ANT. Pues corre, prepara agua y árnica y trapos y vendas. Más deprisa.

GREG ¡Me vuelve loca! (Mutis por la izquierda.)

ESCENA II

ANTONIA, BARTOLO, dos hombres, después GREGORIA. Dos hombres traen en una silla á Bartolo con una gran descalabradura

ANT. Aquí, dejadle aquí. ¡Pobre hombre! (Colocan la silla á la derecha.)

BART. ¡Ay, Dios mío!

ANT. Y vosotros no estéis ahí parados como dos tontos, ¡id á buscar más, vivo! (Mutis los dos hombres.)

BART. ¡Ay, madre de mi alma! (1)

ANT. ¡Es Bartolo!

BART. ¡Sí que es Bartolo!

ANT. ¡Y tú á qué te metes en estas cosas! ¡Merecido te lo tienes, estúpido!

BART. ¡Esto no es patriotismo, esto no es patriotismo!

ANT. Esto que ha de ser patriotismo, este es un chichón como una naranja. (Gregoria con una jofaina con agua y árnica, gasa y vendas.)

GREG. Aquí lo traigo todo.

ANT. ¡Venga, venga! ¡Con agua fresca y árnica lavaremos este tomate! (Empieza á lavarle.) (2)

BART. ¡Ha sido el sarrusofón; me dió con todas sus fuerzas el muy bruto! ¡Pero no se fué impune, que la corneta de llaves se la metí por la boca y no le quedó más que una llave fuera!

ANT. Estate quieto.

---

(1) Bartolo—Antonia.

(2) Gregoria—Bartolo—Antonia.

BART. Que me haces daño, que me escuece.

ANT. No te muevas ó te levanto otro chichón en el otro lado. ¡Y tú ten bien esa jofaina que te voy á dar un golpe! (Antonia mientras habla Bartolo le sigue curando y le pone una venda muy grande que le tapa un ojo.)

BART. ¡Por supuesto que nosotros hemos tocado mejor que ellos! La culpa la ha tenido el clarinete que se desafinó y nos desafinó á todos, y el fagot que estaba constipado y en vez de soplar estornudaba y el aire que se llevó los papeles. ¡Como no sabíamos de memoria la pieza de concurso cada uno se puso á tocar una cosa distinta; pero como tocar hemos tocado mejor que ellos!

GREG. Ahora habrá que ponerle una pieza de diez céntimos.

ANT. ¡Una perra grande! Aquí hay que poner un duro en cuartos.

BART. Mejor es un billete.

GREG. ¡Vaya, ya estás vendado!

BART. Gracias, Antonia.

GREG. Aquí traen otro.

ESCENA III

DICHOS. Un MÚSICO, dos hombres

ANT. ¡Adelante! Adelante! (En una silla traen á otro músico entre dos hombres.)

MÚS. ¡Ay! ¡Ay!

ANT. ¡Ponedle ahí! (Lo colocan á la izquierda.)

BART. Adiós, compañero. (1)

MÚS. ¡Ay! ¡Ay!

GREG. ¿Dónde te duele?

MÚS. ¡Ay!

GREG. Ahí, ¿pero en dónde?

MÚS. En las muelas.

ANT. Pues vete á un dentista.

MÚS. ¡Si ya no las tengo!

ANT. ¿Pues qué te ha pasado?

---

(1) Bartolo—Antonia—Músico—Gregoria.

MÚS. ¡Un animal que me ha metido por la boca una corneta de llaves!
BART. ¡Calla, mi enemigo! (Se levanta.)
ANT. Gregoria, hay que lavarle la boca.
BART. ¡Lavarle la boca!
GREG. Claro.
BART. Y le vais á curar.
ANT. ¡Cómo á ti!
BART. ¡A ese! ¡Al del otro pueblo! ¡Al de la otra banda!
ANT. ¡Ahora mismo!
BART. ¡Pues eso no es patriotismo!
ANT. ¡Esto es caridad!
GREG. ¡Y tú eres un bestia!
BART. ¡El golpe que yo he dado bien dado está, y merecido lo tiene! ¡Y á ese no se le cura!
MÚS. Pero, ¡cómo! ¡Has sido tú! (Levantándose.)
BART. ¡Yo!
MÚS. Tú, el corneta de llaves.
BART. ¡Y tú el sarrusofón!
MÚS. ¡Pues ya no quiero que me curen! ¡A la calle si eres hombre!
BART. ¡A la calle!
GREG. ¡Pero por Dios!
MÚS. ¡Delante voy!
GREG. ¡Estáis locos!
ANT. ¡Déjalos que se maten, que no se pierde nada! (Mutis los dos por la derecha y Gregoria detrás.)

ESCENA IV

ANTONIA y PABLO

Música

ANT. Heridas que otros hacen
con gusto curé yo.
¡Por qué á mí no me cura
el mismo que me hirió!

(Pablo por la derecha con una mano vendada.)

Mas otro herido viene aquí.
¿Quién puede ser?
¡Pablo! ¡Pablo!

PAB. ¡Antonia!
Herido estoy sin saber por quién.
Un criminal hasta mí llegó,
y por la espalda, cobarde y vil,
en esta mano, cruel me hirió.

ANT. ¡Ay, Pablo, Pablo, no digas más
que ya comprendo quién pudo ser,
quien deshacerse pensó de ti,
quien te aborrece, yo sé por qué!

PAB. ¡Ay, dí, ay, dí! ¡Dime quién es!
Pronuncia sin tardar
el nombre del bribón,
del vil aquel.
Y así podré lograr
mi justa indignación
vengar en él.

ANT. Dudar puedes de mí
y el nombre del traidor
jamás diré.
Hoy buena para ti
calmando tu dolor
feliz seré.

PAB. No hay de curarme necesidad.

ANT. Ven y la venda te arreglaré.

PAB. Mas dime pronto, por caridad.

ANT. Mientras te curo te lo diré.
Te acechan, Pablo, sí,
despierta ya.

PAB. No acierto á comprender
por qué será.

ANT. Conozco una rubia yo
que arroba con su mirar;
más bella y gentil
que rosa de Abril,
más falsa que el mismo mar.
Que te ama te crees tú
mas á otro su amor le dió;
tan mala y cruel
es ella como él
y es él el que á ti te hirió.

PAB. Tú mientes, mujer; no sigas así;
infame calumnia es eso que oí.
Acusa tu voz envidia no más
y odiada de mí por siempre serás.
ANT. Calumnia no es.
PAB. Aparta de aquí.
ANT. Te digo verdad.
PAB. Calumnias oí.
ANT. ¡Que Dios me castigue
si es cierto que yo te mentí!
PAB. Tan sólo calumnias oí.
ANT. Ni envidio ni miento yo
ni nada temor me da.
Pues dudas de mí,
reniego de ti.
¡Por mí que te maten ya!
(Le coge la mano y se la oprime con violencia.)

—

PAB. Quítate, aparta.
Me has hecho daño.
ANT. ¿Qué tienes?
PAB. ¡Quita!
ANT. Perdona, Pablo.
¿Sufres? Yo he sido.
PAB. Se abrió la herida.
ANT. Perdona.
PAB. ¡Fiera!
ANT. Sí, de rodillas.
PAB. Déjame, aparta.
Te tengo miedo.
Tú me aborreces.
ANT. No te aborrezco.
¿Por qué me acusas?
¡Tu voz me hiere!
¿Yo odiarte, ingrato?
¡Ciego!
PAB. ¿Me quiere?
ANT. Tu vida mi vida es.
Te quiero, te quiero sí.
Al ver tu dolor
acrece mi amor...
acrece mi amor por ti...

Pab. } (A un tiempo.)
Ant.

¡Por qué volvería yo!
La duda me asalta ya.
Se burlan de mí,
me acechan aquí.
¿En dónde mi dicha está?
¿Por qué lo diría yo?
No sé lo que siento ya.
Si él duda de mí
y yo no mentí
en vano mi afán será.

Ant. Me ahoga la pena.
Pab. ¡Su amor fué mentido!
Ant. Ya ves que soy buena.
Pab. (A ella, cariñosamente.)
¡Cuán ciego he vivido!
Ant. Le quiero.
Pab. Me muero.
Los dos ¡Sufrimos los dos!
(Se cogen las manos. Mutis Pablo por la derecha.)

ESCENA V

ANTONIA, GREGORIA y SECRETARIO

Hablado

Ant. ¡Ya me cree! ¡Pues en cuanto pierda la confianza y la observe con disimulo lo descubriré todo, aunque sea muy falsa, y entonces desengañado volverá á mí, y yo seré entonces lo que él quiera! ¡Ay, qué alegría! ¡Ay, qué alegría! (Gregoria por la derecha.)

Greg. ¡Antonia, corre que ya han empezado los títeres en la plaza!

Ant. ¡Voy en seguida! Quiero ver los títeres y quiero divertirme, y saltar y correr, y voy á bailar contigo.

Greg. Pero, ¿es de veras?

Ant. ¡De veras!

Sec. (Por la derecha.) Antonia, que es tarde. Prepárate para los festejos, que tomas parte en todo. (1)

(1) Secretario—Gregoria—Antonia.

ANT. Y que tomo parte con mucho gusto. Voy á descubrir la estatua de López, voy á plantar el árbol, y á tirar de la cuerda, y á cantar el himno, y voy á bailar contigo. (1)

SEC. Pero, ¿hablas de veras?

ANT. ¡De veras! ¡Y ahora me voy á la plaza con las amigas á cantarme unas coplas! (A Gregoria con ímpetu.) ¡Un beso, rica! ¡Adiós, Secretarillo! (Dándole un empujón. Mutis por la derecha.)

SEC. Esta es otra.

GREG. Me le han cambiado. El primer beso en veinticinco años. ¡Cuando tenía cuatro la pedí uno y me arañó toda la cara! ¡Me ha dado un beso! (Asombrada.)

SEC. ¡Me ha llamado Secretarillo! (Riendo.)

GREG. ¡Estamos de enhorabuena, don Celedonio!

SEC. ¡Un abrazo, señá Gregoria, y hoy bailamos en la plaza los dos á los agarrados, pero muy agarrados!

MUTACION

CUADRO TERCERO

El parque de Cantalapiedra, jardín á la moderna recién plantado. Al fondo el campo; en el centro la estatua de López sobre su pedestal y cubierta con lienzos.

ESCENA PRIMERA

ANTONIA. Coro de Mujeres

Música

(Una ó dos parejas que bailan. Antonia se adelanta y canta.)

ANT. Porque soy del Arrabal,
me llaman la rabalera:

(1) Secretario—Antonia—Gregoria.

en siendo de Zaragoza,
que me llamen como quieran.
(Compases de baile. Antonia canta otra copla.)
Cuando hay tierra de por medio
no satisface un querer,
que el agua bebida á morro
es la que apaga la sed. (1)
(Sigue el baile y acaba el número.)

ESCENA II

ANTONIA, ISABEL, VÍCTOR. Después PABLO y GREGORIA.
Luego el SECRETARIO

Hablado

ANT. (¡Isabel!)
UNA Canta más, ¡otra, otra!
ANT. ¡Ya basta! ¡se me ha quitado la gana de repente!
ISAB. Déjame, Víctor. No me sigas, no te acerques en público.
VÍC. ¿Y por qué no, si te quiero más que nadie?
ISAB. Si ya lo sé; pero puede venir Pablo.
VÍC. Odio á ese hombre.
ISAB. Es mi novio.
VÍC. ¿Y yo qué soy?
ISAB. ¡Déjame! (A Víctor.)
VÍC. ¡Ya viene! (Separándose. Entra Pablo por la derecha.)
ISAB. ¡Pablo! ¡Gracias á Dios que te veo! ¡Toda la mañana lejos de tu Isabel! ¡Pues ya no te has de separar de mí! (2)
PAB. ¡Isabel!
ANT. (¡Zalamera, embustera!)
ISAB. Pero, ¿qué tienes? ¿Estás herido? ¡Quién ha sido el infame, el cobarde!
ANT. (¡El cobarde y el infame, aquél!) (Por Víctor.)
PAB ¡No es nada, un arañazo!

---

(1) De Alberto Casañal.
(2) Pueblo—Guitarristas
Antonia—Pablo—Isabel—Víctor.

ISAB. ¡A qué te metes en barullos! Para darme penas. ¡Qué disgusto, Pablo, qué disgusto!

ANT. (¡Embustera! ¡Embustera!) (Gregoria por la derecha.)

GREG. ¡Jesús! ¡Cómo está el pueblo! ¡Qué animación! ¡Cuánta gente! Antonia, ¿has visto los títeres? (1)

ANT. Yo no he visto nada. (Secamente.)

GREG. Y ahora va á empezar el baile.

ANT. Que empiece.

GREG. Vas á bailar, ¿verdad?

ANT. Bailarás tú, que á mí no me gusta! ¡Ya lo sabes, yo no he bailado nunca!

GREG. ¡Adiós! ¡Me la han cambiado otra vez! ¡No te enfades, mujer! (Va á hacerla un mimo.)

ANT. ¡No me toques! (Rechazándole.)

GREG. (¡Esta es la legítima, la verdadera!) (Por el foro el Secretario.)

SEC. ¡María Santísima! ¡Cómo estoy! ¡Son las doce de la mañana y llevo ya dentro del cuerpo un desayuno, un lunch, una merienda, un almuerzo y un banquete! ¡Entre salsas, vinos, licores y cafés, un Oceano! ¡Si no hago un poco de ejercicio reviento! ¡Qué es esto, muchachas! ¡Es la hora del baile!

TODAS ¡Sí, sí, á bailar!

SEC. ¡Pronto, esa orquesta! (Las guitarras empiezan á tocar. Baila todo el Coro y Pablo con Isabel.) ¡Ay! ¡aquí está mi pareja! Antonia, aquí tienes á tu Secretarillo.

ANT. Secretarillo.

SEC. Vamos.

ANT. ¿A qué?

SEC. A bailar.

ANT. ¿Yo?

SEC. Me lo has prometido. (2)

GREG. Se lo has prometido.

ANT. Bueno, pues si he dado mi palabra, vamos. Pero más lejos, más lejos.

SEC. ¿Cómo más lejos? ¡Si es á los agarrados!

---

(1) Pueblo—Guitarristas
Gregoria—Antonia—Pablo—Isabel—Víctor—Secretario.

(2) Gregoria—Antonia—Secretario—Pablo—Isabel—Victor.

ANT. Bueno, á los agarrados; pero sin tocarme.
SEC. ¿Y cómo puede ser eso?
GREG. Sé razonable, Antonia.
SEC. Vamos, secretarilla. (Va á acercarse.)
ANT. ¡Que á mí no me abrazas tú! (Furiosa.)
SEC. ¡Pero si es á los agarraos!
ANT. (¡Pablo sí que la abraza!) (Mirando á Pablo que baila con Isabel.)
VÍC. (Ya están bailando. ¡Y qué juntos!)
SEC. ¿Qué hacemos?
ANT. Vamos á bailar. (Va á cogerla.) ¡Eh! ¡eh! ¡sólo con dos dedos! (La coge con dos dedos de la mano derecha.) ¡Sucio! ¡Que tienes la mano sudada! (Le pega un cachete en la mano izquierda.)
SEC. ¡Dispensa, mujer! (Se la limpia. Bailan el Secretario y Antonia ridículamente, muy separados, sin tocarse.) Esto es bailar cada uno desde su casa.
ANT. Espera un momento. (Dejan de bailar.) ¡Mira, Isabel, esa no es manera de bailar! (1)
ISAB. ¿Qué dices?
VÍC. Dice que así no se baila en el pueblo, y tiene razón. (Con mucha violencia.)
ISAB. Pues no os entiendo.
PAB Ni yo tampoco.
ISAB. Anda, Pablo, baila con Antonia para que me dé una lección. (Irónicamente.)
ANT. Y tú, Víctor, baila con Isabel, á ver el estilo del pueblo. (Con más ironía. Bailan Pablo y Antonia, Isabel y Víctor.)
SEC. ¡Alto! ¡Alto! Ahora soy yo el que protesta. ¡Así no se baila! ¡Baila con él como conmigo! A los agarraos separaos.
PAB. Pues mira, Isabel tampoco baila con Víctor como se debe bailar. (Muy molesto.)
ISAB. Como contigo.
PAB. Ahora has bailado de otra manera.
SEC. Señá Gregoria, ¿quiere usted bailar conmigo á ver si acertamos los dos?
GREG. ¡A mí déjeme usted en paz! (Mutis.)
ISAB. Yo no bailo ya con nadie.
ANT. ¡Ni yo tampoco!

---

(1) Pueblo—Guitarristas
Gregoria—Secretario—Antonia—Pablo—Isabel—Víctor.

SEC. Ni yo, y se acabó el baile; ¡afuera esas guitarras! Hoy estamos todos endemoniados. (Se van los de las guitarras y el Secretario.)

ESCENA III

ANTONIA, PABLO, ISABEL y VÍCTOR

VÍC. A cumplir tu palabra, Isabel. (Bajo.)
ISAB. Se cumplirá.
ANT. (A Pablo.) Hablan en voz baja. (1)
PAB. Ya lo veo.
PAB. ¡Isabel! ¡Isabel! ¿Qué te decía ese hombre?
ISAB. ¡Nada!
PAB. Te prohibo que hables con Víctor.
VÍC. ¿Me llamabas? (Volviendo.)
PAB. No, pronunciaba tu nombre.
VÍC. ¿Y con qué motivo?
PAB. Prohibía á Isabel que te hablase.
ISAB. (¡Ay, Dios mío!)
ANT. (Ahora sale todo.)
VÍC. ¿Y con qué derecho?
PAB. Con los que tengo.
VÍC. ¡Puede que yo tenga más derechos que tú!
PAB. ¡Mientes! (Van á lanzarse uno contra otro, Antonia contiene á Pablo. Isabel se abraza á Víctor.)
ANT. ¡Pablo!
ISAB. ¡Víctor, por Dios! (Algunos hombres se interponen.)
ANT. ¡Ahí la tienes! Se abraza á él y no se abraza á tí. Más claro ni agua.
PAB. ¡Ah! ¡hipócrita, falsa, rastrera!
VÍC. Aquí hay mujeres, y donde están ellas los hombres no pueden arreglar sus asuntos.
PAB. ¡Pues vamos donde no las haya!
ISAB. ¡Eso no, Víctor!
ANT. ¡Eso no!
PAB. (A Antonia.) ¡Si es verdad que me quieres no me humilles, no me detengas!
VÍC. ¿Vamos?

---

(1) Antonia—Pablo—Isabel—Víctor.

PAB. ¡Vamos! (Mutis los dos. Algunos hombres procuran interponerse.)

ISAB. ¡Ay, qué desgracia! ¡Ay, qué desgracia!

ANT. ¡Ay, qué desgracia! (Imitándola.) Tú tienes la culpa. (Se lanza á ella.)

ISAB. ¡Ay! (Sale corriendo y dando gritos. Detrás Antonia furiosa y muchas mujeres.)

ESCENA IV

El SECRETARIO y BARTOLO derecha

SEC. ¡Ya está todo arreglado, cuánto me alegro!

BART. Se hizo la paz entre las dos bandas.

SEC. ¡Mejor que mejor!

BART. Ahora mismo hemos salido juntos y nos hemos abrazado, y el sarrusofón me ha dado un beso en el chichón.

SEC. Así resultará la procesión cívica más lucida y el descubrimiento de la estatua del gran López. Yo tengo que presidir.

BART. ¿Se ha puesto malo el señor alcalde?

SEC. No ha podido resistir á tanto banquete.

BART. ¡Ya voltean las campanas!

SEC. Pues á nuestros puestos. (Mutis los dos.)

ESCENA V

GREGORIA, SECRETARIO, BARTOLO, BANDAS, CHICOS y CORO GENERAL. Después ANTONIA y PABLO

Música

Empieza el desfile de la procesión cívica á compás de una marcha. Primero van dos municipales. Detrás las niñas de las escuelas de blanco y con su profesora de sombrero. Después la banda del Romeral, tocando, casi todos vendados. A seguida los chicos de la escuela y á su frente el profesor con el estandarte del colegio; después la banda del pueblo, y á su frente Bartolo, con su estandarte; no tocan, llevan destrozados los instrumentos, el bombo aparece con un agujero enorme, otros están retorcidos, abollados, con formas inverosímiles. Cierra la marcha el Ayuntamiento con sus maceros. Enfermo el alcalde pre-

side el Secretario, con levita, sombrero de copa y bastón con borlas. Cierra la marcha dos guardas jurados. Se colocan todos alrededor del monumento. Con el pueblo entra Gregoria (1)

Hablado

SEC. ¡Gran López! ¡Tus paisanos vienen á honrarse, honrando tu memoria! ¡Míranos, gran López!, Antonia, tira de la cuerda.

GREG Antonia no está.

SEC. ¡Tú, Gregoria! ¡Por Dios!

GREG. ¡Allá voy!

SEC. ¡Míranos!

GREG (Tirando furiosamente.) ¡Esto no corre!

SEC. ¡Gran López!

GREG. El gran López tiene un nudo.

SEC. ¡Qué plancha estamos haciendo! (Antonia y Pablo por la izquierda.)

PAB. (Entrando.) ¡Huyó el miserable y no pude alcanzarle!

ANT. Pues ella corría también, pero la pillé, y no te digo más sino que me duele la mano.

PAB. ¡Tenías razón, tú la buena!

ANT. ¡Ay! ¡Pablo mío! ¿Pero qué haces, Gregoria? ¡Tú siempre tan torpe! ¡Si no es esa cuerda! ¡Eso se hace así! (Tira de la cuerda y descubre la estatua.)

---

(1) Esta procesión cívica es necesario hacerla como está indicada exactamente. Los instrumentos rotos son de absoluta necesidad. Constituyen el efecto final de la obra; un efecto cómico grande, y no puede prescindirse de él en manera alguna. La colocación de todos los personajes es la siguiente en el momento último de descubrirse la estatua:

Salida — Pueblo — Pueblo

Niños — Niñas

Banda del Romeral — Guarda — Guarda — Banda del pueblo — Pueblo

Estatua

Municipal — Municipal

Maceros — Antonia

Concejales — Pablo

Gregoria—Secretario

SEC. ¡Gracias á Dios!

PAB. ¡Tú lo has descubierto todo!

SEC. ¡Mírame, genio sublime! (Como está la estatua de espaldas no los puede mirar. Así lo comprende la presidencia, que da la vuelta en silencio al monumento y se coloca de frente.) ¡Míranos! ¡Y oye el canto de tu gloria!

Música

ANT. ¡Gloria á las ciencias,
gloria á las artes,
gloria á la patria
del gran Velázquez!

TODOS ¡Gloria á la ciencia! etc. (Telón.)

FIN DE LA ZARZUELA

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Cara y cruz juguete cómico en un acto y en verso
El sexo débil juguete cómico en un acto y en verso.
El único ejemplar, comedia en un acto y en verso.
Abogacía de pobres, juguete cómico en un acto y en verso.
El número tres, comedia en tres actos y en verso.
Servir para algo, comedia en un acto y en verso.
Vanitas vanitatum, comedia en tres actos y en verso.
Echar la llave, comedia en un acto y en verso.
Haz bien... comedia en tres actos y en verso.
Para una coqueta, un viejo, comedia en dos actos y en verso
Inocencia... comedia en tres actos y en verso.
¡Al Santo, al Santo! apropósito cómico en dos actos y en verso.
Contra viento y marea, comedia en tres actos y en verso.
Cómo se empieza, comedia en un acto y en verso.
Una comedia y un drama, comedia en dos actos y en verso.
Como las golondrinas, comedia en tres actos y en verso.
Champagne frappé, juguete cómico en un acto y en verso.
Ni la paciencia de Job comedia en tres actos y en verso.
El octavo, no mentir, comedia en tres actos y en verso.
La fuerza de un niño, comedia en tres actos y en verso.
Escurrir el bulto, comedia en un acto y en verso.
Por fuera y por dentro, comedia en dos actos y en verso.
La buena raza, comedia en tres actos y en verso.
¡Malditos números! comedia en tres actos y en verso.
Enseñar al que no sabe, comedia en tres actos y en verso.
La elocuencia del silencio, comedia en tres actos y en verso.
Sin familia, comedia en tres actos y en verso.
De todo un poco, revista en un acto con D. Vital Aza.
El otro, comedia en tres actos y en verso.
Un año más, revista en un acto, con D. Vital Aza.
¿Pérez ó López? comedia en tres actos y en verso.
¡Pobre María! monólogo en un acto y en verso.
En plena luna de miel, comedia en un acto y en verso.
Sin solución, comedia en tres actos y en verso.
Pensión de demoiselles, humorada en un acto, con Vital Aza.

Caerse de un nido, comedia en un acto y en verso.
Boda y bautizo, sainete con D. Vital Aza.
En primera clase, comedia en tres actos y en verso.
Un viaje á Suiza, arreglo en tres actos, con D. Vital Aza.
La mano derecha, juguete en un acto y en verso.
Los demonios en el cuerpo, comedia en un acto y en verso.
Vivir en grande, comedia en tres actos y en verso.
La lista grande, comedia en un acto y en verso.
El día del sacrificio, juguete en un acto y en verso.
Meterse á redentor, comedia en tres actos y en verso.
Manzanilla y dinamita, comedia en un acto y en verso.
¡Viva España! sainete en un acto en prosa y verso.
El enemigo, comedia en tres actos y en verso.
Los hugonotes, comedia en dos actos y en verso.
Entre parientes, comedia en un acto y en verso.
La sopa de almendra, apropósito en un acto y en verso.
Viajeros de Ultramar, comedia en dos actos y en verso.
La vieja ley, comedia en tres actos y en verso.
¿Me conoces? juguete cómico en un acto y en verso.
El tren del botijo, comedia en dos actos y en verso.
En casa de la modista, juguete cómico en un acto y en verso.
La niña mimada, comedia en tres actos y en verso.
La credencial, comedia en tres actos y en verso.
El sereno de mi calle, juguete cómico en un acto y en verso.
La señá Francisca, comedia en dos actos y en verso.
La revista, zarzuela en un acto original y en verso, música del maestro Caballero.
Los hijos de Elena, juguete cómico en dos actos y en verso
Abogar contra sí mismo, comedia en tres actos y en verso.
El dúo de la Africana, zarzuela cómica en un acto y tres cuadros, original en verso, música del maestro Caballero.
Las tres de la tarde, diálogo en un acto y en verso.
¡Al Santo, al Santo! apropósito cómico en un acto y en verso
La monja descalza, comedia en tres actos y en verso.
El Domingo de Ramos, zarzuela cómica en un acto y cuatro cuadros, original y en verso, música del maestro Bretón.
Fe, esperanza y caridad, juguete cómico en dos actos y en verso.
Magda, juguete cómico en un acto y en verso.
La bicicleta, juguete cómico en un acto y en verso.

El último drama, comedia en dos actos y en verso.

La monja descalza, comedia en dos actos y en verso.

La viejecita, zarzuela cómica en un acto y dos cuadros, musica del maestro Caballero.

Mimo, comedia en dos actos y en verso.

Gigantes y cabezudos, zarzuela en un acto y tres cuadros, música del maestro Caballero.

Continental expres, monólogo en verso.

Baile de trajes, comedia en tres actos y en verso.

Los estudiantes, zarzuela cómica en un acto y cuatro cuadros, original y en verso, música del maestro Caballero.

¡Buen viaje! comedia en un acto y en verso.

La Diligencia, zarzuela cómica en un acto y en prosa, música del maestro Caballero.

Una cana al aire, juguete cómico en dos actos y en prosa.

El sombrero de plumas, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Chapí.

La casta Susana, juguete cómico-lírico-coreográfico, en un acto y en verso, música del maestro Valverde (hijo).

La elocuencia del silencio, juguete cómico en un acto y en verso.

La credencial, comedia refundida en dos actos y en verso.

Caridad, comedia en tres actos y en prosa.

Las alas, diálogo en prosa, original.

La sequía, zarzuela en un acto y cuatro cuadros, en prosa, música del maestro Giménez.

Secreto de confesión, comedia en dos actos y en prosa, original.

Los tres gorriones, zarzuela cómica en un acto y dos cuadros, en prosa, original, música del maestro Valverde (hijo).

El cisne de Lohengrin, zarzuela cómica en un acto y cinco cuadros, en prosa y verso, original, música del maestro Ruperto Chapí.

María Luisa, zarzuela en un acto, dividido en cinco cuadros, en prosa, original, música del maestro Caballero.

La rabalera, zarzuela en un acto y tres cuadros, en prosa original, música del maestro Vives.

El castillo, zarzuela en un acto y tres cuadros, en prosa y verso, música de los maestros Nieto y Ortells.

EN PRIMERA CLASE.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

Cara y cruz, juguete cómico en un acto y en verso.
El sexo débil, juguete cómico en un acto y en verso.
El único ejemplar, comedia en un acto y en verso.
Abogacía de pobres, juguete cómico en un acto y en verso.
Servir para algo, comedia en un acto y en verso.
El número tres, comedia en tres actos y en verso.
Vanitas vanitatum, comedia en tres actos y en verso.
Echar la llave, comedia en un acto y en verso.
Haz bien..., comedia en tres actos y en verso.
Para una coqueta un viejo, comedia en dos actos y en verso.
Inocencia..., comedia en tres actos y en verso.
Al Santo, al Santo! apropósito cómico en dos actos y en verso.
Contra viento y marea, comedia en tres actos y en verso.
Como se empieza, comedia en un acto y en verso.
Una comedia y un drama, comedia en dos actos y en verso.
Como las golondrinas, comedia en tres actos y en verso.
Champagne frappé, juguete cómico en un acto y en verso.
Ni la paciencia de Job, comedia en tres actos y en verso.
El octavo, no mentir, comedia en tres actos y en verso.
La fuerza de un niño, comedia en tres actos y en verso.
Escurrir el bulto, comedia en un acto y en verso.
Por fuera y por dentro, comedia en dos actos y en verso.
La buena raza, comedia en tres actos y en verso.
Malditos números! comedia en tres actos y en verso.
Enseñar al que no sabe, comedia en tres actos y en verso.
La elocuencia del silencio, comedia en tres actos y en verso.
Sin familia, comedia en tres actos y en verso.
De todo un poco, revista en un acto, con el Sr. Vital Aza.
El otro, comedia en tres actos y en verso.
Un año más, revista en un acto, con el Sr. Vital Aza.
¿Perez ó Lopez? comedia en tres actos y en verso.
¡Pobre María! monólogo en un acto y en verso.
En plena luna de miel, comedia en un acto y en verso.
Sin solucion, comedia en tres actos y en verso.
Pension de demoiselles, humorada en un acto con el Sr. Vital Aza.
Caerse de un nido, comedia en acto y en verso.
En primera clase, comedia en tres actos y en verso.

EN PRIMERA CLASE

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

MIGUEL ECHEGÁRAY.

Estrenada en el Teatro de la PRINCESA en la noche del 22 de Enero de 1886.



MADRID,
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ
Atocha, 100, principal.

1886.

PERSONAJES.	ACTORES.
SOLEDAD	Mendoza Tenorio.
AMPARO	Julia Martinez.
JACINTA	Villar.
DON PABLO	Sr. Mario.
DON RAMÓN	Sr. Cepillo.
ENRIQUE	Sr. Sanchez de Leon.
ERNESTO	Sr. Rubio.
UN LACAYO	Sr. La Hoz.

ACTO PRIMERO.

Gabinete amueblado con extraordinario lujo y ostentación en el piso bajo de un palacio: puertas laterales: en el fondo grandes ventanas corridas que dejan ver el parque.

ESCENA PRIMERA.

SOLEDAD, JACINTA, D. RAMÓN.

SOL. Que se obedezcan mis órdenes,
Jacinta, no equivocarse.
La habitación de la izquierda
es la habitación del padre,
la azul; y para la hija
la de al lado, la granate.
Las dos en el piso bajo
y con las vistas al parque.
Que á la estación baje Pepe
á las cuatro de la tarde,
que reciba los viajeros
y traiga los equipajes,
y disculpe á mi papá
si á recibirlos no sale.
Para las seis la comida,
y á las ocho mi carruaje.

JACINTA. Está muy bien. ¿Nada más?

SOL. Nada. Puedes retirarte.
(Vase Jacinta por la derecha.)

ESCENA II.

SOLEDAD, D. RAMÓN.

RAMON. Así te deseo, hija.
Esa actividad me place.
Disponiendo y ordenando
sin olvidar un detalle.
Eres el alma de casa.
SOL. ¡Soy el alma de mi padre!
RAMON. Eso sí, mi alma, mi vida,
mi orgullo. Con ese talle
divino, con tal figura,
con tal cara, con tal aire,
y con alma tan hermosa
que por tales ojos sale,
en el corazón de muchos
levantarás tempestades,
y á tus plantas los verás
enamorados y amantes;
mas cariño como el mío,
tan puro, tan invariable,
tan verdadero, tan noble
y tan santo, no te canses,
no le busques.
SOL. Ya le tengo.
¿Para qué quiero buscarle?
RAMON. Por desgracia mi cariño
á tí no puede bastarte.
SOL. ¿Y por qué no?
RAMON. De la vida
es la ley inexorable.
SOL. ¿Tú crees?...
RAMON. Si no me quejo.
Enrique es tan insinuante,
hace versos tan bonitos
y dice tan bellas frases...
SOL. Es un amigo, papá.
RAMON. Un amigo tan constante,
que á verme todos los días
viene á las tres de la tarde.

Dan las tres, se oyen sus pasos,
se arrebata tu semblante;
entra, saluda, las horas
á tu lado pasa hablándote,
y yo, al mirar tal desvío,
pienso sin incomodarme:
si ha venido á verme á mí
lo disimula bastante.

SOL. Pero si yo...

RAMON. No lo niegues,
hija mía, será en balde.
No se lo digas al mundo,
porque pudiera burlarse:
el mundo es frívolo, es necio,
en maldecir se complace;
como no siente, le aburren
las cosas sentimentales.
No se lo digas á él
si no te dió pruebas antes
de su amor y su pasión
de una manera indudable,
que en cuestiones de cariño
el hombre debe ir delante,
y la mujer, que es pudor,
detrás sin apresurarse,
concediendo y no ofreciendo
porque la mancilla el aire.
Pero á mí no me lo niegues;
te idolatro, soy tu padre,
y leo en tu corazón,
mi Soledad, tus afanes.

SOL. Pues si es cierto, ¿á qué negarlo?
Si le viste, ¿á qué ocultarte
este amor? ¿Ni á qué decirlo
tampoco, si ya lo sabes?
De niña le conocí.
En dulces horas fugaces
fué mi solo compañero;
empecé temprano á amarle;
esta afición con los años
ha ido creciendo, ensanchándose,
y hoy me ocupa el corazón

y el pensamiento su imágen.
Afanes los has llamado,
y en verdad que son afanes,
porque no encuentro en su pecho,
donde quisiera mirarme,
del grito del alma mía
el eco dulce y amante.
Cariñoso, pero frío,
aunque reservado, amable,
con los ojos muy valiente,
con la lengua muy cobarde,
y ante su expresión simpática
y ante su mudo lenguaje
ya el corazón desespera,
ya con esperanzas late,
llena mi boca de risas
ó en lágrimas se deshace.

RAMON. ¡Pobre chiquilla mimada!
¡Yo sólo soy el culpable!
Te has acostumbrado mal.
Sólo he sabido mimarte.
Con mi oro, varita mágica
que tantos milagros hace,
tus más extraños caprichos
voy trocando en realidades,
y ante el menor contratiempo
protestas desesperándote.
Eres joven: no has podido
adivinar su carácter,
penetrar su pensamiento.
También como tú combate,
como tú también suspira
y son negros sus afanes.
Tú rica, tú poderosa,
tú opulenta, sin rivales,
y él pobre, oscuro y humilde,
¿cómo no quieres que calle?
¿No conoces su fortuna,
su renta? Veinte mil reales.
Los tiene mi mayordomo,
te los gastas en un traje.
Su silencio no es desvío,

que de su amor da señales.
La altivez le vuelve mudo,
la dignidad le retrae,
y á mis ojos le enaltecen
tan honrosas cualidades.

SOL. Entonces, ¿no hay esperanza?

RAMON. ¿No hay esperanza? ¡Y tu padre!
Tu padre lo puede todo,
un millonario, un gigante.
¡Yo te haré feliz!

SOL. ¿De veras?
¡Será difícil!

RAMON. Muy fácil.
Yo le ayudaré á subir,
yo le haré dichoso, grande,
y le daré posición,
fortuna, mas con tal arte,
que él juzgue que vá ganando
lo que le pongo delante.
Y aquel dia en que los dos
os llegueis á ver iguales,
yo le llamo, él se declara,
y tú lloras y á casarse.

SOL. ¡Ay! me devuelves la vida.
Acabaron mis pesares.
¡Los tres juntos! ¡En sus brazos
los dos! ¡No, vírgen del Cármen,
en los tuyos! La alegría
me hace decir disparates.
¿Y dices que sólo tiene
el pobre veinte mil reales?

RAMON. Esa es su renta, y con ella
pasa vida miserable.

SOL. Mira, cuando nos casemos
se los dejo para guantes.

RAMON. Para que fume, ó se compre
cualquier cosa, ó los regale,
ó si le estorban los tire
en la mitad de la calle.

SOL. ¡Estoy loca, padre mío!
¿Te vás?

RAMON. Tengo que ocuparme

en mil asuntos. No puedo
bajar al tren un instante
para recibir á Pablo.
Hasta luego.

SOL. Sin besarme.

RAMON. ¡Qué zalamera!

SOL. En la frente.

RAMON. Donde se besa á los ángeles.
(Sale por la izquierda.)

ESCENA III.

SOLEDAD.

—No es devaneo ó capricho,
no es afición pasajera,
de niña de pocos años
que no sabe lo que piensa.
Es amor grande, profundo,
y que toda el alma llena.
Con él ó sin él: vivir
ó morir: gloria ó miseria.
¡Una alegría sin límite
ó una desventura eterna!

ESCENA IV.

SOLEDAD, ENRIQUE por la derecha, segundo término.

ENR. Felices tardes.

SOL. ¡Enrique!

ENR. ¿Cómo estás, Soledad?

SOL. Buena.
Siempre en casa tan constante.

ENR. Mi visita, la primera,
donde mejor me reciben,
la que hago con más frecuencia,
con más placer. Cuando aquí
no vengo á dar una vuelta,
cuando no nos estrechamos
don Ramón y yo con fuerza
las manos, cual dos personas

que se quieren muy de veras,
cuando contigo no cambio
cuatro palabras de cerca,
y no me sigue tu voz
hasta el umbral de la puerta,
falta el aire á mi pulmón,
falta la sávia á mis venas
y en el libro de mi vida
no asiento aquel día en cuenta.

SOL. (Esto es algo)

ENR. Encuentro aquí
lo que me falta en la tierra,
un hogar, una familia
que me atiende y considera,
ese centro necesario
donde á cada hora se llega,
para descansar fatigas
ó para llorar flaquezas.
Tu padre que me predica
y me advierte y me aconseja,
y tú que á veces me aguardas
desde el pie de la escalera
con sonrisa tan graciosa
en esa boca tan fresca,
que al mirarla me contagio,
y aunque disgustado venga,
al verte reir, me rio,
y se me acaban las penas.

SOL. (Va muy bien, pero muy bien:
que siga y no se detenga.)
¿Penas tú?

ENR. ¿Quién no las tiene?
¿Quién soy? Un triste poeta,
es decir, nadie, un sonámbulo
condenado á la pobreza.
¿Qué voy á ser? Todo ó nada:
este es mi sólo dilema,
y me devoran la duda,
el deseo y la impaciencia.
Unas veces la ambición
en mi pecho se despierta,
y sueño, dichas, honores,

maravillas y grandezas,
un puesto junto á las nubes
y una aureola en mi cabeza.
Pero otras el desencanto
de todo me desalienta.
Desden me inspiran los hombres
y disgusto la existencia
y á Dios le pido un rincón,
léjos, donde no me vean,
donde dormir descansado
sin envidias ni grandezas.
Y en estas luchas que traigo
y estas dudas que me asedian
no encuentro un ser, un apoyo
que me anime y me sostenga,
que ilumine mi camino
dándome alientos y fuerzas.

SOL. ¿No lo encuentras?

ENR. No lo veo
y lo busco.

SOL. (¡Quién pudiera
exclamar: aquí le tienes!
Ciego, si le tienes cerca.)

ENR. ¿Á qué puedo yo aspirar?

SOL. Á todo. ¡Cuánta modestia!

ENR. Yo no tengo posición.

SOL. Pues busca quien ya la tenga.

ENR. No es digno.

SOL. Pues no ha de ser.
Tus méritos.

ENR. Exageras
mis méritos.

SOL. Haces versos
preciosos.

ENR. Como cualquiera.

SOL. Se admiran.

ENR. Mas no se venden.
En el mundo hay diferencias
que separan.

SOL. Y en el alma
cariños que si se encuentran
salvan abismos.

ENR. Soy pobre.
SOL. ¿Y qué?
ENR. Mi delicadeza...
SOL. Llámala orgullo.
ENR. Es honrado
sentimiento.
SOL. La soberbia
es pecado.
ENR. ¡Soy tan pobre!
SOL. ¿Y qué importa la pobreza?
(¡Ay! esto no es ir detrás
como mi padre desea,
sino delante!)
ENR. Si yo
algún día me atreviera...
SOL. ¿Si te atrevieses á qué?
ENR. Si me atreviese...
SOL. ¡Qué flema!
ENR. Á adorar.
ERN. (Por la derecha, segundo término.)
Muy buenas tardes.
(Con un ramo de flores.)
SOL. (¡Mi primo! ¡Maldito sea!)

ESCENA V.

DICHOS y ERNESTO.

ERN. Adios, prima de mi alma,
permíteme que te ofrezca
del jardin de mis amores
la más delicada muestra.
Si te dignas admitir...
SOL. Muy bonitas. Como esas
tengo en mi jardin á miles
y más grandes y más frescas.
ERN. Pero estas están regadas
con cariño.
SOL. (¡Qué babieca!)
ERN. ¿No lo quieres aceptar?
SOL. Déjalo sobre la mesa.
ERN. ¡De mis manos á las tuyas,

Soledad!

SOL. ¡Ay! venga, venga!
Ya le tomo. (Lo cogo y lo deja en la mesa.)

ERN. Muchas gracias.

SOL. Á tí yo por la fineza.

ENR. ¿Te marchas?

SOL. Voy á avisar
á papá para que venga..
No sabe que estais aquí.

ERN. Adios, prima... ¡y no contesta!
(Sale por la izquierda.)

ESCENA VI.

ERNESTO y ENRIQUE.

ENR. Por lo visto, esos amores
desgraciados no prosperan?

ERN. ¡Hoy ha estado más amable
que otros días!

ENR. ¡Qué hechicera!
¿No es verdad?

ERN. ¡Y qué mimada!
Á mí me trata á baqueta.

ENR. ¡Bah, quién sabe!

ERN. No es posible:
viviré cual alma en pena,
pues debiendo ser mi esposa
se casará con cualquiera.
El parentesco, el dinero,
el amor, la conveniencia,
son razones que este enlace
acreditan y aconsejan,
pero ella dice que no
y el padre cual ella piensa.

ENR. Los primos siempre se casan.

ERN. Soy excepción de la regla.

ESCENA VII.

DICHOS, SOLEDAD, RAMÓN por la izquierda.

RAMON. ¡Mi querido Enrique!... Ernesto,

por aquí.

ERN. Por aquí estamos,
tío.

ENR. Señor don Ramón.

RAMON. ¿Qué tal? ¿En qué has ocupado
la mañana?

ENR. ¿Yo? Escribiendo.

ERN. ¿Versos?

ENR. Versos.

RAMON. ¿Y tú, vago?

ERN. En la misma ocupación.

SOL. ¿En hacer versos?

ERN. La he empleado...
en nada. Por eso digo
que en lo mismo.

SOL. ¡Qué muchacho
tan chistoso!

ENR. No te importe.
Sabes que no le hago caso.

ERN. ¿Conque huéspedes tenemos?

SOL. Deben llegar á las cuatro.

RAMON. No son huéspedes, Ernesto.
No son visita de paso;
vienen á vivir conmigo
si quieren por muchos años.

ENR. El nuevo administrador
de usted, el apoderado
general,

RAMON. ¡Oh, no! tampoco
merece ese nombre, Pablo.
Nos conocimos de niños,
juntos nos hemos criado,
juntos en un mismo dia
la carrera terminamos.
Hombre yo de actividad,
de ambicion y de entusiasmo
me dediqué á los negocios
con éxito extraordinario,
y él mozo humilde y modesto
y de talento muy claro,
se olvidó del porvenir,
dejó la carrera á un lado

y allá se marchó á un villorrio
á cuidar cuatro sembrados
y tres viñas, y á entregarse
á las fatigas del campo,
como nos dijo el poeta,
ni envidioso ni envidiado.

ENR. Pues en mi pobre opinión
hace usted mal en sacarlo
de su retiro tranquilo
y traerle á este maremagnun
de la vida cortesana
tan llena de sobresaltos,
porque allí vive feliz
y aquí será desgraciado.

RAMON. He sabido que la ruina
le persigue, que el embargo
le ha arrebatado sus bienes,
y que vive hace dos años
en la más negra miseria
y el más triste desamparo.

ENR. Entonces ha hecho usted bien;
su hermosa conducta aplaudo.

SOL. El corazón de mi padre
es muy grande.

ENR. Ya hace rato
le conozco.

ERN. Yo también
pienso así; pero me escamo.
Él sabrá sembrar patatas
y podrá podar un árbol,
más no manejar millones
ni decorar un palacio.
¿Viene toda la familia
con él? Será hombre casado,
porque en el campo se casan
esas gentes que es un pasmo.

RAMON. Es viudo con una hija.

ENR. ¿Una niña?

ERN. ¡Malo, malo!

RAMON. De la edad de Soledad.

ERN. Veintisiete.

SOL. ¡Veinte!

ERN. (Y cuatro.)

RAMON. Otra feliz circunstancia.
Podré así tener al lado
de Soledad una amiga
que la acompañe.

ERN. ¡Canario!
Querido tío del alma,
está usted disparatando.
¡Al lado de Soledad
una paleta! ¡Qué diablo
de ocurrencia! Por el cielo,
piénselo usted más despacio.
Se merece Soledad
otra cosa mejor, algo
de buen tono, *une demoiselle*
de compagnie, lo indicado,
que hable francés y alemán
y sepa sentarse al piano.
¿Qué figura hará en el coche
esa infeliz á tu lado?
Aunque no la he visto nunca
te puedo hacer el retrato.
Unas manos como lija,
un cuerpo de dromedario,
una cara como un pan
y por nariz un ochavo,
gran moño de picaporte
y diez ó doce refajos.
Desde hoy tu coche tendrá
ocho asientos bien contados:
los cuatro que tiene siempre
y un suplemento de cuatro.

SOL. ¿Pero en dónde?

ERN. En las caderas
de la muchacha.

ENR. ¡Qué bárbaro!

SOL. Pero ¡qué gracioso vienes
hoy!

ENR. Hoy viene epigramático.

RAMON. ¿Estará dispuesto todo
para recibirlos?

SOL. ¿Llamo?

(Llama á un timbre: Jacinta por la derecha, segundo término.)

JACINTA. ¿Llaman?

SOL. De la señorita
¿está preparado el cuarto?

JACINTA. Está ya.

SOL. Que el jardinero
la ponga en su mesa un ramo.
La gustará de seguro,
pues como viene del campo.

JACINTA. Está bien.

RAMON. ¿Y el del señor
está también preparado?

JACINTA. También, sí.

ERN. Que el jardinero
le ponga en la mesa un ramo.
Le gustará de seguro,
pues también viene del campo.

SOL. Tienes razón. Para él
éste. Yo se lo regalo.
(Dá á Jacinta el ramo que trajo Ernesto.)

ERN. Pero prima...

SOL. Vente ahora
con burlas.

ENR. Bien se ha vengado.

ERN. Sí, venganza de mujer.
Diez golpes por un amago.
Te dan una puñalada
si das un alfilerazo.

RAMON. Ya es la hora. Deben venir
muy pronto.

SOL. Como está un paso
la estación.

RAMON. Cinco minutos.

ENR. Entonces podrá anunciarnos
su venida de la máquina
el silbido prolongado.

SOL. No se oye nunca de dia.
Como hay aquí tanto tránsito,
tanto ruído. Si de noche,
muchas veces le he escuchado.
Y en verdad que ese silbido

trémulo, estridente, largo,
en la calma de la noche
hasta mí triste llegando
me hace daño. Pienso oir
la queja de un ser humano,
un ay, un adios postrero,
un lamento.

ERN. ¡Bravo, bravo!
¡Romanticismo, poesía!
Eso es de éste, eso es un plagio.

ENR. ¡Oh, no es mio!

SOL. ¡Lo que es hoy
estás, Ernesto, antipático!

RAMON. ¡Un coche!

SOL. ¿Son ellos?

RAMON. Sí.
Ven á recibirlos.

SOL. Vamos.
(Salen por la derecha segundo término.)

ESCENA VIII.

ENRIQUE, ERNESTO.

ENR. Vamos á verlos, Ernesto.

ERN. Vamos allá.
(Se asoman á la ventana.)

ENR. Ya han bajado.
¿Qué te parece la niña
ahora que la ves?

ERN. Soy franco.
No tiene mal aire. Creo
que anduve algo exagerado.

ENR. ¿Y el padre, dí?

ERN. No está mal,
puede pasar.

ENR. Pues es claro.
Si no es un hombre vulgar,
Ernesto, es un abogado.

ERN. Pero si no ocupo el tiempo
en burlarme, ¿en que lo paso?

ESCENA IX.

DICHOS, D. RAMÓN, D. PABLO por la derecha, segundo término.

RAMON. Ya estás en tu casa.
PABLO. ¡Oh, sí,
gracias con el corazón!
Qué bien te encuentro, Ramón,
no pasa el tiempo por tí.
RAMON. Pues algunos años van.
PABLO. Yo te llevo algun camino.
RAMON. Te presento á mi sobrino,
y á don Enrique Guzmán.
PABLO. Señores... ¡oh don Ernesto!
ERN. ¡Don Pablo! ¿Conqué es usté?
PABLO. El de siempre: ya me vé.
ERN. ¿Con el mismo humor?
RAMON. ¿Qué es esto?
¿Sois amigos?
ERN. Amistad
de verdad.
PABLO. Sincera y fiel.
ERN. En mis cacerías él
me ha dado hospitalidad,
y mi escopeta y mi perro
aliviaron su fatiga
bajo la emparrada amiga
de su casita del cerro.
Nos dió provisión completa.
Á mí rico moscatel,
agua fresca á mi lebrel
y pólvora á mi escopeta.
PABLO. ¿Qué casa, verdad?
ERN. Tenía
un magnífico horizonte.
RAMON. Tú siempre de monte en monte.
ERN. Esa es mi sola manía.
ENR. Es cazador de renombre.
ERN. Lo soy de los más felices.
PABLO. (¡Los conejos y perdices

que le he vendido á este hombre!)

ERN. (Á Enrique.) Tú le debes conocer.
Una vez fuiste conmigo,
con Jacobo y con Rodrigo.
Era ya el anochecer,
y á la puerta del jardín
una niña encantadora
salió.

ENR. La recuerdo ahora:
una como un serafín.
Los tres nos quedamos fijos.

ERN. ¡Qué cara de gozo ha puesto!

PABLO. Pues cara de padre, Ernesto,
cuando alaban á sus hijos.

ERN. Mas, ¿dónde está?

RAMON. No ha querido
entrar conforme ha llegado.
Soledad se la ha llevado
á cambiarla de vestido.

PABLO. En las mujeres el traje
es una cosa esencial,
y Amparo viste tal cual.

RAMON. Y el viaje, ¿qué tal?

PABLO. ¡Mal viaje!
Para venir en tercera
hemos hecho economías,
y si tardamos dos días
venimos en la perrera.
Revueltos y confundidos
llegamos gordos y flacos,
cestas, maletas y sacos,
cuatro chicos maldecidos,
doce personas cabales
sobre un banco de madera
en un vagón de tercera
sin cortinas ni cristales.
Todo encontró el paso franco:
allí el viento nos heló,
allí el polvo nos manchó
haciendo en mis ojos blanco,
allí nos mojó la lluvia
cayendo con rapidez,

y hasta el sol más de una vez
metió su cabeza rubia.
Un monstruo de ambas Castillas
con su volúmen me ahogaba;
una madre que lactaba
el chiquillo á mis rodillas
trasladó desde su falda;
en mí se apoyó un anciano
y un licenciado cubano
se durmió sobre mi espalda,
soplando de un modo tal,
que yo pensé convencido:
¡éste alguna vez ha sido
órgano de catedral!
No dormí, no descansé,
todo el cuerpo me dolía,
en una estación, de día,
para respirar bajé,
y haciendo burla mortal
de mí, miré un señorón
dentro de un coche-salón
detrás del limpio cristal.
¡Qué gran gorro hasta las cejas
y hasta el cogote metido!
¡Qué hermoso gabán, subido
hasta las mismas orejas!
En su bien pequeña mano,
¡qué guante de rica piel!
Un lacayo cerca de él
y en su boca un gran habano.
Allí sedas, almohadones,
caloríferos, alfombra,
cortinajes que dan sombra
y hasta cama con colchones.
Con envidia le miré,
sonó el pito, con trabajo
volví á sentarme en el tajo
de mi banco, y exclamé
con triste y sentida frase
y con amargor profundo:
¡Qué gran cosa es en el mundo
viajar en primera clase!

RAMON. ¡Siempre el mismo!
PABLO. ¡Bueno fuera
que ahora cambiase, Ramón!
¡Qué lujo, qué ostentación!
También viajas en primera.
RAMON. Como siempre, desde entonces.
PABLO. Esto no es casa, es palacio.
RAMON. Ya la veremos despacio.
Verás mis cuadros, mis bronces.
PABLO. (Examinando un sillón.)
¿Esto, chico, es terciopelo?
RAMON. ¡Vaya!
PABLO. Le desconocía.
Más de treinta años hacía
que no le veía el pelo.
RAMON. ¿No ha llegado á tu lugar?
PABLO. Esta es visita de ricos.
Por la puerta de los chicos
se pasa sin saludar.
ERN. Pues ya los ricos le vemos
sin lanzarle una mirada.
RAMON. En honor á tu llegada
hoy todos juntos comemos.
¿Vendrá usted, Enrique?
ENR. Sí.
RAMON. ¿Y tú?
ERN. No pienso faltar.
RAMON. Á las seis.
ERN. Voy á avisar
á mi casa.
ENR. Por aquí
pronto volvemos los dos.
He tenido un gran placer...
PABLO. Yo también.
ERN. Hasta más ver.
PABLO. Adios, cazador.
ERN. Adios.
(Salen por la derecha segundo término.)

ESCENA X.

D. RAMÓN, D. PABLO.

PABLO. Ahora que ya puedo hablar
dominando mi emoción,
dame esa mano, Ramón,
que yo debiera besar.
Deja que con tierno acento
á tu conducta conteste,
deja que te manifieste
mi eterno agradecimiento.

RAMON. Pablo, vengan esas manos,
y lo que hice da al olvido.
¿Por ventura, no hemos sido
los dos como dos hermanos?
El que lo fué para mí
quiero que á mi lado viva.
Tú estás abajo, yo arriba,
yo te levanto hasta aquí.
¿Por la mas sencilla acción
quieres hacerme un retablo?
No me ha marchitado, Pablo,
la riqueza el corazón.
Si está mi casa repleta
y de esplendores es centro,
también soy rico por dentro,
Dios hizo su obra completa.

PABLO. He venido, y sin embargo
no con gusto: soy leal.
Has elegido muy mal.
Yo no sirvo para el cargo.
De creerlo no concluyo.
Yo soy torpe, aunque soy bueno.
¿Cómo conservar lo ajeno
el que ha perdido lo suyo?

RAMON. Millones supe ganar
tantos, uno de otro en pos,
que aunque pierdas uno ó dos
no lo vamos á notar.
Mas yo te conozco á tí.

Lo mucho que vales, sé.
PABLO. Valgo poco.
RAMON. Pues tendré
un hombre honrado.
PABLO. Eso sí.
RAMON. Honrado y trabajador
y viviré satisfecho.
¿No sabes lo que me ha hecho
mi último administrador?
Era hombre listo en verdad.
Gracias al ferro-carril
huyó con cuarenta mil
duros.
PABLO. ¡Qué barbaridad!
RAMON. Estará en el extranjero.
El cargo le fué fecundo.
PABLO. ¿Pero es que existe en el mundo
de verdad tanto dinero?
RAMON. Sin duda.
PABLO. ¡Vaya por Dios!
¿Cómo habrá gentes tan ricas?
RAMON. ¿Más no vienen esas chicas?
PABLO. Aquí tienes á las dos.

ESCENA XI.

DICHOS, SOLEDAD, AMPARO por la derecha, primer término.

SOL. Aquí estamos.
PABLO. ¿Vés, Ramón?
Míralas: de hoy conocidos,
abrazadas, confundidas,
como hermanas.
RAMON. Ya lo són.
La expansión es atributo
del que es joven: contenerse
no es fácil, verse y quererse
todo es cuestión de un minuto
Así nos pasó á nosotros;
ya los viejos nos volvemos
recelosos, nos tememos,

y los unos á los otros
nos vemos con extrañeza,
y nunca nos confundimos
y á las veces nos huimos.

PABLO. Ley de la naturaleza
de la que somos vasallos
y á la que tú madre llamas.
Mira de un árbol las ramas,
mira los primeros tallos,
nacer juntos los verás,
casi gemelos parecen,
pero á medida que crecen
se van separando más.

RAMON. ¿Qué me dices de este diablo
que me deparó el destino?

PABLO. Que no es diablo y que es divino.

SOL. ¡Ay! muchas gracias, don Pablo.

PABLO. ¿Y mi muchacha?

RAMON. Un primor.
¡Fresca, lozana y gentíl!

PABLO. Esa es Mayo.

RAMON. Y esa Abril.

SOL. Don Pablo.

AMPARO. Por Dios, señor.

PABLO. De ser bella no presume.

RAMON. Pues es hermosa.

PABLO. Y muy buena.

RAMON. La flor de la Sierra llena
de modestia y de perfume.

PABLO. De dinero tienes más.
Me has cogido el primer puesto;
pero confiesa que en esto
yo no me he quedado atrás.

RAMON. Lo confieso.

PABLO. Y no te asombres
si me ves hacer extremos.
En fin, chico, que nos hemos
portado como dos hombres.

RAMON. Ésta sin su madre está
y como solos quedamos
con el alma nos amamos,
¡con toda el alma!

SOL. Papá.
PABLO. Tampoco esta tiene madre.
Perdí á mi pobre María
y esta es mi sola alegría,
mi único consuelo!
AMPARO. ¡Padre!
RAMON. Para ella anhela tener,
para verla venturosa,
y es feliz, es muy dichosa.
SOL. Sí, papá.
RAMON. No lo has de ser.
Tiene paz, tiene reposo,
tiene mi amor, el primero,
y tiene mucho dinero
sin el cual nadie es dichoso.
Lo que quiere á cada instante
leo en esa frente hermosa,
y en cuanto pide una cosa
se la presento delante.
¿Un aderezo? Pues tiro
el dinero sin temor.
¿Desea un coche? El mejor
que pasea en el Retiro.
¿Quiere un traje?... El mejor traje
que se presenta en la corte;
y al Sur, á Levante, al Norte
como reina va de viaje.
Y en mil fiestas envidiada
y llena de adulaciones,
ilumina los salones
de mi expléndida morada.
Estoy loco y sin temer
la confieso mi locura,
porque esa dulce criatura
no abusa de su poder.
Ella mi ídolo, ella sola;
para ella todos mis dones;
su pedestal cien millones,
mi cariño su aureola!
PABLO. Pues esta vive mimada
y cuanto pide la doy,
todo... Lo cierto es que hasta hoy

nunca me ha pedido nada
y me sale muy barato.
Nunca dige: mal he dicho.
Una vez tuvo un capricho
y á fé que me dió mal rato.
En el alto de un cerrito
hay una iglesia en mi villa
y dentro de una capilla
un Santo Cristo bendito.
Es el patrón del lugar.
Su dia es fiesta que goza
de mucha fama, y no hay moza
que no desee estrenar
y se presentan con brillo
las hijas de los pudientes.
Ésta quiso unos pendientes
de oro, de lo más sencillo.
Con risas me lo pedía,
y tan mimosa la ví,
que la contesté que sí
sin saber lo que decía.
¿Cómo acallarla en sus quejas?
¿Pendientes? Ni los peores.
Tenía cien acreedores
pendientes de mis orejas.
Forjé planes diferentes;
no dormí, no descansé;
y por último, exclamé:
¡Vas á tener los pendientes!
El no fumar es mi potro,
yo fumo como ninguno,
en la colilla del uno
empiezo á encender el otro.
Al día, fumando mal,
gasto dos reales cabales,
pensé: pues ahorro dos reales
y al mes tengo un capital.
No fumo, de los valientes
soy: pasaré mil apuros.
En tres meses nueve duros,
y se compran los pendientes.
¡Qué día pasé el primero

sin una triste chupada!
Concluyo el almuerzo, ¡y nada!
Concluyo la cena, ¡y cero!
Con súplicas ó violencia
voz interior me decía:
¡Tabaco! y yo respondía:
¡No hay tabaco, ten paciencia!
¡Qué tres meses, qué belén,
qué fatigas, qué sudor!
Es fuerza ser fumador
para comprenderlo bien.
Por fin salí del atranco
Al mirar junto el dinero
corrí á casa del platero
para ir después al estanco,
y cogidos por el brazo
fuimos los dos á la fiesta
para el gran día dispuesta
marchando sin embarazo,
yo orgulloso y ella loca,
los dos locos, ¿cómo no?
Ella con pendientes... ¡yo
con mi cigarro en la boca!

SOL. ¡Pobrecillo! ¿Quién hiciera
otro tanto? ¡Eso es querer!

RAMON. Pues desde hoy ha de tener
los pendientes que ella quiera.

PABLO. Y todo por tí, Ramón.
Nos sacas de la indigencia,
te debemos la existencia
y la honra y la salvación.
Llegaste muy oportuno;
ya estaba en el precipicio;
por tí no habrá sacrificio
que no hagamos.

AMPARO. ¡No, ninguno!

RAMON. Y como hermanos aquí
siempre juntos viviremos.

PABLO. Una familia seremos.

SOL. Sólo una familia, sí.

PABLO. Tengo un capricho.

RAMON. Habla claro

y dilo sin cortedad.
PABLO. ¡Abrazar á Soledad
y que abraces á mi Amparo!
RAMON. ¡Acepto de corazón!
PABLO. Pues yo la espero sin calma.
SOL. (Corriendo á él.)
¡Don Pablo, con toda el alma!
AMPARO. (Corriendo á él.)
¡Con la vida, don Ramón!

ESCENA XII.

DICHOS, ERNESTO por la derecha, segundo término.

ERN. Aquí me tienes, primita.
¡Amparo!
AMPARO. ¡Gracias á Dios!
PABLO. Son muy amigos los dos.
ERN. ¡Qué bonita!
SOL. (Sí es bonita.)
ERN. Vió usted á mi prima ya,
qué cara, qué aire, qué porte!
Es lo mejor de la córte.
Tiene chic.
PABLO. Si lo tendrá.

ESCENA XIII.

DICHOS, ENRIQUE por la derecha, segundo término.

ENR. Yo soy puntual á la cita.
RAMON. Poeta y puntualidad.
ENR. Que lo diga Soledad.
SOL. Ya lo creo.
ENR. (Reparando en Amparo.) ¡Ah! Señorita!
AMPARO. Caballero...
PABLO. Es hija mia,
mi Amparo, de la que hablamos.
ERN. La muchacha que encontramos
en aquella cacería.
RAMON. Es un pedazo de gloria.
ENR. Tan sólo una vez la ví,

pero la recuerdo.
AMPARO. ¿Sí?
Yo también.
SOL. (¡Buena memoria!)
ENR. Trás penosa cacería
nos sentimos fatigados,
y por el monte extraviados
su casa fué nuestra guía.
Un perro que estaba alerta
nos recibió alegre y franco
y sobre rústico banco
descansamos á la puerta.
La sed que nos abrasaba
apagó usted servicial
con agua de un manantial
que de una peña brotaba.
Cuatro lances referimos,
cuatro palabras cambiamos,
las manos nos estrechamos
y al anochecer partimos.
Saltamos dos riachuelos,
seguimos senda molesta,
y desde el pie de la cuesta
saludamos con pañuelos.
El sol triste se ocultaba
y usté en un alto se erguía.
Era un sol que se ponía
y otro que se levantaba!
RAMON. ¡Es poeta y soñador!
PABLO. ¡Siempre el poeta delira!
SOL. (¡La requiebra y no me mira!)
AMPARO. (¡Qué bien habla este señor!)

ESCENA XIV.

DICHOS, UN LACAYO.

ERN. Tío, ya las seis he oído.
RAMON. Hola, apetito tenemos?
Pues entonces comeremos.
LACAYO. (Entrando vestido con magnífica librea.)
El señor está servido.

PABLO. ¡Chico, qué librea!
RAMON. ¿Vés?
PABLO. ¡Pero si vale un tesoro
la librea!
RAMON. Si está el oro
en mi casa á puntapiés.
Puedes gastar sin empacho.
Á puntapiés, por talegas.
PABLO. Pero, hombre de Dios, le pegas
puntapiés á ese muchacho?
RAMON. No, Pablo, no se los doy,
metáfora quiso ser.
Así te deseo ver
de buen humor!
PABLO. Así soy.
RAMON. Vaya, qué hacemos aquí?
Enrique, usted el primero.
ENR. (Ofreciendo el brazo á Amparo.)
Señorita...
AMPARO. Caballero.
SOL. (¡La da el brazo!)
ERN. (Ofreciendo el brazo.) ¿Prima?
SOL. Si.
RAMON. Conque sentamos por base
(Cogiéndose de su brazo.)
y principio riguroso.
PABLO. ¡Que vive siempre dichoso
quien viaja en primera clase!
(Cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA.

SOLEDAD y AMPARO.

AMPARO. ¿Qué tienes, Soledad?
SOL. Nada.
AMPARO. ¡Qué rostro tan pensativo!
¿Estás enfadada?
SOL. No.
AMPARO. ¿Conmigo?
SOL. ¿Por qué contigo?
AMPARO. Eres otra.
SOL. Soy la misma.
AMPARO. No me tratas con cariño
como antes.
SOL. Pues como siempre.
AMPARO. Yo lo niego.
SOL. Y yo lo afirmo.
AMPARO. Me recibiste al llegar
con placer, con regocijo.
Desde los primeros días
el usted fué suprimido
y en un abrazo sincero
como hermanas nos unimos.

Pero hace ya tantos días
que tan distinta te miro.

SOL. No, Amparo, no te preocupes.
En el mundo en que vivimos
hay horas de alegre sol
y otras tristes. ¿Quién de hastío
no padece? ¿Quién está
en un éxtasis contínuo?

AMPARO. Pero aunque estás enfadada,
¿no es conmigo?

SOL. No es contigo.

AMPARO. ¿Eres la misma? ¡Mi hermana!

SOL. Sí, tu hermana.

AMPARO. Ahora respiro.

ESCENA II.

DICHAS, ENRIQUE.

ENR. Muy buenos días, ¡Amparo!

AMPARO. Enrique.

ENR. ¿Qué tal ha ido?
¿Y don Pablo?

AMPARO. En sus faenas,
no descansa.

ENR. Es un bendito.

AMPARO. Soledad.

ENR. ¡Ah! Soledad.

SOL. (Bien, ni siquiera me ha visto.)

AMPARO. Viene usted todos los días.

SOL. No es de ahora.

ENR. No, desde niño:
juntos nos hemos criado
y juntos hemos crecido.
Yo soy su hermano.

SOL. (¡Otro hermano!)

ENR. Y con el tiempo el cariño
ha aumentado, pero siempre
ha permanecido el mismo.
Como hermanos nos queremos.

SOL. (¡Nunca me ha dado ese título!)

ESCENA III.

DICHOS, D. PABLO.

PABLO. (Por la derecha primer término con un cuaderno en la mano.)
Diez, veinte, treinta, cincuenta,
de cincuenta llevo cinco,
cinco y dos siete y dos nueve...
nada, esto es un desatino.
¡Qué tenga un hombre palacios,
tierras, dehesas, cortijos,
montes, caballos, carruajes,
y toda clase de títulos
de Deudas, aquí y en todos
los países conocidos!
¡Es atroz!... Dos y dos cuatro.
¡Injusto!... Dos y tres cinco.
¡Criminal! Tres y tres, seis.
Se comprende el socialismo.
Seis y seis, catorce... ¡Adios!
Ya no sumo, ya divido.
ENR. ¿Qué hace usted, don Pablo?
PABLO. Nada.
Trabajar, este es mi oficio.
ENR. Si usted quiere que le ayude.
PABLO. Muchas gracias. No es preciso.
ENR. Si hago falta.
PABLO. (¡Qué simpático
y qué bueno es este chico!)

ESCENA IV.

DICHOS, D. RAMÓN, ERNESTO por la derecha, segundo término.

RAMON. Señores.
ERN. Muy buenas tardes.
SOL. Juntos el tío y el sobrino.
ENR. ¿Y de dónde?
RAMON. Del Senado,

de cumplir cual buen patricio.

SOL. ¿Y tú, Ernesto?

ERN. Del Congreso.

PABLO. ¿Del Congreso?

ERN. De lo mismo.

PABLO. ¿Pero es usted diputado?

ERN. Al cumplir los veinticinco.

PABLO. ¿Por dónde?

ERN. Por mi mamá.

PABLO. No conozco ese distrito.

ERN. Pues mi mamá se empeñó.
Como es prima del ministro,
y como tenemos tierras
y colonos y cortijos
en Córdoba, ya hace tiempo
me dijo un día: hijo mio,
tú no te ocupas en nada,
y te aburres de lo lindo.
¿Querrías ser diputado?
Es un cargo muy tranquilo.
Yo le contesté que sí.
Dicho y hecho: ella lo hizo;
y vine... no sé por donde
me siento... no sé en qué sitio,
hablan... no sé de qué asuntos,
y votan... no sé qué artículos.
Dicen que sirvo á mi patria,
pero aun no lo he conocido.

RAMON. ¡Qué cabeza tan ligera!

SOL. Nunca habla en serio mi primo.

ERN. Sólo cuando hablo de amor
á mi prima, que es mi ídolo.

ENR. (Á Amparo.)
Le gusta mucho burlarse,
pero en el fondo es buen chico.

AMPARO. Yo le aprecio, en esta casa
tan solo he encontrado amigos,
simpatías, afecciones.
Tengo á todos tal cariño.

ENR. ¿Á todos, Amparo?

AMPARO. Á todos.

SOL. (¡Y sigue el coloquioíntimo!)

RAMON. ¿Pero, qué haces Pablo?
PABLO. Cuentas,
y me he metido en un lío
espantoso.
RAMON. Pero Pablo.
PABLO. Me marean los guarismos.
ERN. Si yo lo dige.
PABLO. Esta casa
no es casa, es un laberinto.
¡Qué dineral!
AMPARO. ¡Pobre padre!
PABLO. Hasta mil cuento seguido,
cuando son cientos de miles
ya me turbo, ya vacilo,
pero en llegando al millón,
Ramón, soy hombre perdido.
Y mira tú que fenómeno
tan raro que no me explico.
No me impresiona mirar
los billetes, y tranquilo
los voy contando, los doblo
y allá en la caja los tiro.
El oro nuevo, apilado,
ya me turba con su brillo.
Pero lo que me trastorna,
lo que yo nunca resisto
son las talegas. Mil duros
apretados y metidos
en un saco bien atado
y muy tieso y muy macizo,
me causan terror, asombro,
sudores y escalofríos;
y cuando son quince ó veinte
y cuando en fila los miro,
al contemplarlos sentados
tan redondos y rollizos,
me parece ver un coro
de canónigos ú obispos,
y me inclino y los saludo
como si viera al cabildo!
RAMON. ¡Pobre Pablo!
ENR. ¡Tiene gracia!

AMPARO. ¡Es tan bueno!
SOL. ¡Tan sencillo!
RAMON. Conque estás tan mareado
que es para tí un logogrifo
lo que se gasta en mi casa!
PABLO. Con todo: una cosa he visto.
SOL. ¿Cuál es?
PABLO. Que se gasta mucho,
y ya desde hoy no transijo,
y les voy á atar muy corto
porque para eso administro:
un carruaje para tí,
otro para ese palmito,
y otro más para nosotros
son muchos coches, amigo.
ERN. Propongo una economía.
RAMON. ¿Tú, Ernesto?
ENR. Algún desatino.
ERN. Se suprimen desde hoy
los tres coches.
PABLO. Suprimidos.
ERN. Se venden los seis caballos.
RAMON. ¿Vamos á hacer ejercicio
andando á pié?
ERN. No, señor.
Se compra de desperdicio
un ómnibus con dos mulas
y vamos todos reunidos.
SOL. ¡Qué atrocidad!
ENR. ¡Ir en ómnibus
al teatro Real!
AMPARO. ¡Pobrecillo!
Siempre burlándose de él.
RAMON. Poco á poco; no permito
que á mí Pablo...
RABLO. Déjalos.
No me hieren: no me pico.
Broma amistosa que es prueba
de confianza y de cariño.
Tienen razón en el fondo.
No me doy por ofendido.
Te dige que no servía

y ya vés cómo no sirvo.
Y por eso... si fué cierto
que eres un amigo mío,
vuélveme la libertad,
quítame pronto estos grillos,
rompe esta jaula dorada,
deja que vuelva á mi nido!

RAMON. ¡Hombre, por Dios, estás loco!

SOL. Se ha ofendido sin motivo.

ERN. Don Pablo, yo siento mucho,
que unas palabras que he dicho
sin intención.

PABLO. Si no es eso.
Si yo no estoy resentido,
si es que tengo la nostálgia
del campo.

ERN. ¡Qué desvarío!

PABLO. Cada uno tiene sus gustos
y de ellos nada hay escrito:
usted su café, sus toros,
su teatro y su casino;
yo mi campo, mis abejas,
mis vides y mis olivos.
Mis bancales son mi reino,
mis árboles son mis hijos,
la hermosa naturaleza
el altar donde me humillo.
No descanso en todo el día,
paso trabajos prolijos,
si la sequía me asusta
me causa horror el granizo;
pero trás el rudo invierno
asoma Mayo florido,
y alcanzo en frutas y flores
un premio á mis sacrificios.
Cada gota de sudor
me da mil granos de trigo;
en el arbol que podé
cuelgan dorados racimos,
y por la abierta ventana
se meten rosas y lirios.
Por todos partes favores,

recompensas, beneficios
con exceso, porque Dios
es generoso y benigno,
y sólo cuadra á los hombres
el ser desagradecidos.

RAMON. Y el más ingrato eres tú.

PABLO. ¡Ingrato yo! Nada he dicho.
Fué una locura. Aquí estoy.
Me tienes á tu servicio
para siempre, y se acabó.

RAMON. Eso quiero.

ERN. Y yo retiro
la proposición del ómnibus.

PABLO. Y yo me vuelvo á mis libros
y á mis cuentas: hasta luego.
¡Cuánto número, Dios mio!
Lo que es ahora salen bien
dos por ocho veinticinco.
(Vase por la derecha primer término.)

RAMON. (Como no le ayude yo
no va á concluir en un siglo.)

ESCENA V.

SOLEDAD, AMPARO, ENRIQUE, ERNESTO.

ERN. Poeta del alma mía,
¿á cómo estamos de versos?

SOL. Se han publicado dos tomos.

ENR. Hoy ha salido el tercero.

AMPARO. Á mí los versos me encantan.

SOL. ¿Le has traido?

ENR. Aquí le tengo.

AMPARO. ¡Qué alegría! ¡Venga, venga!

ENR. Tome usted.

SOL. Vamos á leerlos.

ERN. ¡Bravo! Que los lea Enrique.
¡Qué gran rato pasaremos!
Que lea algo pastoril,
aromático y poético.
Unas rojas amapolas,
unos azulados cielos,

y sobre unos verdes campos,
unos nevados borregos,
y un pastor con manos negras
tocando á la sombra un cuerno.

ENR. No, tú no oyes la lectura.
ERN. ¡Pero hombre!
ENR. Nos pasearemos
en el jardín.
ERN. ¡Pero Enrique!
ENR. Que lean solas.
ERN. Yo prometo
no burlarme.
ENR. No es posible.
ERN. Con solemne juramento.
Prima, intercede por mí.
SOL. ¡Vete, vete, no seas terco!
ERN. ¡Amor mío, ingrata, hermosa!
SOL. ¡Ay, te odio!
ERN. ¡Cómo progreso!
(Salen al jardín.)

ESCENA VI.

SOLEDAD, AMPARO.

AMPARO. Pues solas nos han dejado,
hay que aprovechar el tiempo.
SOL. Hace unos versos preciosos
Enrique.
AMPARO. Pues ya lo creo.
Tiene mucha fantasía
y muchísimo talento,
una gracia encantadora
y un privilegiado ingenio.
Y además tan cariñoso,
tan sencillo, tan modesto.
SOL. (¡Cuánto elogio!)
AMPARO. ¿No es verdad
que él es digno del aprecio,
del entusiasmo de todos,
del cariño?...
SOL. Por supuesto.

(Y sobre todo del mío,
que ha sido siempre el primero,
porque del tuyo, si él quiere,
sin ese... nos pasaremos.)
¿Pero no quieres leer?

AMPARO. Con tu permiso.

SOL. Empecemos.
La primer hoja... cualquiera,
todas han de tener mérito.

AMPARO. ¡Ay! «Á una rubia.»

SOL. ¿Á una rubia?

AMPARO. ¿No te gusta?

SOL. Poco: encuentro
el asunto algo vulgar.
De las rubias ya sabemos
lo que dicen los poetas
sobre poco más ó menos.
Son ángeles, serafines,
tienen ojos como cielos
y vuelan. Sigue adelante.

AMPARO. Prosigo, si es tu deseo.
«Á ella.»

SOL. Bien. Vamos á ver.

AMPARO. Esto ya promete. Empiezo.
«Tienes los ojos azules
y tienes rubio el cabello.»

SOL. ¡Otra rubia! No la leas.
Al fin el mismo argumento.
Pasa veinte hojas á ver
si otros asuntos más nuevos
le inspiran (y sobre todo
si cambia el color del pelo.)

AMPARO. Pues de un salto á la mitad.
«Al sol.» Romance.

SOL. Me alegro.
Eso es cosa diferente;
es el asunto más bello.

AMPARO. Le dirá cosas sublimes,
preciosas.

SOL. Vamos á verlo.

AMPARO. «Sol, eterno peregrino,
que cruzas el firmamento,

hijo-hermoso de la noche
y padre del Universo.»

SOL. Empieza muy bien.

AMPARO. Muy bien.
«Yo te adoro, te venero,
dorado sol, rubio sol.»

SOL. (¡También rubio, Dios eterno!)

AMPARO. ¿Ya no te gusta?

SOL. Vulgar.
De los soles ya sabemos
lo que dicen los poetas.
Desde el inmortal Homero
hasta el insigne Zorrilla,
todos han subido al cielo
á ver al sol y á la luna,
y bajar y decir luego
que la luna es triste y pálida
y el sol de color de fuego.

AMPARO. Sigamos. «Á una moneda
de cinco duros.» ¿Qué es esto?

SOL. Toma, género festivo,
algún romance ligero

AMPARO. «¡Oh, moneda! no te adoro
por tu sonido halagüeño,
ni porque vales cien reales,
ni porque debo al casero;
te adoro, porque recuerdas
con tu color el cabello
dorado del ángel mío.»

SOL. ¡Basta, basta! ¡Qué tormento!

AMPARO. Descontentadiza estás

SOL. Contiene preciosos versos
el primer tomo, el segundo,
pero lo que es el tercero...

AMPARO. Como le ha escrito deprisa,
quizás la falta de tiempo,
Le ha escrito desde que vine.

SOL. Sí; ya lo sé: ya lo veo.

AMPARO. Pues estos á mí me agradan
aunque tú pongas mal gesto.

SOL. Diferencias de colores,
digo, de gustos es eso.

AMPARO. (Corre á la ventana.)
Mírale, está en el jardin.
SOL. ¿Solo?
AMPARO. Solo. Se fué Ernesto
sin duda.
SOL. ¿Sí?
AMPARO. Ya me ha visto.
¿Me pregunta por sus versos
el pobre? ¡Son muy bonitos!
(Levantando la voz.)
Á mí me gustan al ménos.
¡El del sol!... ¿Qué soy yo el sol?
¿Que baje? Voy. Hasta luego.

ESCENA VII.

SOLEDAD.

—La escalinata de mármol
baja de un salto, corriendo
le alcanza, ¡ya está con él!
La dá el brazo... ¡Qué paseo
tan delicioso! ¡Qué caras,
qué semblantes tan risueños!
Quiere una flor... ¡Ya la corta,
se la coloca en el pecho,
y otra vez á sonreir
y más juntos!... ¡Ay, que siento
en el alma! Una tristeza,
una angustia, un desaliento,
un dolor.. Envidia, rabia,
y amargura y odio... ¡Celos!
Desde que esa niña infausta
penetró en mi casa, huyeron
de mis labios la alegría
y de mis ojos el sueño.
Enrique ya no es Enrique,
está cada vez más léjos,
está cada vez más frio...
¡Es ella, es ella! ¡Le pierdo!
¡Ahora están leyendo el libro!
¡Ahora sentados los veo!

Él con su frente acaricia
de ella el dorado cabello!
¡Es esa la eterna rubia
del libro de sus ensueños!
¡Oh, señor, si en un color,
si en ser blanco, si en ser negro,
ó si en ser rubio, se funda
el amor, si un fundamento
tiene tan pobre, tan frágil,
tan fugáz y tan pequeño,
¿cómo es que resiste tanto?
¿cómo es que llega tan dentro?

ESCENA VIII.

SOLEDAD, JACINTA por la izquierda, primer término.

JACINTA. Señorita, venga usted.
¡Vaya un traje! ¡Qué portento!
SOL. ¿El traje de quién?
JACINTA. El suyo.
Es más que lujoso, expléndido,
el que ha de llevar al baile.
SOL. ¿Precioso?
JACINTA. No tiene precio.
¡Y puesto en usted, Dios mio!
Pues si tiene usted un cuerpo
más gracioso, más lucido.
Qué, ni el cuerpo de ingenieros
en donde yo tengo el mio,
mi ingeniero, no mi cuerpo.
¡Y esa cara!
SOL. ¡Aduladora!
JACINTA. ¡Yo adular! En eso pienso.
Mire usted, cualquier muchacha
parece bien si está léjos
de usted, y se dice: es guapa,
los ojos... el talle... el pelo...
Pero en viéndola á su lado,
ya parece un esperpento.
SOL. ¡Jesús!
JACINTA. Entre la más bella,

y usted, no duda ni un ciego.
La prefiere á usted.

SOL. ¿Á mí?
Tú crees...

JACINTA. Vaya si creo.

ESCENA IX.

DICHAS, D. RAMÓN por la derecha, primer término.

RAMON. ¿No vas á ver tu vestido?
¡Cuántos encajes le ha puesto!
Irás divina con él.

JACINTA. Ya vé usted como no miento.

RAMON. Para completarle falta
solamente un aderezo.

SOL. Es verdad.

RAMON. ¡Voy á traerte
el más rico, uno soberbio,
magnífico! ¿Para quién
tiene tu padre el dinero?
Las vas á humillar á todas,
será tu triunfo completo.

JACINTA. (¡Cómo la quiere el señor,
la adora!)

RAMON. Tu caballero
será Enrique.

SOL. ¿Va á ir Enrique?

RAMON. Me lo ha prometido. Iremos
juntos, y tu de su brazo.
Ya verás qué satisfecho
y orgulloso te pasea
por los régios aposentos.
Ante tu simpar belleza,
ante el resplandor de fuego
de tu diadema de piedras,
nos verás locos y ciegos:
á Enrique de amor, á mí
de placer, á ellas de celos!

SOL. (¡Enrique de amor!) Sí, padre.
Anda pronto, te lo ruego.
¡Las joyas que valgan más,

las más ricas!

RAMON. Pronto vuelvo.

(Sale por la derecha, segundo término.)

JACINTA. La modista está en su cuarto.
Quiere probarle.

SOL. Al momento.
Que espere un instante... voy...
¿El traje es bello?

JACINTA. ¡Muy bello!
Y puesto en usted.

SOL. ¡Por Dios!
¡Calla, que ya me avergüenzo!

(Sale Jacinta por la izquierda.)

ESCENA X.

SOLEDAD.

—Todavía están allí.
¡Ya no me importa, Dios mio!
¡Va á ir conmigo! ¡Desvarío
sin duda! ¡Me quiere á mí!
Deslumbrarle allí no espero,
ni lo pretendo siquiera.
Lo que anhelo es que me quiera
lo mismo que yo le quiero.
Pues á vencer su desvío.
¿Desvío? ¡Pura ilusión!
¡Alégrate, corazón!
Antes lloraba, ahora río.
Cuando el alma en la porfía
de celos y amor se abrasa,
¡qué fácilmente se pasa
del dolor á la alegría!
Ella es hermosa mujer,
más dicen que yo lo soy.
No lo he creido hasta hoy,
pero hoy lo quiero creer.
De rosa puedo ir hermosa,
dos rosas llevar deseo
en la cara... ahora lo veo
todo de color de rosa.

Aquella nube que avanza
también es rosa... ¡Ay! señor,
también adoro un color,
el color de la esperanza! (Por la izquierda.)

ESCENA XI.

AMPARO, ENRIQUE; vienen del brazo, del jardin.

ENR. ¿De veras la gusta tanto
mi libro? Son mis poesías
tan incoloras, tan frías.
AMPARO. Tienen verdadero encanto.
ENR. Por bondad me lo asegura
nada más.
AMPARO. Nunca he mentido.
ENR. Otros habrá usted leido.
AMPARO. Es mi afición la lectura:
fué mi compañero eterno
el libro, el consuelo mío,
él me salvó del hastío
de los días del invierno.
El viento frío silbaba,
la nieve espesa caía,
mi padre á casa volvía,
la ancha puerta se cerraba;
ardía la chimenea,
nos sentábamos los dos,
me daba un libro ¡y adios,
larga noche de la aldea!
Yo leyendo con pasión,
él oyendo con placer;
pero en fuerza de leer
él perdía la atención.
La una daba y no la oía,
mi lectura continuaba,
la lumbre se me apagaba
y mi padre se dormía.
ENR. Y de tantos que leyó
el mío...
AMPARO. El mejor le hallé.
ENR. Vale el aplauso de usté

el de todos.
AMPARO. Eso no,
eso no, Enrique.
ENR. Eso sí,
porque es un libro inspirado
por usted, y consagrado
á usted sólo.
AMPARO. ¡Sólo á mí!
ENR. Porque ese libro que hastío
le debe dar al lector,
habla nada más de amor,
de un amor grande, del mío!
Porque esa mujer que vé
en sus páginas pintada,
esa mujer retratada
treinta veces, es usté!
AMPARO. ¿Eso es verdad?
ENR. Nunca miento.
AMPARO. Jamás hubiera creido...
ENR. Créalo usted.
AMPARO. ¿Cómo he podido
inspirar tal sentimiento?
ENR. Su belleza angelical.
AMPARO. Tan vulgar me hizo el señor.
¿Yo belleza?
ENR. La mejor,
la belleza natural,
la que las almas conquista,
la que brilla en cualquier parte
sin el auxilio del arte,
sin tocador ni modista.
De la luz artificial
requiere el pobre mechero
el brillante reverbero
ó la bomba de cristal;
pero el sol luz á raudales
nos manda, de Dios es obra,
y él se basta y él se sobra
sin espejos ni cristales.
AMPARO. Mi educación.
ENR. Se la dió
don Pablo bien esmerada.

AMPARO. Mi palabra...
ENR. Delicada.
AMPARO. Soy pobre.
ENR. No más que yo.
AMPARO. Y humilde.
ENR. La quiero así.
AMPARO. Olvídeme.
ENR. No podré.
AMPARO. Su porvenir.
ENR. Es usté.
AMPARO. Le va usté á perder por mí.
ENR. No, Amparo, nada hay que tuerza
mi voluntad. La he de amar.
Con usted sabré luchar,
sin usted no tendré fuerza,
sin usted no quiero nada.
Mucho antes de su venida
era para mí la vida
una carga muy pesada.
El mundo triste crucé
con la amargura en la frente,
y me agitaba impaciente
esperando no sé qué.
Hay días de resplandores
y otros de melancolías.
Presentimos alegrías
y adivinamos dolores,
y el alma que está más ciega,
y el corazón más dormido
de lejos escucha el ruido
del amor que hacia uno llega.
Y yo á usted la presentía,
hace tiempo la esperaba,
á veces me impacientaba,
otras confianza tenía.
Y cuando al fin llegó usté
hermosa, pura y modesta,
el alma me gritó: ¡es esta!
y yo dije: ¡ya lo sé!
¡Sí, Amparo, ilusión querida
la más bella, la mejor,
no dudes: tú eres mi amor

y mi esperanza y mi vida!
Oye mi amoroso afán,
no sean mis ruegos vanos.
(Apoderándose de sus manos.)
¡Díme que nunca estas manos,
nunca se separarán!

AMPARO. ¡Basta!
ENR. ¿Quieres que llorando
y á tus piés te lo suplique?
AMPARO. ¡Enrique, por Dios!
PABLO. ¡Enrique!
AMPARO. ¡Mi padre!
PABLO. ¡Qué estoy mirando!

ESCENA XII.

DICHOS, D. PABLO por la derecha, primer término.

PABLO. No pensaba... no creía
en usted... sinceramente.
Es una niña inocente,
don Enrique, la hija mía.
No nació en clase elevada,
nada tiene que la sobre;
mas por humilde y por pobre
ha de ser más respetada.
Si acaso piensa en impías
seducciones ó en afrentas,
usted ha echado sus cuentas
mucho peor que yo las mías.
ENR. Usted me conoce mal
y juzga severamente
acción que, si no inocente,
no es tampoco criminal.
No hable usted en mi desdoro,
de villano no me tilde.
Por modesta, por humilde
y por buena yo la adoro.
Aunque la ví tan hermosa
seducirla no he querido,
y de rodillas le pido
que me la dé por esposa.

PABLO. ¡Usted, don Enrique!
ENR. Yo.
Mi alma á todas la prefiere,
á todas, y si ella quiere...
PABLO. ¿Pero ella no ha dicho?...
ENR. No.
El pobre corazón mío
entre mil dudas batalla.
Baja los ojos y calla.
¿Será pudor ó desvío?
Pregúntela usted por mí.
De usted mi ventura espero.
PABLO. Habla: ¿le quieres? (Bajo.)
AMPARO. Le quiero.
PABLO. Á mí me ha dicho que sí.
ENR. ¡Qué dicha! Escucharlo ansío
de su boca encantadora.
AMPARO. Sí, Enrique.
ENR. Nos falta
su consentimiento.
PABLO. ¿El mío?
Yo le doy. Por Belcebú,
que el caso no es problemático.
De esta casa el más simpático
me ha sido usted... digo, tú.
El de mejor corazón,
el que siempre me ha escuchado,
el que nunca se ha burlado.
¡Ya conocí tu afición,
y el cielo será testigo
de que al verte y al mirarla,
ya soñaba con casarla
con usted, digo. . contigo!
Conque así, venid á mí
para que abrace á los dos,
y bendigamos á Dios
que nos ha reunido aquí.
ENR. ¡Con todo mi corazón!
AMPARO. ¡Qué alegría!
PABLO. Esto es gozar.
ENR. Ahora les voy á explicar
mis proyectos.

PABLO. ¿Cuáles són?
ENR. En dos palabras explico
mis planes. Tengo seguros
sobre unos veinte mil duros
en títulos.
PABLO. ¡Chico, chico!
Es un capital completo.
Entre los ricos descuellas.
Veinte talegas de aquellas
que me dan tanto respeto.
ENR. Vendo el papel.
PABLO. Convenido.
ENR. Nos vamos al pueblo.
PABLO. ¿Sí?
ENR. Y yo le compro á usté allí
las fincas que usté ha perdido.
PABLO. ¡Qué! ¡Mi huerta! ¡El emparrado
y la casita del cerro!
ENR. Y en tan hermoso destierro
viviremos!
PABLO. ¡Qué has hablado!
¡Qué has dicho! Las tierras mías!
AMPARO. Le vá á matar el placer.
PABLO. ¡Qué dicha! ¡Podré volver
á mis santas alegrías!
Á mirarme en los cristales
del manantial, á granel
coger el trigo, y la miel
apurar de mis panales,
y andar luciendo mi porte
soberbio como el que más
con mis palomas detrás,
el rey yo, y ellas la corte!
¿Pero renuncias así
á tu porvenir?
ENR. ¿Qué hacer?
Allí puedo componer
versos lo mismo que aquí.
En recuerdo de este día
yo quisiera regalarte
algún objeto, comprarte
cualquier cosa.

PABLO. Á la hija mía
nunca se la antoja nada.
ENR. Dime, ¿qué deseas?
AMPARO. Yo.
ENR. La ofrezco á mi esposa.
PABLO. No,
si es la insistencia excusada.
AMPARO. Pues hoy engañado estás.
ENR. ¿Ve usted?
AMPARO. No soy caprichosa,
pero...
PABLO. Bien. Será una cosa
de dos pesetas lo más.
ENR. ¡Don Pablo!
PABLO. Tiene una pasta.
ENR. ¡De dos pesetas!
PABLO. Que sí.]
Porque ésta las gasta así,
quiero decir, no las gasta.
ENR. Dime en suma lo que es.
AMPARO. ¿Lo digo?
PABLO. Ya lo sospecho.
AMPARO. Quiero una cruz para el pecho.
ENR. ¿De qué?
AMPARO. De azabache.
PABLO. ¿Vés?
ENR. Una guardo muy querida.
¿La quieres? ¡Tuya será!
Era de mi madre.
AMPARO. Irá
conmigo toda la vida.
PABLO. (Vamos, estoy más contento;
es un muchacho excelente.)
ENR. Corriendo voy, vivo enfrente,
vengo dentro de un momento.
Ese rostro soberano
para mí: yo le gané.
Ahora, delante de usté,
me deja besar su mano.
PABLO. Algo atrevidillo estás.
Lo concedo: uno por tí.
ENR. (Besando.)

¡Gracias! ¿Y otro?

PABLO. Otro por mí.

ENR. (Besando.)
Y otro por...

PABLO. ¡Por nadie más!

AMPARO. (¡Ya puedo en público amarle!)

ENR. (¡Soy feliz: ella me quiere!) (Sale.)

AMPARO. Me permites que le espere
en el jardin.

PABLO. Ve á esperarle. (Sale.)

ESCENA XIII.

PABLO.

Se cumplieron mis deseos.
El cielo los ha escuchado.
¡Qué gusto! Hemos acabado
de cuentas y de marcos.
Recobré mi libertad,
que es el mejor de los dones.
¡Vamos, si el tener millones
es una fatalidad!
¡Á mi casa! Loco estoy.
Esta idea me enamora.
Pero ¿quién le dice ahora
á Ramón que yo me voy?
Me insulta, me mortifica
y me llama ingrato amigo.
Lo que es á él no se lo digo;
pero aquí viene la chica.

ESCENA XIV.

PABLO, SOLEDAD por la izquierda, primer término.

SOL. ¡Estoy contenta! ¡Bendita
modista! ¡Qué habilidad!
¡Esta vez, sin vanidad,
voy á parecer bonita,
es que me sienta muy bien!!

PABLO. Está usted de buen humor.

SOL. ¿De bueu humor? Sí, señor.
Muy alegre.
PABLO. Yo también.
SOL. Yo por un traje divino.
PABLO. Yo por otro sans façón.
SOL. Yo por uno de salón.
PABLO. Yo por uno de camino.
SOL. ¡Cómo! ¿De camino?
PABLO. Si.
SOL. ¿Pero es que se vá á marchar
sin querernos escuchar?
¿Por qué dejarnos así?
¡Oh! no lo hubiera creido.
Despues de lo que ha pasado,
que mi padre ha suplicado.
y que usted ha prometido
guardarnos rencor!
PABLO. No tal,
¿usted en serio lo toma?
SOL. ¡Ah! vamos.
PABLO. Si fué una broma,
usted ha entendido mal.
SOL. Mi papá se mortifica.
Es necesario estar loco.
PABLO. (¡Caracoles! Pues tampoco
se lo digo yo á la chica.)
SOL. ¿Se ha arrepentido usted ya?
Con franqueza: hable usted claro.
PABLO. Si yo... no... (Ya vuelve Amparo.)
Amparo se lo dirá.
(Por la derecha, primer término.)

ESCENA XV.

SOLEDAD, AMPARO con la cruz sobre el pecho.

SOL. Se turba... decir evita...
¿Qué es lo que ocultan de mí?
AMPARO. ¡Qué dicha! ¡Ya estoy aquí!
¡Con mi cruz! ¡Qué rebonita!
SOL. Pero Amparo ¿qué te pasa?

AMPARO. Me pasa que alegre estoy.
SOL. La bendición de Dios hoy
ha caido en esta casa.
Á nadie triste se vé.
AMPARO. Y mi padre ¿dónde está?
SOL. Está dentro.
AMPARO. Voy allá
para enseñarle esto.
SOL. ¿El qué?
AMPARO. Nada, esta cruz.
SOL. No es de oro.
AMPARO. De azabache.
SOL. Bonitilla,
muy sencilla.
AMPARO. Muy sencilla,
para mí vale un tesoro.
Es desde hoy lo más querido
para mí, lo más sagrado,
por darla quien me la ha dado
y por ser de quien ha sido.
SOL. No entiendo.
AMPARO. Acércate, ven.
Á tí no te he de ocultar...
Pues... me la acaba de dar
mi futuro esposo.
SOL. ¿Quién?
¿Tu futuro esposo?
AMPARO. Si.
SOL. Ya, del pueblo, algún pariente.
AMPARO. Nada de eso, de repente
lo hemos decidido aquí.
Yo le amaba cariñosa,
pero vivía callando;
más él á mis piés llorando
me ha pedido por esposa.
¿Aun no aciertas?
SOL. Acertar
no puedo.
AMPARO. No cabe error.
El que más vale, el mejor.
Ya no tienes que pensar,
Enrique!

SOL. ¿Qué dices?

AMPARO. Si.
¿Te sorprendes? Cómo no.
No me le merezco yo;
pero él lo ha querido así.
Es recuerdo de su madre
y siempre la llevaré.
¡Soy feliz! ¡La besaré
veinte veces! Padre! Padre!
(Sale corriendo por la derecha.)

SOL. ¡Enrique! ¡No puede ser!
¡Ha mentido! ¡No lo creo!
¡Enrique dice! ¡No veo,
no me puedo sostener!

ESCENA XVI.

SOLEDAD, RAMÓN por la derecha, segundo término, con dos ó tres estuches.

RAMON. Aquí me tienes. Espero
que contenta quedarás.
Te traigo tres nada más,
lo mejor. Fuí al joyero,
la tienda le revolví,
cien joyas examiné,
los tres estuches tomé
y á mi berlina volví.
En mí la mirada fija
hasta la puerta salió
y al despedirse exclamó:
¡Feliz padre y feliz hija!
Conque ven, te enseñaré...
¡Mira este collar de perlas!
¿Qué tal? Maravilla verlas.
¿No te gustan?

SOL. ¡Déjame!
(Dominando su emoción.)

RAMON. Bueno, mira el medallón.
¡Qué trabajo! ¡Qué limpieza!
¡Qué esmeraldas! ¡Qué riqueza!
¡Son hermosas!

SOL. ¡No lo son!
(Conteniendo el llanto.)
RAMON. ¿Tampoco? vencerte espero.
¿Y estos pendientes? ¿Qué tal?
Estos valen un caudal.
¿Te los pongo?
SOL. ¡No los quiero!
(Ocultando la cara.)
RAMON. Tuve mala mano. Espera.
Aun pienso acertar. Nosotros
los hombres .. Corro por otros.
Te traigo la tienda entera.
Mas ¿qué tienes, hija mía?
¿Por qué me ocultas la cara?
(Soledad rompe á llorar.)
¿Tú lloras? Cosa más rara.
¿Por esto?... ¡Qué niñería!
Que no marchite el dolor
ese rostro angelical,
ven, si yo he elegido mal
tú los eliges mejor.
Para tu cuello ó tu frente
lo nuevo, lo más extraño:
ópalos de gran tamaño,
turquesas de azul de oriente,
de gruesas perlas un río,
los brillantes de más luz!
¿qué quieres?
SOL. ¡Quiero una cruz
de azabache, padre mío!
RAMON. ¿Nada más? Pues voy ligero
y vuelvo. Cese tu afán.
SOL. No, padre, no te la dan.
No se compra con dinero.
Por la que suspiro loca
se da con el corazón,
se la besa con pasión
y en el pecho se coloca.
No vale nada, no es bella,
mas siempre en el pecho anida,
se lleva toda la vida,
se va al sepulcro con ella!

RAMON. Ese semblante... ese acento...
esa vaguedad de ideas...
¿Qué tienes ó qué deseas?
Responde, que me impaciento.
Calma tu pecho recobre.
Cuanto quieras traerte espero.
Todo lo puede el dinero.
¡Soy muy rico!

SOL. ¡Eres muy pobre!

RAMON. Mi orgullo en no serlo fundo.
Ninguno más rico es.
¿Qué quieres ver á tus piés?
Todo se compra en el mundo.
Que tu pecho no taladre
el dolor. Llorando así!
¿Qué quieres que compre, dí?

SOL. ¡Cómprame la dicha, padre!

RAMON. ¡La dicha!

SOL. No es delirar,
aunque es mi dolor profundo.
¡Somos pobres! En el mundo
todo se puede comprar;
pero no lo que yo anhelo,
la dicha, que no se vende.
¡Cuando ella quiere, desciende
de su patria, que es el cielo!
(Cae el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA.

D. RAMÓN, JACINTA.

RAMON. ¿Donde está la señorita?
JACINTA. Pasó en su cuarto la tarde
sin querer salir de allí
ni querer hablar con nadie.
RAMON. Dígale usted que se vista,
que esta noche va de baile
conmigo. Dí mi palabra
y ya no puedo excusarme.
Quiero ir pronto, que no me haga
esperar.
JACINTA. No será fácil
convencerla.
RAMON. Vaya usted
y dígala de mi parte
que por la primera vez
lo mando.
JACINTA. Voy al instante.
RAMON. ¿Está don Pablo?
JACINTA. Sí está.
En su despacho, incansable,

escribiendo, entre papeles
y libros, dale que dale.

RAMON. Dígale usted que le espero
porque necesito hablarle.

JACINTA. ¿Nada más?

RAMON. Nada más.

JACINTA. Voy.
(Hoy corren muy malos aires.)
(Sale por la izquierda, primer término.)

ESCENA II.

D. RAMÓN.

¡Pobre hija mía! ¡Sus sueños,
sus esperanzas amantes,
la única fe de su vida.
Su ilusión más pura y grande,
todo se ha venido al suelo
como castillo de naipes!
Ese hombre ingrato, ese Enrique,
á quien quise cual un padre,
á quien anhelaba dar
dichas, honores, caudales,
olvida amor y cariño,
y años que han pasado en balde
y prefiere lo primero
que se encuentra por la calle.
Y esos dos á quien saqué
de la miseria infamante,
y como propia familia
hasta mi casa los traje.
¿Cómo me han pagado? Hiriéndome
por detrás como cobardes
y llenando de amargura
el corazón de mi ángel,
y su boca de suspiros,
y mi frente de pesares.
Hipócritas me han callado
sus maquiavélicos planes,
¡oh! no será, yo lo fío,
vencerlos es cosa fácil,

verla llorar, imposible.
Por borrar de su semblante
una lágrima, daría
la última gota de sangre.
No habrá medio á que no acuda
ni recurso que me baste.
Seré impío, cruel. Ni hombre,
ni amigo. ¡Seré sólo padre!
De pronto el mal ha venido.
Pues el remedio al instante.
No espero una hora, un minuto.
Á las ocho y media sale
un tren; pues en él se irán.
Yo les haré el equipaje
al simpático señor
y á la niña interesante;
y allá á la aldea, á vivir
en paz, á tomar buen aire.
Viene Enrique, y no los halla.
Le digo que no se alarme,
que vuelven. Cuatro mentiras,
las primeras que me agraden.
Tiene su dinero en casa:
con cuatro excusas vulgares
no se lo doy... Le entretengo
fácilmente. Hago que pasen
días, semanas y meses.
La ausencia va prolongándose,
y da su fruto. El olvido
nunca quiere llegar tarde.
El capricho se le pasa,
la costumbre de mirarse
en mi casa le encadena
otra vez, y ¡adios, afanes,
otra vez los tres felices,
juntos y solos como antes!
¡Á luchar! Ya viene Pablo.
¡Oh, corazón, no desmayes!
Dos amigos enemigos!
¿Por qué ha venido á matarme?

ESCENA III.

D. RAMÓN, PABLO por la derecha, primer término.

PABLO. ¿Me llamabas?
RAMON. Te llamaba.
PABLO. Algún asunto...
RAMON. Importante.
PABLO. ¡Tienes mala cara!
RAMON. Sí.
PABLO. ¿Es algo desagrable?
¿Una desgracia? ¿Qué ocurre?
Nadie puede interesarme
como tú. ¿Qué te sucede,
mi buen Ramón?
RAMON. No te alarmes.
(Si empieza de esta manera
será imposible que yo hable.)
No se trata de mí, Pablo.
Se trata de tí, ¡qué diantre!
la verdad. Tú bien conoces
mi franqueza y mi carácter
PABLO. ¿Se trata de mí?
RAMON. De tí.
Vengo hace tiempo observándote
y disgustado te veo.
No tienes fuerzas bastantes
para el cargo que te he dado.
Te abruma, ¿por qué engañarte?
no sirves, tienes razón.
Me he convencido, aunque tarde.
Por tu libertad suspiras,
los verdes montes te atraen,
pues abierta está la jaula,
eres libre como el aire.
PABLO. ¿Soy libre?
RAMON. Puedes volar.
PABLO. ¡Qué! Tú mismo anticipándote
á mis deseos.
RAMON. Yo mismo.
PABLO. ¡Ay! ¡Ramón! ¡Dios te lo pague!

y yo que no me atrevía...
Si ya está hecho el equipaje,
lo tengo todo dispuesto.
¡Qué dicha! Escucha mis planes.

RAMON. Antes escucha los míos.
Á las ocho y media sale
un tren y en el os marchais
los dos.

PABLO. ¡Los dos!

RAMON. ¡Al instante!

PABLO. Tan pronto.

RAMON. Sí, ya lo he dicho.
Quiero que no te retrases.

PABLO. ¡Á las ocho!

RAMON. Corre prisa.

PABLO. ¿Qué es esto, di?

RAMON. Anticiparme
á tus deseos Tú mismo
lo decías poco hace.

PABLO. Esto no es dejarme ir,
Ramón.

RAMON. ¡Pablo!

PABLO. ¡Esto es echarme!
Esto es poner á un criado
en la mitad de la calle.
Y echado yo no me voy
sin saber la razón antes,
porque aunque poco merezco,
no merezco tal ultraje!

RAMON. Ultraje, no.

PABLO. Aunque no sirvo,
no cometí disparates.
Todos mermaron tu hacienda
y vivieron engañándote,
y yo tu renta aumenté
en muchos miles de reales.
Quien saca con la cabeza
las cuentas tan bien las hace
que si gran cabeza tiene
se queda con una parte,
pero yo que entiendo poco
de cifras y cantidades,

con el corazón las hice
y no he podido robarte,
que éste sabe de cariño
lo que de cuentas no sabe.
Yo no alcanzo tus razones,
razones ó veleidades;
pero echado no me voy.
Me marcharé cuando bajes
á la estación con nosotros,
me despidas y me abraces,
y yo bese á Soledad
y tú á Amparo, y saludándose
con manos y con pañuelos
y con silenciosos ayes,
unos llorando se queden
y otros llorando se marchen!

RAMON. ¡Pues márchate ó quédate,
hablador insoportable!
¿Por qué si tan bueno eres
viniste á mortificarme?
¡Manzana de la discordia
en mi casa feliz antes! (Sale por la izquierda.)

PABLO. ¡Manzana de la discordia!
yo el más bueno, el más afable,
el más justo, el más sencillo,
dicho sin ofensa á nadie!
Equivoqué alguna cuenta,
eso es: he sumado reales
en vez de sumar pesetas
y en tamañas cantidades
en un millón me he comido
tres. ¡Jesús! ¡Qué disparate!
En la última operación
que hemos hecho tan en grande.
La pignoración de Cubas.
¿Pero por qué ha de llamarse
Cubas un papel, señor?
Y por qué un hombre importante,
decente, tiene un millón
de Cubas! ¡Mortificarle
yo! ¡Si no debe ser esto!
Si ha de ser cosa más grave.

ESCENA VI.

D. PABLO, ERNESTO por la izquierda, primer término.

ERN. ¿Cómo vá, don Pablo? Bien.
PABLO. No muy bien, querido Ernesto.
ERN. Anímese usted, don Pablo,
ensanche usted ese pecho.
¿En qué piensa? ¿En sus gallinas?
PABLO. No, señor; no pienso en eso.
ERN. No pase penas por nada
y mírese en este espejo.
Nadie debe estar más triste
y siempre me vé contento.
PABLO. ¿Usted triste? ¿Qué le pasa?
ERN. Nada: diez años haciendo
el amor á una mujer
y estoy cada vez más lejos
de alcanzar de Soledad
el dulce sí que pretendo.
Hoy ni recibirme quiso
y se encerró en su aposento.
PABLO. Lleva usted muy mal camino.
Se burla siempre.
ERN. No es eso.
PABLO. El padre querrá casarla
con un príncipe. El dinero
vuelve locos.
ERN. No señor.
Ella alimenta en su pecho
una pasión; y él no es
príncipe ni mucho ménos.
Aunque la quiere ocultar
de todos, todos la vemos.
PABLO. Pues yo no sé; yo no he visto.
ERN. ¡Ay! don Pablo, los paletos
saben poco de pasiones.
La montaña, el aire frío,
los dulcísimos aromas
del tomillo y del romero

inspiran afectos suaves
y tranquilos sentimientos.
Se quieren por la atracción
irresistible del sexo;
se casan porque es costumbre
casarse siempre en el pueblo;
y empiezan á echar al mundo
muchachos gordos y frescos,
con la frescura mayor
y con el mayor sosiego,
y luego come el que come
y el que no se chupa un dedo.

PABLO. ¿Pero una pasión, por quién?

ERN. Por Enrique ¿está usted ciego?

PABLO. Por Enrique.

ERN. Sí, señor.

PABLO. ¿De seguro?

ERN. Ya lo creo.
Ella le quiere, él se deja
querer... no puede hacer menos.
El padre está deseando
llamarle pronto su yerno,
y yo los miro y me aguanto
porque Dios me dió este genio.
Si este Enrique, que es un chico
listo, pero un poco escéntrico,
encuentra alguna muchacha
de ojos azules y tiernos,
con belleza, con candor,
sin malicia y sin dinero,
y llega á morir por ella
de amor en algún exceso
epiléptico-romántico-
hidrofobico-poético.
¡adios paz en este albergue,
y adios idilio casero!

PABLO. (¿Será posible? ¡Dios mio!)

ERN. Hoy no quiere verme, bueno.
No sale. Me marcho. Á usted
le importuno.

PABLO. No por cierto.

ERN. Quiero dejarle entregado

á sus graves pensamientos.
Esta noche voy de baile
¡Cómo nos divertiremos!
Me voy á poner el frac
y la cruz, porque hoy la estreno.
¿No sabe usted que me han dado
una cruz?

Pablo. Cuanto celebro.
¿Y por qué la cruz?

Ern. ¿Por qué?
Por lo que dan los gobiernos
siempre esas cosas.. por nada,
porque sí, yo nada he hecho.
Mi madre es quien la ha pedido
sin duda. Yo no me meto
en esas cosas. Mi madre,
mi Providencia. Hasta luego.
(Sale por la derecha, segundo término.)

ESCENA V.

PABLO.

—Alguna vez estos séres
tan inútiles y excépticos
sírven para algo en la vida.
Éste los ojos me ha abierto.
No, Ramón, yo no he de ser
tu verdugo. Estaba ciego,
viví en la sombra, hoy he visto,
hoy mismo pondré remedio.
Lejos nos deseas ver,
pues nos vas á ver muy lejos.
La conozco... ¡Amparo mía!
Me sigue llorando, pero
me sigue... ¡Pobre criatura!
¡Pudo ser feliz!... ¡Mi cielo!
Por ella la vida, mas
luchar con ellos no puedo!
¿Y cómo decirla ahora?
¡Con qué frases, con qué acentos!
¿qué fábula inventaré?

¿qué recursos ó qué medios?
No, la diré la verdad,
con sencillez, sin rodeos.
¡La verdad es lo mejor
para los que nacen buenos!

ESCENA VI.

D. PABLO, AMPARO por la derecha, primer término.

AMPARO. ¡Adios, padre! Mírame.
Aquí siempre la verás. (Por la cruz.)
PABLO. ¡Amparo! ¡Qué alegre estás!
AMPARO. ¿Tú lo sientes?
PABLO. ¿Yo? ¿Por qué?
AMPARO. Como tan serio te veo.
¿Estás preocupado, dí?
PABLO. Un asunto grave.
AMPARO. Si,
grave?
PABLO. Y hablarte deseo.
AMPARO. Solos estamos los dos.
PABLO. En tu buen juicio confío.
AMPARO. No es alegre, padre mío?
PABLO. ¡Ay! no lo es.
AMPARO. ¡Vaya por Dios!
PABLO. Siéntate.
AMPARO. Ya me he sentado,
PABLO. Mucho más cerca de mí.
AMPARO. Voy... Ya me tienes aquí
feliz estando á tu lado.
PABLO. En medio á tantas venturas
tú no habrás dado al olvido
todo lo que hemos sufrido.
Aquel tiempo de amarguras,
de miserias, de agonías.
Tus lágrimas, mi tristeza,
nuestra terrible pobreza.
AMPARO. Bien me acuerdo. ¡Tristes dias!
PABLO. Un hombre, no, un caballero
lo supo, y á mi corrió
generoso y nos salvó.

AMPARO. Don Ramón. ¡Cuánto le quiero!
PABLO. Un ángel de soberana
belleza, bajo su techo
te acogió, te abrió su pecho.
AMPARO. Sí, Soledad, es mi hermana.
PABLO. Con el alma conmovida,
cuando aquí nos encontramos,
en aquel día juramos
dar por ellos nuestra vida.
Por él que tan oportuno
me apartó del precipicio.
Dijimos: no hay sacrificio
que no hagamos.
AMPARO. No, ninguno.
PABLO. No fueron vanos extremos.
AMPARO. No he de arrepentirme ahora.
PABLO. Pues ha llegado la hora
de hacerle, Amparo.
AMPARO. Le haremos.
PABLO. Esa que tu hermana ha sido,
esa en silencio adoraba
á un hombre, en quien ya miraba
confiada su prometido.
Viniste... te vió... te amó...
le amaste... Soledad llora,
el padre quizás deplora
tanto bien como nos dió,
y aquí vinimos á herir
de muerte por tu desdicha,
de Soledad, tanta dicha
de Enrique, tal porvenir.
AMPARO. ¿De Enrique?
PABLO. Con tal mujer
será todo. De él se trata.
¡Tu amor le pierde, le mata!
AMPARO. ¿Y qué podemos hacer?
PABLO. Yo le escribo de buen modo
en tu nombre que nos vamos,
que su dicha deseamos
y que se ha concluido todo.
Á Ramón el adios doy
y de ellos nos despedimos,

y antes que él venga partimos
en el primer tren de hoy...
En esta noche cruel
nos vamos lejos de aquí.

AMPARO. ¿Nos vamos por siempre?

PABLO. Sí.

AMPARO. ¿Nos vamos sin él?

PABLO. Sin él.
En tu corazón confío.
Tu voluntad no se tuerza.
¿Tendrás valor, tendrás fuerza?

AMPARO. Pienso que no, padre mio.

PABLO. Sí, hija, sí. No temas ya
la miseria. El corazón
conozco de mi Ramón.
No nos abandonará.
Volveremos á la aldea,
á nuestras dichas pasadas,
á nuestras dulces veladas
cerca de la chimenea.
Nos dará consuelo Dios.
De nuestro Enrique hablaremos,
y al nombrarle lloraremos
como dos niños los dos.
Ante una ilusión perdida
se llora un mes y otro mes,
mas no siempre, que no es
eterno el llanto en la vida.
Mas tarde no lloraremos.
Como una compensación,
con gozo y satisfacción
y orgullo le nombraremos,
diciendo con alegría:
es feliz, vive dichoso,
es rico y es poderoso,
nadie le iguala en el día
y brilla más que los otros
y sobre todos figura...
¿Sí? Pues toda esa ventura
se la hemos dado nosotros!
El amor mejor perece,
ceden odio y ambición,

mas si acaba la pasión
el sacrificio engrandece
y el bien hecho no se olvida,
y en la conciencia y el alma
nos deja frescura y calma
para el resto de la vida.
¿No es verdad?
Espérate.
(La quita el collar y la cruz.)
Viene.

AMPARO. ¡Me vas á quitar
mi cruz!

PABLO. La voy á guardar.
Luego te la volveré.
Vivirás siempre llevándola.
Es tuya; mas sé piadosa.
Te hizo bien, fué generosa:
no la hieras enseñándola.

ESCENA VII.

DICHOS, SOLEDAD por la izquierda.

Soledad vestida de baile, pero con un gran abrigo que la cubre.

SOL. (Los dos.)

AMPARO. (No podré fingir.)

PABLO. Amparo, serenidad.
¡Eh! ya está aquí Soledad,
ya te puedes despedir.

SOL. ¿Se van?

PABLO. Al fin he vencido.
¿Qué hacer? Los viejos tenemos
unas rarezas... Volvemos
á nuestro rincón querido.
El permiso conseguí
de su padre, y nos marchamos.
Como vinimos nos vamos,
los dos solos.

SOL. ¿Solos?

PABLO. Sí.

En el tren que ahora saldrá.
Afán tan grande tenemos...
Despedirnos no podremos
de Enrique.

SOL. ¿No?

PABLO. Usted lo hará.

SOL. (¿Qué es esto?)

PABLO. Quizá en la vida
no le volvamos á ver.
No hay nada que disponer.
Ya preparé la partida.
Voy á coger el abrigo.
En tanto despídete,
dala un abrazo, que fué
muy buena para contigo.

SOL. Señor don Pablo, perdón
si no le dejo marchar.
No nos puede usted dejar
sin darme una explicación.
Yo quiero saberlo todo.
Engañarme no es honrado.

PABLO. Pues ya está todo explicado.

SOL. ¿Por qué te vas de este modo,
Amparo? ¿Qué ha sucedido?
¡Entre ayer y hoy, qué contraste!
¿Hace dias no me hablaste
aqui de tu prometido
con timidez, con sonrojos;
pero con tal alegría,
que tu cara se reía
por la boca y por los ojos?
Si te quiso y le quisiste,
¿por qué se nubla tu frente?
¿Por qué te vas de repente?
¿Por qué sola, por qué triste?
¿Cómo tu suerte ha cambiado
en algunas breves horas?

AMPARO. ¡Mi padre... Dios mío!

SOL. ¿Lloras?
(¡Su padre! ¡Te has delatado!)

PABLO. Ella llora... yo también.
Mis ojos el llanto arrasa.

Llora al dejar una casa
donde la han querido bien,
que fué nuestra salvación,
donde la paz encontramos,
donde los dos nos dejamos
todo nuestro corazón.
Al pensar en tal partida
nos está ahogando la pena,
y ella llora porque es buena
y porque es agradecida.
¿Entiende usted?

SOL. Está claro:
lo he entendido.

AMPARO. (¡Qué suplicio,
Dios mío!)

SOL. (¡Qué sacrificio
tan inútil!)

PABLO. (¡Pobre Amparo!)
Así, pues, anda ligera.
Ya poco tiempo tenemos.
Dala un abrazo y marchemos.

AMPARO. Adios, Soledad.

SOL. Espera.
Amparo: tal villanía
en tí no puedo pensar.
Tú no te puedes marchar
de este modo, hermana mía.
Aquí os amásteis los dos,
fé eterna juraste aqui,
no puedes marcharte así
sin darle el último adios.
Sin decir por qué te vas,
sin decir por qué le olvidas,
sin restañar las heridas
que en su pecho causarás
con tu mano ó tu pañuelo,
sin darle por vez postrera
una palabra siquiera
de piedad ó de consuelo.
Voy á llamarle.

AMPARO. No.

SOL. Sí.
PABLO. No es necesario el aviso.
SOL. Es verdad: ya no es preciso.
AMPARO. (¡Ah, Dios mío! ¡Viene aquí!)

ESCENA VIII.

DICHOS, ENRIQUE por la derecha, segundo término.

AMPARO. Delante de él no podré. (Bajo á D. Pablo.)
PABLO. Es fuerza que te contengas.
SOL. Celebro mucho que vengas.
Te iba á llamar.
ENR. ¿Para qué?
SOL. Es deseo de los dos.
Nos van por siempre á dejar
y no se quieren marchar
sin darte el último adios.
ENR. ¿Qué dices? ¿Se marchan?
SOL. Sí.
ENR. ¡Para siempre!
SOL. Eso pretenden.
Ya ves que no se defienden.
ENR. ¿Y se van sin mi?
SOL. Sin tí
ENR. Que estoy soñando sospecho
ó que Soledad delira.
Es imposible, es mentira.
¿Qué ha sucedido ó qué he hecho?
Olvidarme así .. ¿por qué?
¿Me ha engañado Soledad?
¡Amparo, dí la verdad!
¿Qué es esto?
PABLO. Yo lo diré.
Le ruego que no replique.
Es este un último adios.
Nos vamos, porque los dos
le queremos mucho, Enrique.
Usted nos quiere seguir,
que esa es su dicha asegura.
Yo la llamo una locura
y no la he de consentir

Olvide locos amores.
Aquí está su vida entera,
su porvenir, su carrera,
las riquezas, los honores
que han de darle ejecutoria
de noble y de caballero,
aquí el brillo del dinero,
aquí la luz de la gloria!
Allí nada, allí la aldea,
lo pequeño, lo mezquino,
ni horizonte, ni camino,
ni un resplandor, ni una idea.
Para la ambición que crece
toda senda está cerrada.
La miseria te degrada,
la soledad te embrutece.
Pasado un primer momento
de ilusión .. te cansarías
de todo... nos odiarias
y no es ese el sentimiento
á que aspiramos de ti.
En tí vuelve... no nos sigas...
¡Queremos que nos bendigas
algún día desde aquí!

ENR. ¡Qué cambio! Si ayer me amó
¿por qué me arroja al abismo?
Amparo, ¿piensas lo mismo?

AMPARO. Sí, Enrique.

SOL. ¡No piensa, no!
¡Te está mintiendo su boca!

AMPARO. (Bajo.) ¡No, Soledad, déjame,
sé dichosa y ámale!

SOL. (Bajo.) ¡Calla, niña, tú estás loca
(Alto.) Usted no tiene razón
y dice lo que no siente
y Amparo baja la frente
con triste resignación.
Usted ha batido palmas
ante su amor satisfecho,
y ahora no tiene derecho
para destrozar dos almas!
Lo que él contesta está claro.

Para él lucha ni victoria.
Su honra, su dicha, su gloria,
su porvenir es Amparo.
Es esta lucha cruel,
pues que esta lucha concluya.
¡Pon esa mano en la suya,
Amparo, y vete con él!
Tú ¿qué esperas?

ENR. ¡Nada espero!

(Soledad los une.)

PABLO. (¡Esta chica nos aplasta!)
Soledad...

SOL. ¡Don Pablo, basta!
¡Así ha de ser, yo lo quiero!

ESCENA IX.

DICHOS, D. RAMÓN por la izquierda.

SOL. Á tiempo llegas aquí.

RAMON. ¿Qué hay?

SOL. Una nueva dichosa.
(Presentando á Amparo.)
Papá, la futura esposa
de Enrique.

RAMON. ¿De Enrique?

SOL. Sí.
Aquí donde tú me ves
yo dí término á su afán.
Dentro de una hora se van
los tres.

RAMON. ¡Se marchan los tres!

SOL. Perdóname si atrevida
sin darte siquiera aviso,
de repente, sin permiso
tuyo, arreglé la partida.
Allí la felicidad
les espera. ¡Pobres gentes!
Estaban tan impacientes
que les dí la libertad.
Su dicha participamos

¿no es verdad? ¡Qué más placer
ni qué más dicha que hacer
felices á los que amamos!
Es ya muy tarde, papá,
y yo atolondrada te hablo.
Despídete de don Pablo
que el tren les espera ya.

RAMON. Pablo: yo lamentaría
que te fueses resentido,
que no dieras al olvido
mis frases.

PABLO. ¡Qué tontería!
Como te quise te quiero.

RAMON. Y yo á tí. Para tí son
mi casa, mi posición,
mi influencia, y mi dinero.
¿Y tú no me dices nada,
Enrique?

ENR. No acierto á hablar,
no puedo en calma dejar
esta tranquila morada.
Contener el llanto trato;
pero que llore es forzoso.

RAMON. Pues adios y sé dichoso
y dame un abrazo (¡Ingrato!)

ENR. Y tú... (Á Soledad.)

SOL. Enrique... (Calma, ruin
corazón!) Venga esa mano
y adios!

ENR. ¡Es la de un hermano!

SOL. ¡La de un hermano! (¡Cain!)

AMPARO. (Bajo.) ¡Soledad, yo viviré
infeliz, si no me dás
tu perdón!

SOL. ¡Demente estás!
Yo perdonarte... ¿por qué?
Si alguna falta encontrara...
Te esperan...

AMPARO. ¡Sin tu perdón!

SOL. (Me ha herido en el corazón! (La besa.)
¡Se la devuelvo en la cara!)
(Salen por la derecha, segundo término.)

ESCENA X.

SOLEDAD, D. RAMÓN, después JACINTA.

RAMON. Mírame. ¿La misma eres?
¿y aquella ardiente pasión?
Dí: ¿qué es esto?

SOL. Esto es que son
un arcano las mujeres.
Le quisimos, le mimamos,
yo le dí amor, tu amistad.
Era nuestro, ¿no es verdad?
Así al menos lo pensamos;
mas voluble como un niño
apenas otra miró
en un dia se olvidó
de diez años de cariño.
Cuando tal conducta vi,
perdió su encanto mi amor
y en vez de sentir dolor
desdén profundo sentí
Lloré un poco, me calmé,
dijo: es indigno, esto es hecho.
Quité su imágen del pecho
y en el suelo la tiré.

RAMON. ¡Bravo! ¡La soberbia mía!
Bien, hija mia del alma.
¡Tú me devuelves la calma,
el reposo, la alegría!
Y ahora ¡al mundo, á la babel!

SOL. ¡Á brillar! ¡Á ser dichosa!
(¡Que me crea venturosa
para que lo sea él!)

RAMON. ¡Antonio!

ANT. Señor.
(Entrando por la izquierda.)

RAMON. ¡Los guantes
y mi claque! Despáchate.

SOL. ¡Jacinta!

JACINTA. ¿Qué manda usté? (Por la izquierda.)

SOL. ¡Las flores y los brillantes!

AMON. ¿Á ver el traje?
SOL. ¡Un primor
Quita el abrigo, papá.
(D. Ramón la quita el abrigo.)
¿Y Ernesto? ¿Dónde estará
ese trasto?
ERN. Servidor. (Por la derecha.)

ESCENA XI.

DICHOS, ERNESTO.

Ernesto de frac y con la cruz. Durante el diálogo que sigue Jacinta ayuda á Soledad á ponerse las flores y el aderezo.

ERN. Ya me tiene usted aquí.
¿Qué tal estoy? Mucha claque,
mucho chic, y mucho frac.
¿Y usted también, tio?
RAMON. Sí.
ERN. ¿Por qué me mira con sorna?
Mira mi cruz.
RAMON. Por supuesto.
ERN. Por primera vez la he puesto.
¿Qué quiere usted? Siempre adorna.
Acábate de vestir,
Soledad. Eres un plomo.
RAMON. ¡Magnífica fiesta!
ERN. ¡Cómo
nos vamos á divertir!
Mucha luz, mucho calor.
Las mujeres deliciosas
llevando encima tres cosas:
polvos, pintura y sudor.
Las solteras olvidadas,
las casadas por asalto,
las niñas con traje alto
y las viejas escotadas.
Hablar con alguna á solas
en el fondo de un salón:
bailar un mal rigodón
enredándose en las colas.

Ser galante y maldiciente,
ir á la mesa de juego,
hablar de su perfil griego
á alguna chata indecente,
y á la hora del ambigú
ir corriendo al comedor,
mostrarse gran bebedor
llamar á todos de tú,
y por un pavo fiambre
destrozarse con los codos
cual si estuviéramos todos
rabiando hace un año de hambre.
Y con fríos y con barros
salír para que aproveche
cuando las burras de leche
van á curar los catarros.
Y Enrique se puso el traje
de etiqueta como yo.

SOL. No va al baile Enrique.

ERN. No.

RAMON. Se va de viaje.

ERN. De viaje.

SOL. Viaje de luna de miel.

ERN. ¿De miel?

RAMON. Se marcha con ella.

ERN. ¿Con quién?

RAMON. Con su esposa bella.

ERN. ¿Con qué esposa?

RAMON. Con la de él.

ERN. ¿Y quién es su esposa?

RAMON. Amparo.

ERN. ¿Y el novio es Enrique?

RAMON. Sí.
¿Por qué me miras así?
¿No está claro?

ERN. No está claro.
¡Cosa más maravillosa!
No he visto un rayo de luz.
Yo no merezco una cruz,
don Ramón, sino otra cosa.

RAMON. ¡Ahora es la tuya!

ERN. (Bajo.) ¡Ahora, sí;

libre el campo me han dejado!
RAMON. Ya tu ocasión ha llegado.
ERN. ¡Ahora déjeme usté á mí!
SOL. Yo estoy pronta.
RAMON. ¡Ya es la hora!
SOL. ¿Cómo me hallais?
ERN. ¡Elegante!
RAMON. ¡Deliciosa!
ERN. ¡Interesante!
RAMON. ¡Hechicera!
ERN. ¡Encantadora!
RAMON. ¡Mira ese cuerpo por Dios!
ERN. ¡Qué cara de serafin!
RAMON. Lleva en el cuerpo un jardin.
ERN. Y en la cara lleva dos.
RAMON. Y las joyas que compré.
ERN. Yo no sé quien más chiflado
ni quién más enamorado
de los dos.
RAMON. Yo no lo sé.
SOL. Por Dios, papá... Primo mío...
ERN. En sus ojos, ¡cuánta luz!
¡Ay! Si además de esta cruz
me diera usted ésta, tío.
(Señalando á Soledad.)
SOL. Vamos.
ERN. Tu brazo hasta el coche.
RAMON. Yo te llevaré el abrigo.
ERN. ¿Hoy piensas bailar?
SOL. Contigo
bailaré toda la noche.
ERN. Seré feliz.
SOL. Lo seré
yo también. Qué alegres horas!!
ERN. (Dándola el brazo.)
¿Por qué tiemblas? ¿Por qué lloras?
SOL. ¡No me vendas! ¡Cállate! (Bajo.)
RAMON. ¡Qué lujo, qué poderío,
qué boato, qué grandeza!
¡Todo lo da la riqueza!
SOL. ¡Todo, todo, padre mío!
RAMON. De tu brazo se colgó. (Bajo á Ernesto.)

De su afecto te da pruebas.
Yo creo que te la llevas,
chico.

ERN. (Bajo.) Yo creo que no.
¿Con que vamos?

SOL. Vamos ya.

RAMON. Vas á brillar, á lucir.

SOL. Voy á bailar, á reir.

(Se dirigen á la puerta de salida: á lo lejos se oye el silbido de la locomotora. Soledad vacila y se detiene.)

(¡El tren! ¡Me deja y se va!
¡Mi amor, mi ilusión primera!)
¡Sostenme, Ernesto!

RAMON. El silbido
del tren.

ERN. (Á Soledad.) ¡Calla!

RAMON. (Con compasión.) Él lo ha querido.
¡Pobre Pablo! ¡Irá en tercera!
Cuando el frío le traspase
exclamará pesaroso
pensando en ésta: ¡dichoso
quien viaja EN PRIMERA CLASE!
(Cae el telón.)

FIN.



SIN SOLUCION.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Cara y cruz, juguete cómico en un acto y en verso.
El sexo débil, juguete cómico en un acto y en verso.
El único ejemplar, comedia en un acto y en verso.
Abogacía de pobres, juguete cómico en un acto y en verso.
Servir para algo, comedia en un acto y en verso.
El número tres, comedia en tres actos y en verso.
Vanitas vanitatum, comedia en tres actos y en verso.
Echar la llave, comedia en un acto y en verso.
Haz bien..., comedia en tres actos y en verso.
Para una coqueta un viejo, comedia en dos actos y en verso
Inocencia..., comedia en tres actos y en verso.
Al Santo, al Santo! apropósito cómico en dos actos y en verso.
Contra viento y marea, comedia en tres actos y en verso.
Como se empieza, comedia en un acto y en verso.
Una comedia y un drama, comedia en dos actos y en verso.
Como las golondrinas, comedia en tres actos y en verso.
Champagne frappé, juguete cómico en un acto y en verso.
Ni la paciencia de Job, comedia en tres actos y en verso.
El octavo, no mentir, comedia en tres actos y en verso.
La fuerza de un niño, comedia en tres actos y en verso.
Escurrir el bulto, comedia en un acto y en verso.
Por fuera y por dentro, comedia en dos actos y en verso.
La buena raza, comedia en tres actos y en verso.
Malditos números! comedia en tres actos y en verso.
Enseñar al que no sabe, comedia en tres actos y en verso.
La elocuencia del silencio, comedia en tres actos y en verso.
Sin familia, comedia en tres actos y en verso.
De todo un poco, revista en un acto, con el Sr. Vital Aza.
El otro, comedia en tres actos y en verso.
Un año más, revista en un acto, con el Sr. Vital Aza.
¿Perez ó Lopez? comedia en tres actos y en verso.
Pobre María! monólogo en un acto y en verso.
En plena luna de miel, comedia en un acto y en verso.
Sin solucion, comedia en tres actos y en verso.

SIN SOLUCION,

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

MIGUEL ECHEGARAY.

Estrenada en el Teatro de LA COMEDIA el 13 de Diciembre de 1884.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ
Calvario, 18, principal.
1884.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARIANA, 30 años	Srta. Mendoza Tenorio.
LUISA, 20 años	Martinez (Julia).
PURA, 30 años	Rodriguez (Matilde).
VICTORIA, 10 años	Mantilla.
RITA	García (Matilde).
JUANA	Galindez.
ANDRÉS	Sres. Cepillo.
PEPE	Mario.
MANUEL	Sanchez de Leon.
DON PEDRO	Rosell.
EL BARON	Ballesteros.
RUPERTO	Rubio.
JACOBO	Martinez.
SEBASTIAN	Tamayo.
RAMON	Royo.

ACTO PRIMERO.

Comedor amueblado con decencia: muebles antiguos, mesa en el centro con cuatro sillones, dos colocados de frente, y los otros dos, uno á cada lado; puertas laterales y en el fondo.

ESCENA PRIMERA.

RITA acabando de poner la mesa.

RITA. Acabaré de poner
la mesa, vendrán en breve,
y deben hallar á punto
la vajilla y los manteles.
Todo como debe estar:
los dos sillones de frente,
la señorita á este lado,
y la niña, de esta suerte:
platos, cubiertos y vasos
y el pan y los entremeses,
y el agua, si falta el vino,
es porque aquí no se bebe.
Los cuchillos como espejos,
las servilletas sin sietes,
el cristal sin una mota,
y el mantel, como la nieve.
Dispuesta, trabajadora.

amable y de humor alegre...
Bien pueden decir que soy
la reina de las sirvientes.

ESCENA II.

RITA, PEPE por el fondo, con una caja de carton, que deja sobre una silla.

PEPE. Hola, Rita, buenas tardes.
RITA. Buenas, señorito Pepe.
PEPE. La visita de costumbre.
RITA. Ya me extrañaba no verle.
PEPE. ¿Han salido?
RITA. Están en misa.
PEPE. ¿Hace mucho?
RITA. Pronto vuelven.
Son las doce y aquí somos
por lo puntuales ingleses.
Á la una en punto el almuerzo,
la comida al dar las siete,
al dar las doce á la cama,
y de pie dando las nueve:
todo á punto, todo en hora,
nunca hay que mandar dos veces,
es esta casa modelo,
montada militarmente.
PEPE. Ya quisieras tú tener,
una casa que estuviese,
militarmente montada,
RITA. Pues mire usted, francamente,
no es militar lo que falta,
ni ganas tampoco.
PEPE. Puede.
RITA. Faltan la casa y los cuartos.
PEPE. Eso es lo que falta siempre.
¿Conque militar?
RITA. Sargento.
Yo le estimo y él me quiere,
y estamos ya deseando,
que nos manden los papeles,
y que la iglesia nos llame,

y que el párroco nos rece
el *Dominus tecum* y el
Requiescat in pace.

PEPE. Tente,
que esa es misa de difuntos.

RITA. El que se casa, se muere.
¿Pero qué trae usted ahí?
(Reparando en la caja.)

PEPE. ¿Qué he de traer? Un juguete
para la niña.

RITA. ¡Jesús!
Señorito, usted se pierde.

PEPE. Cinco compré esta semana.

RITA. Cinco y estamos en viernes.

PEPE. Es la chiquilla tan mona,
lo toma con tal deleite.

RITA. ¡Y es usted un señorito
tan bueno!

PEPE. ¡Rita!

RITA. ¡Excelente,
cariñoso!

PEPE. Por Dios, chica,

RITA. No es favor, se lo merece.
Le queremos con delirio
aquí.

PEPE. ¿Con *delirium tremens*?

RITA. Todos en casa: yo misma
le aprecio como si fuese
de la familia. ¡Es más bueno!

PEPE. Basta, bueno, calla y vete.

RITA. Si me voy, que ya me espera
en la sarten el aceite.
Con el permiso de usted.

PEPE. Adios, Rita, ya lo tienes. (Sale por el fondo.)

ESCENA III.

PEPE.

Todos me quieren aquí,
todos suspiran por verme,
me reciben con sonrisas,

me despiden tristemente;
pero tú, mi amor, mi gloria,
la que quise mozo imberbe,
la que ciegamente adoro,
¿tú, Mariana, tú me quieres?
Aquí me paso la vida:
en este tranquilo albergue
están mis penas, mis goces,
mis ensueños, mis placeres.
Tambien quiero á todo el mundo
aquí, lo mismo al que viene
que al que vive, y á la casa,
y á las puertas y á los muebles.
Á Mariana, porque es
la mejor de las mujeres,
Á Luisa por ser su hermana
y porque se la parece,
á su hija, porque esa niña
es de rosas ramillete,
á esta casa, porque es suya,
á este aire, porque de él bebe,
y al sillon, porque la abraza,
y al lecho, porque la duerme.
Aquí me paso las horas
y los dias y los meses
y los años esperando,
esperando inútilmente.
¡Si fuese libre Mariana!
¡Qué fortuna si lo fuese!
¡Qué dicha si me quisiera!
¡Soñando, soñando siempre!
Así me paso la vida
y así me verá la muerte.
Todo, todo por Mariana
es mi divisa. ¡Ya vuelven! (Oyendo.)

ESCENA IV.

PEPE, MARIANA, LUISA, VICTORIA por el fondo.

PEPE. (¡Ella! ¡No sé qué me pasa!)

¡Mariana!

MAR. Felices.

LUISA. (Con mucha expresion.) ¡Oh! Pepe.

VICT. Si lo dije yo:
son las doce, ya está en casa.

PEPE. Desde las doce á las tres
siempre me tienen aquí.

VICT. (Viendo la caja.)
¡Ay, Pepe, esto es para mí!

LUISA. Vamos á ver lo que es.

VICT. ¡Qué muñeca! (Abre la caja.)

MAR. Muy bonita.

VICT. La mejor que me ha traido.
¡Hola, hola, qué vestido
la han puesto á usted, señorita!
¡Qué alegría, qué contento!
¿Dime, quién te quiere á tí?

PEPE. (Con esta llegué y vencí.
Fué conquista de un momento.)

LUISA. ¡Pepe! (Séria.)

PEPE. ¿Qué quiere usted, Luisa?

LUISA. Estoy muy incomodada
con usted.

PEPE. ¿Por qué?

LUISA. Por nada.
Usted se da poca prisa
en tratándose de mí.
¿Y el vals que me ha prometido?

PEPE. Es verdad: no lo he traido.
Pégueme usted, Luisa.

LUISA. Sí,
lo merece. Lo ofreció
hace un mes.

PEPE. Yo le traeré.

LUISA. Soy la última para usté
en casa.

PEPE. No, Luisa, no.
Que ha de ser. Solo es culpable
esta cabeza maldita.
Una niña tan bonita,
tan discreta, tan amable.

LUISA. Sí, sí.
PEPE. Juro contentarla.
LUISA. El jurar es excusado.
PEPE. (Vaya, á esta la he conquistàdo
sin ganas de conquistarla.)
MAR. Pepe.
PEPE. ¿Qué me manda usté?
MAR. Tenemos los dos que hablar.
PEPE. ¿Sí?
MAR. Le voy á regañar.
PEPE. Hoy he entrado con mal pie,
hoy me riñen á porfia.
MAR. Y con razon á mi ver.
¿Para qué viene traer
un juguete cada dia?
Eso es gastar tontamente
y no lo he de consentir,
y acabará por reñir
con todo bicho viviente.
¿Para qué tanto regalo?
Ya tiene un armario lleno.
VICT. No le riñas, que es muy bueno.
MAR. No señor, es malo.
LUISA. ¡Es malo!
PEPE. Mi fortuna es bien excasa.
Era mi honrada intencion
ganarme la estimacion
de todos en esta casa.
MAR. Y la ganó usted de lleno
y fácilmente.
PEPE. ¡Quė escucho!
MAR. Todas le queremos mucho.
PEPE. (¡Ay! si me lo hicieras bueno.)
MAR. Si me atrevo á predicarle,
si con dureza le riño
es por tenerle cariño.
Por eso he de aconsejarle
el órden, la economía.
PEPE. (Riñe de un modo ideal.)
MAR. Usted es chico formal
y se casará algun dia.
PEPE. Eso sí que no lo sé.

MAR. Cuando una pasion le abrase.
VICT. Yo no quiero que se case.
LUISA. Pero chiquilla, ¿por qué?
MAR. ¿Á qué vienen esas muecas?
VICT. Porque no nos querrá ver
y le dirá su mujer
que no me compre muñecas.
MAR. Pues, hija, de varios modos
siempre acaban en casados
todos los hombres honrados.
VICT. ¿Todos los honrados?
LUISA. Todos.
PEPE. Pues, señora, es muy posible
que no me llegue á casar.
MAR. Ahora se va usté á mostrar
frio, escéptico, insensible?
PEPE. No ha sido tal mi intencion.
No: ni frialdad, ni despecho.
Por el contrario, en mi pecho
yo alimento una pasion,
que temo se me desmande,
pues rije en mi voluntad,
profunda, porque es verdad,
silenciosa, porque es grande.
MAR. ¡Oh! ¡qué amante frenesí!
¿Y es bella?
PEPE. ¡Pero muy bella!
(¿Si entenderá que es por ella?)
LUISA. (¡Ay! ¿si lo dirá por mí?)
MAR. Pues, Pepe, la voluntad
manda algo en los corazones:
conque dome esas pasiones,
que está usted en mala edad.
Observe su corazon,
vea usted á quien prefiere,
si bien quiere ó si mal quiere;
si es legítima pasion
ó insensato desvarío:
si es honesta á consagrarla,
si no es honrada á olvidarla:
este es el consejo mio.
PEPE. De contraria opinion soy.

¿Quién una pasion contiene?
(Pero ¡qué talento tiene
y qué amelonado estoy!)

MAR. Y ahora, mi querido amigo,
solo se va usté á quedar.
Nos vamos dentro á dejar
guantes y velo y abrigo.

LUISA. No pienso quitarme el traje.

MAR. Yo tampoco.

PEPE. Adios, Luisita.

VICT. Pues yo le haré la visita.

MAR. Mire usted el personaje.
(Salen por el proscenio izquierda.)

ESCENA V.

VICTORIA, PEPE.

PEPE. (¡Que hermosa! Pobre de mí!)

VICT. ¡Pepe!... ¡Pepe!

PEPE. Ya te escucho.

VICT. Pepe, yo te quiero mucho.

PEPE. ¿Tú me quieres mucho?

VICT. Sí.
Te quiero.

PEPE. ¡Qué mona es!

VICT. Y hoy más.

PEPE. Sí, yo no soy malo.

VICT. Te quiero por el regalo.

PEPE. (¡Hombre, que desinterés!)

VICT. Porque traes cosas bonitas,
porque por mí te incomodas,
¿entiendes?

PEPE. (Así son todas
y empiezan desde chiquitas.)

VICT. ¡Un beso!

PEPE. (¡Que vivaracha!)

VICT. Ahora que solos estamos
aquí sin testigos, vamos
á jugar los dos.

PEPE. ¡Muchacha!

Esta chica es el demonio.
VICT. Anda, ¿te vas á negar?
PEPE. ¿Y á qué vamos á jugar?
VICT. Juguemos al matrimonio.
PEPE. Pero, hija, si yo no sé
jugar á eso, lo confieso.
VICT. ¿No?
PEPE. ¿Cómo se juega á eso?
VICT. Anda, yo te enseñaré
el juego, juega por Dios.
Mira, yo soy la mamá,
y tú, Pepito, el papá,
y éste el hijo de los dos.
(Presentando la muñeca.)
Mírala bien. Es divina.
Es una estrella, un lucero.
Es el primero.
PEPE. (¡El primero
me salió de cartulina!)
VICT. Tú no estás en casa.
PEPE. Ya.
VICT. Yo estoy aquí reclinada
y con la niña abrazada,
y tú entras.
PEPE. Vamos allá.
(Victoria se sienta: Pepe finge entrar.)
VICT. ¡Gustavo! (Muy dulce.)
PEPE. (Sorprendido.) ¿Gustavo?
VICT. Sí.
Es tu nombre.
PEPE. No sabía.
VICT. Vuelve á entrar.
PEPE. (Volviendo á entrar.) ¡Hortensia mia!
VICT. ¡Gustavo!
PEPE. Ya estoy aquí.
VICT. Mírala.
PEPE. (Á la muñeca.) ¡Mi Altisidora!
VICT. ¿La ves reir?
PEPE. Ya lo creo.
VICT. ¿Ves?
PEPE. La veo y no la veo.
VICT. ¡Qué bonita!

PEPE. ¡Encantadora!
VICT. Es mala donde la ves.
PEPE. No quiero que se la riña.
VICT. La pobre como es tan niña
tiene un capricho.
PEPE. ¿Cuál es?
VICT. Se ha empeñado en que juguemos
los tres al corro.
PEPE. ¡Dios mio!
¡los tres!
VICT. ¿Ves qué desvarío?
PEPE. Como ha de ser, jugaremos.
VICT. Un capricho tonto es.
PEPE. No quiero que se la riña.
VICT. La niña como es tan niña.
PEPE. (¿Cuál será más de los tres?)
(Juegan al corro con la muñeca cantando: ¡me casó mi madre, me casó mi madre, ¡ay! ¡ay! ¡ay!)

ESCENA VI.

DICHOS, MARIANA por la izquierda.

MAR. ¡Já, já, já!
PEPE. Señora mia.
MAR. ¡Al corro!
PEPE. ¿Qué hemos de hacer?
Se empeñaron mi mujer
y mi hija. (Señalando á la muñeca.)
MAR. Bien: no sabía.
PEPE. Pues la cosa ya es notoria.
MAR. Vaya, es usted un chiquillo.
VICT. No le riñas, pobrecillo.
MAR. Si no le riño, Victoria.
Vamos, pase al gabinete,
Luisa espera.
PEPE. ¿Para qué?
MAR. Quiere que dibuje usté
unas letras.
PEPE. En un brete
me pone con sus manías.
Si yo dibujo muy mal

y hago unas letras.
MAR. No tal.
Son primorosas las mias.
PEPE. Vamos.
VICT. ¿Sin mí?
PEPE. ¡Qué chicuela!
VICT. Esposo, el brazo.
PEPE. (La ofrece el brazo.) Allá va.
¿Pero y la niña?
VICT. Esa irá
en los brazos de su abuela.
(Da la muñeca á Mariana.)
MAR. ¿Cómo abuela?
PEPE. ¡Qué bonita
es su nieta de usted!
VICT. Toma.
MAR. Poco á poco con la broma.
PEPE. ¡Abuela!... ¡abuela! (Riendo.)
VICT. (Riendo.) ¡Abuelita!
(Salen. Proscenio izquierda.)

ESCENA VII.

RITA, ANDRÉS por el fondo.

ANDRES. Mujer, no seas pesada.
RITA. Que no se puede pasar.
ANDRES. Muchacha, déjame entrar,
que no he de llevarme nada.
RITA. Para entrar quien se presenta
da su nombre.
ANDRES. Bueno, sí.
Pero si yo estoy aquí
en mi casa, escucha atenta.
Este el comedor, aquel (Proscenio izquierda.)
es el cuarto de Mariana,
ese el gabinete grana, (Segunda izquierda.)
este el cuarto de Manuel, (Derecha.)
Luisa es la cuñada, ¿no?
¿y Victoria?... la chiquilla,
¿Y tú?... una chica sencilla
que no sabe quien soy yo.

¿Te has convencido, mujer?
Ya ves que estoy enterado.
RITA. Bueno: pasaré recado.
ANDRES. No: los quiero sorprender.
Te vas á tu obligacion,
yo estoy aquí sin chistar,
llega la hora de almorzar,
vienen... ¡verás qué alegron!
RITA. Tanto se empeña, corriente.
ANDRES. Te has convencido, muchacha.
Yo creo que tengo facha
de ser persona decente.
RITA. Eso sí.
ANDRES. Pues acabada
la cuestion.
RITA. Bueno.
ANDRES. Te estás
á la puerta. Ya verás
como no me llevo nada. (Sale por el fondo.)

ESCENA VIII.

ANDRÉS.

ANDRES. ¡Gracias á Dios!... Se marchó.
¡Pobre comedor! ¡Testigo
de tantas dichas!... ¡Amigo,
estás viejo... como yo!
El tiempo nos ha gastado.
Pensaba nunca volver;
pero ya la puedo ver.
¡Cuántos años han pasado!
Diez los calendarios rezan.
Sus ojos me fascinaban;
más las pasiones acaban
donde las canas empiezan.
Dando mi nombre al olvido
esposos fueron un dia,
la mujer que más quería
y mi amigo preferido.
Torturas de Satanás
en el corazon sentí,

y á la América partí
jurando no volver más.
Pero calma me dió Dios
y he decidido volver,
porque ya bien puedo ser
un amigo de los dos.
El tiempo no pasa en vano,
y hoy puedo, sin lucha cruel,
dar un abrazo á Manuel,
estrechar á ella la mano,
y al fruto de sus amores
besar los tiernos ojuelos
sin envidias, ni recelos,
ni despecho ni rencores.
¡Cómo se olvida al ausente!
De su ingratitud me espanto.
Ántes me escribian tanto,
y hace cuatro años... ¡qué gente!
Yo pensando en ella, en él,
en cuanto en Madrid me ví
desde la estacion aquí
sin parar en el hotel.

ESCENA IX.

ANDRÉS, VICTORIA.

ANDRES. ¡Calla, una niña... Será
la de ella... sí, que es muy bella!
VICT. (Entra corriendo y cantando.)
Me casó mi madre... ¡ay! (Asustada.)
ANDRES. ¿Te has asustado?
VICT. ¡Qué idea!
No señor.
ANDRES. Acércate,
ven á mi lado, no temas.
VICT. No, si no le temo á usted.
ANDRES. ¡Cómo á usted! Pues esta es buena.
Háblame de tú, mujer.
VICT. ¿Cómo de tú?
ANDRES. Considera
que entre amigos...

VICT. ¿Cómo amigos?
¿Amigos?
ANDRES. Si, ¿no te acuerdas?
¿No eres Victoria?
VICT. La misma.
ANDRES. ¿No me has mandado hace fecha
tu retrato?
VICT. ¿Mi retrato?
ANDRES. Vamos á ver, ¿quién es esta?
(Saca un retrato de la cartera y se lo enseña.)
VICT. Soy yo.
ANDRES. Ves cómo no miento.
VICT. Soy yo, pero más pequeña.
ANDRES. Tú misma me le mandaste,
tu mamá puso dos letras.
VICT. Pues lo mandé sin saberlo,
mire usted.
ANDRES. Doble fineza.
Así es que somos amigos
tiempo hace.
VICT. Segun las pruebas
sin saberlo.
ANDRES. Sin saberlo.
Si en el mundo no se entera
uno de nada, hija mia.
Pero eres mi amiga.
VICT. Sea.
Entónces te hablo de tú.
¿Cómo estás?
ANDRES. (¡Es hechicera!)
Bien: ¿y tu mamá?
VICT. Muy bien.
Con nosotras, tan contenta
y tan guapa. Se parece
mucho á mí.
ANDRES. ¿Sí? (¡Qué modestia!)
VICT. Ya ves tú, lo dice Pepe. (Con importancia.)
ANDRES. ¿Pepe?
VICT. ¡El mismo!
ANDRES. ¿Qué me cuentas?
VICT. ¡Él! (Con mucha importancia.)
ANDRES. Pues si lo dice Pepe

fuerza será que lo crea.

VICT. Vaya.

ANDRES. ¿Y tu papá?

VICT. No está.

ANDRES. ¿No ha vuelto á casa?

VICT. Está fuera.

ANDRES. ¡Ah! ya, de viaje?

VICT. Eso es.

ANDRES. Vamos, ¿y dónde se encuentra?
¿dónde ha ido?

VICT. Pues... muy léjos.

ANDRES. Muy léjos... pero ¿á qué tierra?

VICT. Á una tierra que está léjos.

ANDRES. ¡Pero, chica, que cabeza!
¿Tú no sabes dónde está
tu padre?

VICT. Vaya, está fuera.

ANDRES. ¿Tú no sabes geografía?

VICT. Sí señor: no soy tan nécia.

ANDRES. ¿Cuántas partes tiene el mundo?

VICT. Cinco son.

ANDRES. Justa la cuenta.
¿Cuáles?

VICT. Europa, Occeanía,
y Africa y Asia y América.
Pues en una de esas cinco
está mi papá por fuerza.

ANDRES. Si no se subió á la luna
está de seguro en ellas,
ó si no tuvo el capricho
de ir al centro de la tierra.
Vaya una hija cariñosa,
que ni siquiera recuerda
de donde escribe su padre
que estará pensando en ella
de seguro todo el día
y anhelando dar la vuelta.
Á no ser tan rebonita,
me enfadaba muy de veras;
pero tienes lindos ojos
y son tus dientes de perlas.

VICT. Eso dice Pepe.

ANDRES. ¿Si?
VICT. Ya ves... ¡Pepe!
ANDRES. ¡Qué eminencia!
(¡Veo que este Pepe ha caido
aquí de pie!) ¡Luisa llega!

ESCENA X.

DICHOS, LUISA por la izquierda.

LUISA. Caballero... (Queriendo conocerle.)
ANDRES. ¡Caballero!
Tambien usted. Con franqueza
tráteme usted. Diga... Andrés,
que más cariñoso suena.
LUISA. ¡Ay! Es verdad. (Tendiendo la mano.)
ANDRES. No lo extraño.
Era usted una chicuela
cuando me marché de aquí,
casi del tamaño de esta;
y los años desfiguran,
á unos les dan y á otros niegan,
puestos en usted encantan,
añadidos á mí, pesan.
Está usted encantadora,
hermosa, lozana, esbelta.
¿No lo dice Pepe?
VICT. Vaya.
ANDRES. Ese Pepe es un gatera.
LUISA. Corro á avisar á mi hermana.
ANDRES. No, que quiero sorprenderla.
Déjela que venga aquí
á ver si de mí reniega.
LUISA. ¡Oh! cómo recuerdo, Andrés,
su buen humor.
ANDRES. Ya hace fecha.
LUISA. ¿Conque haciendo la visita
tú sola?
ANDRES. Y en toda regla;
y ha venido usted á punto.
LUISA. ¿Sí?
ANDRES. Para sacar de penas

á esta niña, que á estas horas
no sabe donde se encuentra
su papá.

LUISA. ¡Pobre Victoria!

VICT. Está de viaje.

LUISA. Está fuera.

ANDRES. ¿Quizás negocios?

LUISA. Negocios.

ANDRES. ¿Y dónde? ¿Paris ó Viena?

LUISA. Pues.. muy léjos. (Turbada.)

ANDRES. (¡Caracoles!
¡Tampoco lo sabe esta!)

VICT. ¿Ves? Muy léjos.

ANDRES. (Es un sitio
muy conocido en la tierra.)

VICT. Si te lo dije.

ANDRES. (¿Ese hombre
dónde está? Parece inquieta
esta muchacha.) ¿Y van bien
sus asuntos?

LUISA. Bien los lleva.

ANDRES. ¿Y escribe?

LUISA. Sí, recibimos
cartas con mucha frecuencia.

ANDRES. ¿Y está bueno?

LUISA. Sí, muy bueno.
Ya sabe usted que es de piedra.

VICT. ¡Mi mamá!

ANDRES. Vamos á ver
si me reconoce ella.

ESCENA XI.

DICHOS, MARIANA por la izquierda.

ANDRES. ¿Me conoce usted, señora?

MAR. ¡Andrés!

ANDRES. Alabado sea
el Señor. No me ha olvidado.
Es la única que se acuerda.

MAR. Es que no puede olvidarse
una amistad cual la nuestra.

ANDRES. Hay cariños que resisten
los años y las ausencias.
MAR. Iremos al gabinete.
ANDRES. Sin cumplido.
MAR. ¿No se sienta?
ANDRES. Estoy bien.
MAR. ¡Cuánto me alegro
verle!
ANDRES. Y yo ¡de qué manera!
Desde la estacion aquí;
¿es prueba?
MAR. Vaya si es prueba.
¿Cómo nos encuentra usted?
ANDRES. Á Luisa gallarda y bella.
LUISA. Mil gracias.
ANDRES. Una mujer,
hecha, rehecha y derecha.
Victoria es lindo capullo
de diez frescas primaveras.
¡Preciosa! Lo dice Pepe.
VICT. ¿Verdad que sí?
ANDRES. ¿Quién lo niega?
Y usted, señora...
MAR. Yo, Andrés,
estoy por desgracia vieja.
ANDRES. ¿Vieja á los treinta, Mariana?
MAR. Hay treintas que son sesentas.
ANDRES. ¡Pues si Victoria parece
su hermana, la más pequeña!
MAR. En fin, sí, buenas estamos,
gracias á la Providencia.
ANDRES. ¿Y Manuel?... (Ahora sabré
por fin...) ¿Qué tal se conserva?
Con su buen humor de siempre.
MAR. No está mal. (Inquieta.)
ANDRES. ¡Y con aquella
sans façons!
MAR. (Interrumpiéndole.) Y á usted qué tal,
¿qué tal, Andrés, por América?
ANDRES. Ni bien, ni mal, una vida
sin alegrías, ni penas.
Solteron y libre y rico,

y en ciudades extranjeras,
tuve lo que da el dinero:
comodidad y riqueza,
maravillosos hoteles
con habitaciones régias,
vajilla de plata y oro,
gran lecho, soberbia mesa,
y coche cuando lo quise,
y si tuve empeño, fiestas;
no tuve, lo que tan solo,
da la familia en la tierra:
un hogar, amor, dos niños
ó tres, que la vida alegran.
Diez años, en fin, de hastío.
siempre con la cara vuelta
á España, y acá mandando
mis suspiros y mis quejas,
y diciendo: ¿á qué los mando?
Allá mis suspiros llegan,
y como nadie los coge,
cansados darán la vuelta.
Una vez, estuve á punto
de morir en una estrecha
habitacion de una fonda
mala de una triste aldea.
No me importa la muerte,
me importaba la manera
de morir: sólo veía
caras tranquilas y sérias.
Penetraban los criados
en mi habitacion, por fuerza,
y sin cuidado cerraban
siempre de golpe la puerta;
el doctor tomaba el pulso
maquinalmente, sus cuentas
echando, diciendo: esto
me vale diez mil pesetas;
á mi lado todo el dia
dormitaba la enfermera,
diciéndome en su actitud:
cuando acabes se te entierra,
á mí se me importa poco

que vivas ó que te mueras.
¡Cuánto tengo, hubiera dado
por mirar un rostro cerca
amigo, uno cariñoso
ó compasivo siquiera!
¡Nada, nada más horrible!
¡Morir en la indiferencia!
¡Feliz quien muere entre lágrimas,
porque esas lágrimas prueban,
que quiso y que fué querido,
que algo tuvo y que algo deja!

MAR. Andrés, deseche por Dios
esas lúgubres ideas.
Ha vuelto usted á su pátria,
tiene amigos que le aprecian
y una familia en nosotras.

VICT. Yo le quiero ya.

ANDRES. ¿De veras?
¡Y á más mi amigo Manuel,
mi hermano! ¿Dónde se encuentra?
Tengo unas ganas de verle.
¿No está en Madrid?

MAR. Está fuera.

ANDRES. ¿Dónde?

MAR. (Conmovida.) Muy léjos.

ANDRES. (¿Qué es esto?
¡Siempre la misma respuesta!)

MAR. Victoria... Luisa... un momento
dejadnos aquí.

ANDRES. (¡Las echa!)

MAR. Nos hemos dejado á Pepe
solo, dibujando letras.
Decidle que venga.

LUISA. Vamos.

MAR. Que le espera una sorpresa.

ANDRES. ¿Quién es Pepe?

MAR. Aquel Pepito
Sanchez.

ANDRES. ¡Ah, bribon, que venga!
(Salen por la izquierda.)

ESCENA XII.

MARIANA, ANDRÉS.

ANDRES. Mariana, en nombre del cielo.
Sea usted leal y sincera.
¿Qué me anuncian esos ojos
que de lágrimas se llenan?
Usted oculta á las niñas
algo horrible que sospecha
mi corazon. ¿Por qué todos
unánimes me contestan:
está muy léjos! ¿Ha muerto?
MAR. No ha muerto, ni Dios lo quiera.
ANDRES. Pues ¿qué sucede?
MAR. ¡Qué ha muerto
para mí!
ANDRES. ¿Cómo?
MAR. ¡Y para ellas!
ANDRES. ¿Separados?
MAR. Cuatro años
hace ya.
ANDRES. ¡Quién lo creyera!
¡Mariana, pobre Mariana!
Perdone usted mi torpeza.
He debido adivinarlo
y no con preguntas nécias
renovar la cruel herida
que su corazon encierra.
¡Manuel y usted! No es posible.
La más amante pareja
que se ha visto. Si es un sueño.
Perdone usted mi torpeza.
MAR. Perdonar á usted... ¿de qué?
Yo debí ser más ingénua
y escribirle la verdad,
pero me faltaron fuerzas.

ESCENA XIII.

DICHOS, PEPE.

PEPE. ¿Quién me llama? (Por la izquierda.)
ANDRES. ¿Es este Pepe?
¡El ídolo que veneran
aquí todos!
PEPE. ¡Es Andrés!
¡Vengan los brazos!
ANDRES. ¡Aprieta!
MAR. Con el permiso de ustedes
me voy á dar una vuelta
por la casa, que la hora
de la comida se acerca.
PEPE. ¿Ves? Mariana es el modelo
de las mujeres caseras.
ANDRES. Sin cumplido: soy de casa.
MAR. Hasta luego.
ANDRES. (¡Malas nuevas!)
(Mariana sale por la izquierda.)

ESCENA XIV.

ANDRÉS, PEPE.

PEPE. (Mirando á Mariana.)
¿Qué pasa? ¿Qué ha sucedido?
ANDRES. Yo he causado esa tristeza.
PEPE. ¿Tú?
ANDRES. Cometí la torpeza
de hablarla de su marido.
Pregunté: la ví turbada,
sin atrever á explicarse,
ví sus ojos empañarse.
PEPE. ¿Pero no sabías?
ANDRES. Nada.
Dejé alegres á los dos,
vengo de andar ambos Polos;
más ya que nos vemos solos
dí que ha pasado, por Dios.

¿Cómo tantas alegrías
en tal dolor se han trocado?

PEPE. Pues pasó lo que ha pasado
y pasa todos los dias.
Tú conociste á Manuel
y á ella desde edad temprana,
yo he conocido á Mariana
en plena luna de miel.
Eran pareja sin par,
de esos dulces y mimosos,
que de puro cariñosos
ni los puedes visitar,
porque al verla tan bonita,
amante, fuera de sí,
se olvida que está uno allí
el hombre y se extralimita.
Victoria al mundo llegó,
los dos de placer lloraron,
las campanas repicaron
y fuí el padrino yo.
¡Qué emociones, qué alegrías!
Á bautizarla corrimos
y aquel dia nos comimos
dos ó tres confiterías.
Pasó el tiempo y su crueldad
secó de Manuel el alma.
Tras la tempestad la calma,
tras el amor la frialdad.
Él conoció una gitana
más fea, ménos juiciosa
y más mala que su esposa,
y la prefirió á Mariana.
¿Por qué? Duda psicológica.
Hombre, porque era peor;
pues siempre rige en amor
el absurdo como lógica.
Sintió un nuevo frenesí,
con loca pasion se abrasa.
Él vivía en esta casa,
pero era un huesped allí.
Y cuando el año acababa
lanzado ya en esa vía,

era allí donde vivia
y aquí donde se hospedaba.
Y siguiendo á este compás,
un dia, harto de fingir,
allí se quedó á vivir
y no le hemos visto más.

ANDRES. ¿Será muy bella?

PEPE. En rigor
no es bella, es fascinadora.

ANDRES. Mas será mala y traidora.

PEPE. Que ha de ser mala, es peor.

ANDRES. Eso me pone gozoso.
Si es mala le hará sufrir
y llorar y maldecir.

PEPE. No, chico, vive dichoso.
Son dos venturosos séres,
el eden está allí dentro,
aquella casa es un centro
de alegrías y placeres.
Allí entre el lujo y el brillo
se vive siempre gozando.

ANDRES. Es verdad, te estoy hablando
cual puede hablar un chiquillo.
Sí: la experiencia adquirida
me dice con voz leal
que una cosa es la moral
y que otra cosa es la vida.
El malo sufre y espera
y se agita sin reposo,
el bueno vive dichoso:
ésta es la moral severa.
El hombre honrado y cabal
padece y llora su suerte,
el malvado se divierte:
ésta es la vida real.
Y pues de aquí mártir salgo
si á otros mundos no nos llevan,
donde á los malos los prueban
y á los buenos nos dan algo,
hemos hecho un disparate,
los hombres de honradez llenos,
que el ser buenos no es ser buenos,

es ser tontos de remate.

PEPE. Pues tal es la situacion,
todo lo que he presenciado.

ANDRES. ¡Cuántas veces he pensado
en esta oscura cuestion,
cuestion difícil, temible!
¿Qué vamos á hacer aquí?
Ir, convencerle... sí, sí,
eso no será posible.
¿Quién le llega al corazon?
Dejarlo así como está.
¿De esta mujer qué será
en tan falsa posicion?
Para salvarla del potro
¿hay otro medio? ¿Qué el brazo
de la ley rompa este lazo,
que ella pueda formar otro?
Al contemplarse enlazadas,
los dos vivos, ó dos séres,
¿qué pensarán las mujeres
si son honestas casadas,
si son amorosas madres,
qué se dirán en sus sueños,
de estas madres con dos dueños,
de estos hijos con dos padres?
Necesita esta cuestion
una solucion suprema,
más creo que es un problema
que no tiene solucion.

PEPE. En paz vive esta mujer
y esta casa en santa calma;
así pues, Andrés del alma,
calla y déjalo correr.

ESCENA XV.

DICHOS, RITA por el fondo.

RITA. La una ha dado y aquí estoy
con el almuerzo.
(Deja el almuerzo sobre la mesa.)

PEPE. Bien, Rita.
RITA. ¿Dónde está la señorita?
PEPE. En su gabinete.
RITA. Voy. (Sale por la izquierda.)
PEPE. Vamos, hombre, vuelve en tí
y charlemos. Voto á tal!
Aquel hombre tan jovial
¿se ha quedado por allí?
¿En qué piensas? No me place
ese silencio profundo.
ANDRES. Pensaba que en este mundo
hay quien paga el mal que hace.
Hay que ser agradecido,
Pepe, no dar por bien mal,
ser sobre todo leal.
PEPE. (Si me lo habrá conocido.)
Andrés, ¿por qué lo decías
con cara tan enfadada?
ANDRES. Por nada, chico, por nada,
son recuerdos de otros dias.

ESCENA XVI.

DICHOS, MARIANA, LUISA, VICTORIA. Entran por la izquierda.

VICT. Aquí llego la primera.
MAR. Se les invita á almorzar.
LUISA. (Á Pepe muy entusiasmada.)
¡Qué modo de dibujar!
PEPE. Es usted muy lisonjera.
(La gusto. Suerte tirana!
Esto es una carambola:
yo apunto á la madre sola
y siempre doy en la hermana!)
MAR. Nos sentamos sin cumplido.
(Se sientan Luisa y Victoria en los sillones laterales y Mariana en uno de los que están de frente al público.)
VICT. Pepe es de mi casa.
ANDRES. ¿Y yo?
¿Me quieres echar?

VICT. No.
MAR. No,
que es amigo muy querido.
ANDRES. ¿Me cedes tu silla?
VICT. Sí.
ANDRES. Gracias. Me siento á tu lado.
(Va á sentarse en el sillon vacío.)
VICT. (Deteniéndole.)
El sillon es reservado.
ANDRES. ¡Hola!
VICT. Este no es para tí.
ANDRES. ¿Pues para quién puede ser?
VICT. Es el sillon de papá.
Por si viene puesto está;
pero no quiere volver.
Siempre esperándole estoy.
Como tan léjos se fué.
MAR. Vamos, niña, cállate.
PEPE. (¿Á qué no se come hoy?)
LUISA. Siempre hablas sin ton ni son.
ANDRES. (Esta maldita chiquilla,
con esa charla sencilla
me ha partido el corazon!
Aquí una virtuosa madre,
una familia modelo,
aquí qué falta?... un consuelo,
una proteccion, el padre!
Él falta, pues voy por él.
Se lo arranco á la querida,
y le traigo. Á mi en la vida
me ha resistido Manuel!
Por divina inspiracion
sin duda á España volví.
Yo juro traerle aquí
y sentarle en su sillon!)
(Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala amueblada con extraordinario lujo: velador, en el centro, sillones, colgaduras, cuadros y bronces; puertas laterales y en el fondo, á la izquierda piano: sobre el mismo un gran espejo.

ESCENA PRIMERA.

PURA, JUANA, es de noche: quinqué sobre la mesa

PURA. El peinado está fatal.
Así, ¿quién le lleva ahora?
Despedí la peinadora
y usted me peina muy mal.
¿Y el guante? ¡Qué sans façon!
¿Sin tres botones iré?
Vamos, si no sabe usté
ni pegar un mal boton.
Le ha echado encima el tintero
al país de mi abanico:
ha quebrado usted el pico
al pájaro del sombrero:
me ha roto la delantera
y el volante de la falda,
y ha perdido la esmeralda,
y el rubí de la pulsera.
En fin, es usted preciosa

para una casa decente:
respondona, impertinente,
desmañada y perezosa.

JUANA. (Vamos; sí, pintiparada
á tí, de la misma cría;
pero tú llegaste á usía
y yo me quedé en criada.)

PURA. ¿Qué dice usted? Hable claro.

JUANA. Pero si callada estoy.

PURA. Váyase usted.

JUANA. (Si me voy
por no soltarla un descaro.) (Sale por el fondo.)

PURA. Siempre torpes y pesados,
y una siempre dando gritos.
Estos criados malditos
son enemigos pagados.

ESCENA II.

PURA, MANUEL por el fondo.

MANUEL. ¡Pura!

PURA. ¡Manuel! vida mia!
Hoy consigo verte al fin.
¿Dónde has estado, monin?

MANUEL. Ocupado todo el dia.
Hablando, tomando apuntes,
en la Bolsa, en el café.
Así el tiempo se me fué.
¿Y tú?

PURA. No me lo preguntes.
Andante sin variaciones
mi vida es, no tengo enmienda,
de una tienda en otra tienda
corriendo mis estaciones.
En una tienda sentada
regateo con furor,
llenan todo el mostrador,
y al fin, me marcho sin nada.
En otra de mas abajo
entramos cien importunas,
y murmuramos las unas
de las otras por lo bajo.

Aquí me gusta un adorno,
allá me agrada un encaje,
allí, un hortera salvaje
me requiebra y me abochorno.
Azahar me vende Borrell;
Marabini unos aretes;
llego al Español, billetes;
paso por Lhardy, un pastel.
Esto quiero, esto no quiero,
esto no y aquello sí,
picando de aquí y de allí,
quedándome sin dinero.
Gastar son nuestros placeres,
y en ello mi dicha fundo,
¿y á qué vinimos al mundo
sino á gastar la mujeres?

MANUEL. Me seduces por lo franca.
PURA. Siempre fuí de las sinceras.
MANUEL. Gasta todo lo que quieras,
porque tienes carta blanca.

ESCENA III.

DICHOS, RAMON, JUANA por el fondo.

JUANA. Señorita... (Con una carta.)
RAMON. (Con un papel.) Don Manuel...
PURA. ¿Qué quieres?
MANUEL. No te he llamado.
JUANA. Trajo esta carta un criado.
RAMON. Y una chica este papel.
(Entregan las cartas y salen por el fondo.)
MANUEL. Pura, esto es de mal agüero.
PURA. ¿Qué me escribirán ahora?
MANUEL. Con su permiso, señora.
PURA. Le tiene usted, caballero. (Leen para sí.)
¡Dios mio! ¡Qué pesadez!
MANUEL. ¡Jesucristo! ¡Dios me asista!
PURA. ¡La cuenta de la modista!
MANUEL. ¡El tapicero otra vez!
PURA. Siempre á la puerta llamando

y pidiendo con furor.

MANUEL. Que tengan calma, señor.
Ya se les irá pagando.

PURA. ¡Cuántas cartas! ¡Qué agonías!
Todos los dias me espera.

MANUEL. Pues como si uno tuviera
dinero todos los dias.
Habrá que andar á sopapos.
¡Qué insolente!

PURA. ¡Qué pesada!

MANUEL. Y todo: ¿por qué?

PURA. Por nada.

MANUEL. Cuatro muebles.

PURA. Cuatro trapos.
Eso sí; lo hace tal cual.
El vestido es primoroso.

MANUEL. En ese cuerpo precioso
nada puede sentar mal.

PURA. ¿De veras? ¿Tan bella estoy?

MANUEL. ¡Digo!

PURA. Pues más lo estaré
con algo que yo me sé.

MANUEL. Vamos, la compra de hoy.

PURA. (Presentando un hermoso estuche.)
Contempla lo que he traido.
¡Qué pendientes, qué cambiantes,
qué luces!

MANUEL. ¡Muy elegantes!

PURA. Dos mil duros me han pedido.

MANUEL. ¿Dos mil?

PURA. El precio no asusta.

MANUEL. No tal.

PURA. Bien se pueden dar.
No quise regatear.

MANUEL. ¿Y para qué?

PURA. No me gusta.
Este brillante es muy grande
y su valor representa.
Ya nos mandará la cuenta
cualquier dia.

MANUEL. Que la mande.
(Deja el estuche.)

PURA. ¿Qué hora ya?
MANUEL. Las nueve son.
Tu tertulia irá viniendo.
PURA. Ya pueden ir encendiendo.
MANUEL. Es verdad.
PURA. (Llamando.) ¡Juana!
MANUEL. (Id.) ¡Ramon!

ESCENA IV.

DICHOS, JUANA, RAMON por el fondo.

MANUEL. ¿Vendrá don Pedro?
PURA. Lo espero.
JUANA. Señorita...
PURA. Juana, empieza
á encender.
(Juana va encendiendo los candelabros que habrá sobre los entredoses.)
RAMON. ¡Ah! ¡qué cabeza!
Don Manuel, un caballero
vino dos veces ó tres.
Le dije que recibía
tan sólo de noche usía.
Dejó su tarjeta. (Se la entrega.)
MANUEL. (Leyendo.) ¡Andrés!
En cuanto venga hazle entrar
no esté enfadado conmigo.
PURA. ¿Y quién es?
MANUEL. Aquel amigo
de quien me has oido hablar,
aquel tipo tan famoso.
PURA. ¿El que á América se fué?
MANUEL. ¡Con qué gusto le veré!
Dicen que está poderoso.
(Salen por la izquierda.)

ESCENA V.

JUANA, RAMON.

RAMON. Me llevaré el paletót

que se dejó en la butaca.
Aquí tiene la petaca.
Juana no vé... Aquí estoy yo.
Las brevas de don Manuel
son de lo mejor que ví.
Hay cuatro: dos para mí,
las otras dos para él. (Hace lo que indica.)

JUANA. (Acabando de encender.)
Con tanta luz la maldita
bien puede lucir el traje.
(Encuentra un pañuelo sobre una butaca.)
Calla, un pañuelo de encaje.
Lo olvidó la señorita.
Pues ya ha encontrado acomodo.
Por uno así he suspirado.
Me lo guardo... está tirado... (Lo hace.)
¡Qué mujer!... ¡Lo pierde todo!

RAMON. Muchacha, ¿qué haces ahora?

JUANA. ¿Qué haces tú, fiel servidor?

RAMON. Yo ayudando á mi señor.

JUANA. Yo sirviendo á mi señora.

ESCENA VI.

DICHOS, PEPE por el fondo.

PEPE. Muy buenas noches.

JUANA. Felices.

RAMON. Téngalas usted muy buenas.

JUANA. ¿Aviso á la señorita?

PEPE. No, que estará en conferencia
con el espejo. Aquí espero.
Ya saldrán.

RAMON. Como usted quiera.
(Salen por el fondo.)

ESCENA VII.

PEPE.

Tiempo hace que no venía
á esta casa. Me molesta

estar aquí, no es mi centro,
estoy mal, triste, á la fuerza,
estoy porque debo estar,
por cumplir una promesa.
Esta atmósfera me ahoga,
este lujo me subleva.
Mi sitio es otro: allá, léjos,
aquel edén con tres Evas
y un Adan, y sin serpiente
y con fruta de la buena,
de la prohibida, la fruta
más codiciada en la tierra.

ESCENA VIII.

PEPE, ANDRÉS.

ANDRES. (Desde la puerta del fondo.)
Espero: no tengo prisa.
¡Pepe!
PEPE. ¡Andrés!
ANDRES. Tú. ¡Qué sorpresa!
PEPE. ¿Y la mia?
ANDRES. ¿Tú á qué vienes?
PEPE. ¿Y tú? Responde.
ANDRES. Contesta.
PEPE. Yo vengo, por ser muy bueno,
chico, dicho sin modestia.
Un dia encontré á Mariana
abatida, triste, enferma.
Me llamó amigo, Pepito,
y me sentó á su derecha,
y me dijo: ¿quién pudiese
saber en dónde se encuentra
Manuel, qué piensa, qué quiere,
si se va cansando de ella,
si puede haber esperanza
de que un dia se arrepienta,
y si se acuerda de mí
y de la pobre pequeña?
¡Y me apretaba la mano!...

Yo comprendí la indirecta:
tomé el sombrero, salí
de aquella casa, entré en ésta,
ví cuanto aquí sucedía,
abrí unos ojos de á tercia,
salí con el corazon
del tamaño de una almendra,
y la conté lo que pude,
y la dije: Sí se acuerda
de ustedes... ¡una mentira
que Dios no me tome en cuenta!
Á otra visita la dije:
francamente no se acuerda;
y otro dia que la ví
más tranquila, más serena,
la dije: ¡aquello está mal,
aquello no tiene enmienda!
Y así me paso la vida
desde la ceca á la meca;
de allí trayendo suspiros,
de aquí llevando miserias,
desengaños y locuras,
haciendo en esta comedia
un papel sin lucimiento,
porque Mariana es muy buena,
y yo más, y porque yo
nací para complacerla.
¿Pero tú, Andrés?

ANDRES. ¿Á qué vengo?
Yo vengo á cosa más séria,
porque yo no ando en papeles
ni hago las cosas á medias.
Aquí vengo como juez,
á llamarle á mi presencia,
á echarle en cara sus culpas,
sus traiciones, sus vilezas,
á pegarle, si es preciso,
á cogerle de una oreja
y llevármele á su casa
y arrodillarle ante ella,
y hacer que pida perdon
y que humille la cabeza.

á volver á aquella casa
el hombre en quien todas piensan.
Yo soy bueno como tú,
más no cual tú, á mi manera:
no he perdido nunca el tiempo
en rodeos ni indirectas:
soy bueno, pero con bríos,
bueno, pero sin flaquezas,
que tengo en el cuerpo nervios
y tengo sangre en las venas,
y traigo en el corazon
el fuego del sol de América.

PEPE. ¡Cómo! ¿Vienes á arrancarle
de aquí de grado ó por fuerza?

ANDRES. Vengo á obligarle á ceder.

PEPE. ¡Y si cede te le llevas!

ANDRES. Y si cede me le llevo.

PEPE. ¡Ay! ¡Dios del cielo! ¡Qué idea
tan absurda! ¡Pobre casa!
¡Andrés, Andrés, no nos pierdas!

ANDRES. ¡Cómo!

PEPE. ¡Eso es un disparate!

ANDRES. ¿Disparate?

PEPE. ¡Sí, tú sueñas,
tú deliras!

ANDRES. ¿Y el honor
de aquella casa deshecha?

PEPE. Y si la deshonra es él
tú la deshonra las llevas.

ANDRES. ¿Y la paz de la familia?

PEPE. La paz... si ese hombre es la guerra.

ANDRES. Pero sin él...

PEPE. Sin él viven
tranquilas, si no contentas.
Con él no serán dichosas,
y sin él lo son á medias.
Andrés: tú no le conoces
y la situacion no aprecias.
Yo fui niño á aquella casa
y mi familia es aquella:
si los quieres, en cariño
no es posible que me venzas.

Ese hombre es un miserable,
y si en llevarle te empeñas
martirizará á Mariana,
que se morirá de pena;
echará de casa á Luisa,
su cuñada á quien detesta;
y hasta pegará á la niña,
y no por la vez primera,
á la niña, á ese manojo
de claveles y azucenas
que no ha venido á este mundo
á pasar la pena negra,
sino á recibir riendo
mimos, caricias y fiestas,
¡y para jugar conmigo
al corro y á las muñecas!

ANDRES. Vamos, eres un chiquillo
de endeble naturaleza,
dominado por los nervios
como señorita histérica.

PEPE. ¡Ah! ¿Conque no cedes?

ANDRES. No.

PEPE. Pues te declaro la guerra.

ANDRES. ¿Vas á luchar?

PEPE. Tú á llevártele,
pues yo á que no te le llevas.

ANDRES. Espera que hable con él.

PEPE. Aguarda que hable con ella.

ANDRES. ¿Cómo con ella?

PEPE. Con Pura.
La cuento no bien la vea
lo que te propones.

ANDRES. Pepe,
¿será posible?

PEPE. Y te echa.
Por supuesto, estoy tranquilo.
Él no se marcha. Te ciega
el orgullo. Él ha encontrado
su verdadera pareja.

ANDRES. Traigo un talisman aquí
que decide la contienda.

PEPE. ¿Un talisman?

ANDRES. Un retrato.
Me sigue como una oveja
en viéndole: mírale.
(Saca la cartera y le enseña el retrato de Victoria.)
PEPE. (Suspirando.)
¡Pobre Victoria, tan bella,
tan mona, tan delicada!
ANDRES. ¿Te convences?
PEPE. Ni por esas.
ANDRES. Pues á luchar.
PEPE. Á luchar.
ANDRES. ¡Pobre de tí!
PEPE. ¡Pobres de ellas!
Sólo una súplica, Andrés,
por el cielo, la postrera.
¡No precipites las cosas,
interroga, mira, observa,
y si por fin te decides,
que sea lo que Dios quiera!

ESCENA IX.

DICHOS, MANUEL por la izquierda.

MANUEL. ¡Andrés!
ANDRES. ¡Querido Manuel!
Chico, qué bueno te encuentro.
MANUEL. No estoy mal.
ANDRES. Si no has cambiado.
MANUEL. Tú tampoco.
ANDRES. Algo más viejo.
PEPE. ¿Y Pura?
MANUEL. En el gabinete.
PEPE. ¿Se puede entrar?
MANUEL. Sí por cierto.
PEPE. Entónces allá me voy
y aquí tranquilos los dejo
para que den expansion
á sus mútuos sentimientos.
(Sale por la izquierda.)

ESCENA X.

ANDRÉS, MANUEL, se sientan.

MANUEL. ¿Conque Andresillo, qué tal?
Todos me dicen que has hecho
entre los malditos yankees
un capitalazo inmenso.
ANDRES. Si, caprichos de la suerte,
de ese genio maquiavélico,
el de más mala intencion
que existe en el universo.
Si fuese un hombre casado
cargado de hijos, de nietos,
no tendría una peseta
y siempre estaría enfermo,
y rabiaríamos de hambre
en una bohardilla en cueros;
pero como libre soy,
sin mujer, hijos, ni deudos,
en donde puse la mano
brotó un manantial soberbio
de plata, y aquí me tienes
rico, feliz, sano y bueno.
¿Y tú, querido Manuel?
MANUEL. Estoy tal cual de dinero;
pero vivo muy feliz.
ANDRES. ¿Feliz?
MANUEL. ¡Contento!
ANDRES. ¿Contento?
MANUEL. (Con desenfado.)
He encontrado una mujer
encantadora, un modelo
de gracia, de gentileza,
de belleza y de talento;
uno rueda por el mundo
dando traspieses y vuelcos
sin encontrar su mitad,
equivocando los frenos
y en el sitio más extraño.
cuando ménos lo creemos

se vé una cara, se escucha
una voz que llega dentro
del alma, y se exclama: ¡es esta!
sin vacilar; y en efecto,
es aquella; se ven, se unen,
unidos para *in eternum*!
Entre nosotros jamás
ni el disgusto más pequeño,
los mismos gustos, los mismos
caprichos, el mismo génio.
Ahora verás el retrato,
verás un rostro hechicero,
y luégo el original
que es mucho mejor.
(Se levanta y va al velador á traer el álbum.)

ANDRES. (Asombrado.) (¿Qué es esto?
Habla cual si fuera libre,
como estudiante ligero,
que de la primer querida
se envanece. Ni un recuerdo
de sus hijos, de su casa,
ni una excusa por sus yerros.)

MANUEL. (Trayendo el álbum.)
Mírala. No es mal retrato.
¡Ves qué cara, ves qué cuerpo!
Ella te conoce mucho.
En las veladas de invierno
juntos á la chimenea,
mil veces se pasó el tiempo,
contando del buen Andrés
las rarezas y los hechos.
Nosotros pensando en tí,
miéntras que tú, mal sujeto,
no pensabas en nosotros
de seguro, sé sincero.

ANDRES. Hombre, en ella, francamente
no pensaba, lo confieso.
Cómo no la conocía
no era fácil.

MANUEL. ¡Qué chancero!

ANDRES. Pero en vosotros pensaba,
de vosotros ni un momento

me olvidé, porque vosotros
fuísteis mi familia un tiempo,
y por vosotros viví
y por vosotros he vuelto,
y por vosotros estoy
muy triste, Manuel! (Yo creo
que el vosotros está claro,
si es que desea entenderlo.)
Cuando en el vapor venía
ansiando llegar al puerto,
siempre sobre la cubierta
las anchas olas me vieron;
y en una terrible noche,
en un temporal deshecho,
piedad le pedía á Dios
y no morirme sin veros,
y besaba un talisman
que siempre llevo en el pecho.
(¡Ahora le saco el retrato
de la chica y ya veremos
si es de piedra ó si es de carne!)

MANUEL. ¿Un talisman?
ANDRES. ¿Quiéres verlo?
MANUEL. ¡Una reliquia! ¡Ahora místico!
ANDRES. Quizás. ¿Quiéres verla?
MANUEL. Bueno.

(Se oye dentro voces de gente que disputa.)

ESCENA XI.

DICHOS, SEBASTIAN, RAMON por el fondo. Ramon deteniendo á Sebastian.

MANUEL. ¿No escuchas voces, Andrés?
ANDRES. Uno que grita colérico.

(Sebastian entra en escena rechazando á Ramon.)

RAMON. ¡Que no se puede pasar!
SEBAST. Yo te digo, que si puedo.
RAMON. ¡Fuera!
MANUEL. ¿Quién grita?
SEBAST. Yo soy.
MANUEL. (¡El maldito tapicero!)

SEBAST. ¡Que no paso!
MANUEL. Vete tú. (Sale Ramon.)
SEBAST. Sí, que se vaya, no es bueno
que me oiga, porque á decir
cuatro claridades vengo.
Ya he escrito cincuenta cartas
y he dado cien mil paseos,
y no he recibido un cuarto
y vengo por mi dinero.
¡Trabajo para mis hijos! (Muy violento.)
ANDRES. (¡Bonita escena presencio!)
SEBAST. ¿Á qué viene tanto lujo,
tanto raso y terciopelo
y damasco? ¡Todo es mio!
¡Me lo paga ó me lo llevo,
tramposo!
MANUEL. (Yendo á él.) ¡Canalla!
ANDRES. (Interponiéndose.) ¡Tente!
SEBAST. ¡Tramposo!
ANDRES. En nombre del cielo!
MANUEL. (Cogiendo una silla.)
Á que te rompo esta silla.
SEBAST. ¡Paguémela usted primero!
y despues ya se verá
quién le rompe á quién un hueso.
ANDRES. ¡Vamos, señores, por Dios!
Prudencia, calma, silencio.
Porque se haya retrasado
en pagar es muy violento
entrar así.
SEBAST. Lo será,
pero dos años espero.
ANDRES. Está bien: este señor
cumplirá.
SEBAST. Todo el invierno
está diciendo lo mismo.
ANDRES. Esperaba mi regreso.
En mi casa tiene fondos.
SEBAST. ¡Fondos él!
ANDRES. Y además crédito.
Esa es mi tarjeta.
SEBAST. ¿Y qué?

ANDRES. Mañana á las diez le espero.
Quedará pagado.
SEBAST. ¿Sí?
(Hasta verlo, no lo creo.)
ANDRES. Mañana.
SEBAST. Está bien: usted
me parece un caballero,
que lo que es el otro. Iré
mañana temprano; pero
si no me pagan, vendré
otra vez, que yo soy terco.
Así viven en Madrid
más de cuatro y más de ciento
como duques, y yo pago
el ducado!
ANDRES. Basta, bueno.
MANUEL. Váyase usted.
SEBAST. Ya me voy.
¡Sí, mucho tono y ni un céntimo!
(Sale por el fondo.)

ESCENA XII.

ANDRÉS, MANUEL.

MANUEL. Gracias, chico, me has sacado
de un apuro no pequeño.
Estos comerciantes son
miserables usureros.
ANDRES. Ya sabes que yo por tí...
MANUEL. Á darte las gracias vuelvo.
ANDRES. ¿Pero es posible, Manuel?
¡Pero en qué estado te veo!
¿Qué ha sido de aquel amigo
que tuve, tan caballero,
si de cabeza ligera,
de noble y honrado pecho?
¿Qué hizo de tí una mujer,
cómo te llenó de cieno,
de lodo?
MANUEL. ¡Basta por Dios!
Deja el sermon: te lo ruego.

Tú no eres un mentecato
y yo no he nacido nécio,
¿cómo no me has comprendido
si yo te entendí muy luégo?
Si al penetrar en mi casa
te adiviné el pensamiento
y comprendí que venías
á hablar de asuntos añejos,
¿cómo no entendiste tú
que hay cosas de que no quiero
hablar, de que no permito
que hable ni el que más respeto?
¿No viste que te corté
la palabra, que sin miedo
y con audacia y descaro,
sin excusas ni rodeos
te plantée la cuestion
sin el menor miramiento?
¿Y esto qué quiere decir?
Que soy un hombre de hierro
convencido y decidido
y que lo hecho está hecho.
Dejemos, pues, la cuestion,
mi querido Andrés, y hablemos
de otro asunto, que este enoja.
Enséñame ese amuleto
que te ha salvado la vida.

ANDRES. No, chico, no te le enseño.
Más adelante quizás.
Por hoy no mereces verlo.

MANUEL. Vamos, anímate, hombre, (Riendo.)
y no te quedes suspenso.

ANDRES. (Si Pepe tendrá razon...
No, yo prosigo en mi empeño.)

ESCENA XIII.

DICHOS, D. PEDRO, el BARON por el fondo.

PEDRO. ¡Oh, mi querido Manuel!

MANUEL. Felices noches, don Pedro.
Usted siempre tan constante

en mi casa.

PEDRO. Le presento
un íntimo amigo mio,
el Baron de Monterégio.

MANUEL. Tengo muchísimo gusto,
señor mio.

BARON. Yo celebro
la ocasion.

PEDRO. Le conocí
en Italia; más, ¡qué veo!
(Reparando en Andrés.)
¿Cómo está usté, amigo mio?

ANDRES. Bien, ¿y usted?

PEDRO. Vaya, sin vernos
tanto tiempo. Y está usted
más jóven; pero suspenso
me mira... ¿no me conoce?

ANDRES. Francamente, no recuerdo.

PEDRO. ¡Don Pedro, buena memoria!

MANUEL. Sí, don Pedro.

ANDRES. ¡Ah! sí don Pedro.
Si yo tengo una cabeza...

PEDRO. Bien se ve.

ANDRES. ¡Cuánto me alegro!
Usted sí que se conserva
tan fuerte, tan corpulento.

PEDRO. Y con el humor de siempre.

ANDRES. El humor de aquellos tiempos.
Vaya con don Pedro, vaya.
(Pues no sé quién es don Pedro.)

PEDRO. ¿Y Pura?

MANUEL. En su gabinete.

PEDRO. Sí, consultando al espejo.
Siempre la misma: muy buena,
y cariñosa en extremo,
pero un poquito coqueta,
aunque usted se ponga sério.
Cuántas veces le decía
á su padre: este muñeco
será hermoso; mas será
muy vanidoso; y el viejo
me decía: capitan,

capitan, no murmuremos;
y ella me daba un pellizco
y yo la largaba un beso.

ANDRES. (Vamos, es un militar.
El aire es muy desenvuelto
y muy marcial, pero tiene
una cara y un aspecto...)

ESCENA XV.

DICHOS, PURA y PEPE por la izquierda.

MANUEL. Ya está aquí.
BARON. ¡Qué encantadora!
MANUEL. (Á Andrés.) Ven y serás presentado.
Andrés, de quien ya te he hablado.
Mi señora.
ANDRES. (¡Su señora!)
PURA. Siendo amigo de Manuel
lo es mio desde este instante.
ANDRES. Tanto honor...
PEDRO. Siempre elegante.
PURA. (Conque tú vienes por él.)
PEPE. (Se quedó de asombro lleno.)
ANDRES. (Su señora, ¡y la presenta
con tal calma!)
PURA. (Á D. Pedro y el Baron.) ¿Qué se cuenta?
¿Qué hay, señores?
BARON. Poco bueno.
PEPE. (Bajo.) (Perdóname, Andrés. He sido
un loco, fué un frenesí.)
ANDRES. (¿La has dicho á qué vengo?)
PEPE. (Id.) Sí,
pero estoy arrepentido.
Un vértigo me cegó
y cedí por un momento,
quizás á un mal sentimiento;
(más tú le has hablado?)
ANDRES. (Bajo.) Aun no.
Será cosa que te asombre,
quise hablar y enmudecí.
Yo no sé qué encuentro aquí.

Díme, ¿quién es ese hombre?)

PEPE. ¿Quién? No lo sé, francamente.
Víste como un caballero,
parece tener dinero
y ser persona decente;
mas si preguntas, diré:
es de seguro un bribon;
mas si dices: ¿qué razon?
te contesto: no la sé.

ANDRES. En esa figura extraña
algo siniestro no vés?

PEPE. Sin duda. (Bajo.)

ANDRES. Ese otro, ¿quién es?

PEPE. Es uno que le acompaña.

ESCENA XVI.

DICHOS, RUPERTO, JACOBO. por el fondo.

RUP. Buenas noches.

MANUEL. Ya creía
que faltaban.

JACOBO. No por cierto.

PURA. ¡Oh! mi querido Ruperto,
Jacobo.

RUP. Señora mia...

PEDRO. ¿Y de dónde hasta este Eden
vienen?

JACOBO. Del Real, señor mio.
Yo le dije á este ¡me hastío!
Y el me dijo: yo tambien.
Yo le dije: ¿vamos ya?
Y él me dijo: ya nos vamos.
Yo le dije: ¿dónde andamos?
Y él me dijo: lo mismo da.
Yo le dije: á ver á Pura.
Y él me dijo: con placer.
Yo le dije: ¡Qué mujer!
Y él me dijo: ¡Qué criatura!
Tomamos una berlina
y subimos la escalera,
él diciendo: qué hechicera!

Yo diciendo: ¡qué divina!
PURA. ¡Oh! señores, por favor:
no sé cómo contestar.
PEDRO. Estos pollos han de estar
siempre de tan buen humor.
ANDRES. (¿Qué tipos?) (Bajo á Pepe.)
PEPE. (Bajo.) Si, desperdicios
del mundo, género huero,
con juventud y dinero,
y sin vergüenza y con vicios.
Lucida tertulia, Andrés.
ANDRES. Mezcla como nunca ví;
pero: ¿á qué vienen aquí?
PEPE. Eso lo verás despues.
MANUEL. (Á Jacobo y Ruperto.) Vengan y saludarán
á un antiguo amigo mio. (Presentándolos.)
Los señores de Riofrio,
mi amigo Andrés Almazan.
RUP. Tanto gusto.
ANDRES. La honra es mia.
MANUEL. ¿Qué tal la ópera?
RUP. Muy mal:
está perdido el Real.
JACOBO. No hay cantantes en el dia,
ni uno, en otro tiempo... ¡Oh!
ANDRES. (Bajo á Pepe.) ¿Este de qué tiempo fué?
PEPE. De que tiempo, no lo sé,
más de todo tiempo no.
(Andrés, Manuel, Pepe, el Baron, Ruperto y Jacobo forman un grupo á la derecha.)
PEDRO. (Acercándose á Pura.)
Pura.
PURA. (Bajo.) ¿Qué quieres?
PEDRO. ¿Qué quiero?
Cosa que á la vista salta,
dinero que me hace falta.
PURA. Pues yo no tengo dinero.
PEDRO. ¿Y de dónde esta elegancia?
¿Vas á indisponerte así
por cosa tan baladí,
con tu amigo de la infancia?
PURA. ¡Tú mi amigo, tú malvado!

PEDRO. En otro tiempo lo has sido.
Niega que me has conocido.
PURA. ¡Te conozco demasiado
y ser tu amiga no puedo.
y aquí no debes estar!
PEDRO. ¿Por qué me dejas entrar,
dí?
PURA. Porque te tengo miedo.
PEDRO. Pues dinero quiero yo
y para lograrlo vengo.
PURA. Te digo que no lo tengo.
PEDRO. Lo buscaré.
PURA. Búscalo.
(D. Pedro se separa de Pura y se acerca al grupo de los hombres.)
RUP. Aquí hay muy poca aptitud,
si fuese en Italia, sí.
¡La pátria del canto!
PEDRO. Allí
pasé yo mi juventud.
BARON. Yo por una cantatriz
con quien tuve un amorío
en Italia, en desafío
me gané esta cicatriz,
y aunque me encontraba mal
á España volví escapado,
porque él quedó atravesado
de una estocada mortal.
ANDRES. (Es un duelista.)
BARON. Era hermosa
y me pagó su desdén.
PURA. (Llamándole aparte.)
¡Manuel, ven!
MANUEL. ¿Qué quieres?
PURA. Ven.
MANUEL. ¿Qué tienes? ¡Estás nerviosa!
¡Agitada!
PURA. No he de estar.
MANUEL. ¿Por qué me miras así?
PURA. Ese hombre, ¿á qué viene aquí?
MANUEL. ¿De quién me quieres hablar?
PURA. De Andrés, de ese que ha llegado.

MANUEL. Es un amigo querido,
viene á verme.
PURA. No, ha venido
á arrancarte de mi lado.
MANUEL. ¡Eso, jamás! Miéntras viva
seré tuyo. ¡Qué demencia!
PURA. Me han dicho que su influencia
es sobre tí decisiva.
MANUEL. Si yo olvidarte no puedo.
Desecha esas aprensiones.
PURA. ¡Ay Manuel, no me abandones!
¡tengo miedo, tengo miedo!
(Se desmaya en los brazos de Manuel.)
MANUEL. ¡Pura! ¡por Dios! ¡Qué locura!
PEDRO. ¿Qué pasa?
JACOBO. ¿Qué ha sucedido?
PEPE. ¿Qué tiene?
MANUEL. Perdió el sentido.
PEDRO. Es tan nerviosa esta Pura.
MANUEL. ¡Ramon, Juana, pronto aquí!
PEDRO. ¿Por qué ha sido?
MANUEL. No lo sé.
RAMON. Señorito. (Entrando.)
JUANA. Llama usté. (Id.)
ANDRES. No es nada: ya vuelve en sí.

ESCENA XVII.

DICHOS, JUANA, RAMON.

MANUEL. ¿Cómo te sientes?
PURA. Me siento
mejor. Gracias.
PEDRO. Mas ¿qué ha sido
esto?
PURA. Tan solo un vahido
que se me pasó al momento.
PEDRO. Un mareo, es consiguiente.
Hace aquí un calor horrible
y una atmósfera imposible.
¡Tanta luz y tanta gente!

Y como es chico el salon...
Tantas luces ¿para qué?
Tú, Juana, apaga el quinqué,
tú el candelabro, Ramon.
(Juana apaga el quinqué, Ramon los candelabros; sólo queda un candelabro con dos ó tres luces sobre el velador.)
Y abrid la puerta de entrada
que entre aire en los corredores,
y no fumemos, señores,
por Dios, que está delicada.

PEPE. (Bajo á Andrés.)
¡Has visto que actividad!
Cómo manda. ¡De qué modo!

ANDRES. (Id.) De este hombre me inquieta todo.
hasta la amabilidad.
(Salen Juana y Ramon.)

ESCENA XVIII.

DICHOS, ménos JUANA y RAMON.

PURA. Siento mucho, francamente,
turbar asi la alegría.

JACOBO. Nosotros, señora mia,
sentimos el accidente.

RUP. Los amigos la adoramos.

PURA. Hoy sin algunos nos vemos.

MANUEL. Faltan, pero pasaremos
la noche como podamos.

PEDRO. ¿En qué se podrá pasar?

MANUEL. Pues... en cualquier distraccion

PEPE. (Bajo.) Andrés...

ANDRES. ¿Qué?

PEPE. (Id.) Mucha atencion.

JACOBO. Hombre, podemos jugar.

BARON. Es una soberbia idea!

PEPE. Un tresillo.

RUP. No señor.

PEDRO. Jugar al monte es mejor.

MANUEL. Yo tallo mil duros.
BARON. Sea.
PEPE. (Bajo á Andrés.)
Ahora ya estás enterado.
ANDRES. Yo no, ¿qué es esto?
PEPE. Estás ciego.
Esto una casa de juego
con cierto tinte dorado
ANDBES. ¡Está dejado de Dios
ese hombre!
PEPE. (Bajo.) Sí es un canalla.
Ella le anima y el talla,
y de esto viven los dos.
Los pollos y ese que ves
son los que todo lo pagan:
los reciben, los halagan,
y los despluman despues.
ANDRES. ¿Y el que presentó al Baron?
PEPE. Ese Bayardo sin mancha,
ese es el que los engancha
y el que los trae al salon.
ANDRES. No me dijiste imprudente
que quién es ese ignorabas?
PEPE. Á ver si lo adivinabas,
pero eres muy inocente.
MANUEL. Andrés... Pepe...
PEPE. Con placer.
ANDRES. No, te lo prohibo yo.
PEPE. Uno de los dos, si no
¿qué papel vamos á hacer?
ANDRES. ¿Jugarás?
PEPE. De mala gana.
Á lo que veo me ajusto.
ANDRES. Pero perderás.
PEPE. Con gusto
¡por complacer á Mariana!
ANDRES. (¡Cómo ha bajado al abismo!
¡Este hombre no tiene excusa!)
JACOBO. ¡Hoy me va á soplar la musa,
digo la suerte!
PEPE. Es lo mismo.
(Manuel baraja: el Baron, D Pedro, Ruperto, Ja-

cobo y Pepe, se agrupan en derredor de la mesa: Andrés á alguna distancia sigue los accidentes del juego: Pura se sienta al piano, toca interrumpiéndose, y en el espejo colocado encima observa á los jugadores.)

PURA. . (Mirando con ansiedad y tocando.)
(Ya han empezado á jugar.
¿Ganará mucho esta noche?
El alquiler de mi coche
no se ha podido pagar.
¡El corazon se me salta!
Siento una horrible zozobra.
Estos son ricos, les sobra
todo lo que á mí me falta.
El momento ya ha llegado.
¡Es una puesta crecida!
(Levantándose y mirando al espejo.)
Tengo pendiente la vida
de esa carta... ¡Hemos ganado!)
(Se sienta y toca con animacion.)

ANDRES. (Mirando.)
(¡Qué vicio tan repugnante!
Todos tristes, cavilosos,
arrebatados, nerviosos,
con descompuesto semblante.
Teniendo sus ojos fijos
ahí, en la ánsia de ganar,
para ellos no existe hogar,
ni esposa, ni madre, ni hijos.
La pasion de las pasiones
y la más negra pasion.
Las cuarenta cartas son
otros tantos escalones,
que se bajan sin trabajo
cuando á bajar se comienza:
arriba está la vergüenza,
¡el presidio está allá abajo!
Y no las maneja mal
mi amigo. Vaya si es diestro.
Lo que se llama un maestro.
Va ganando un dineral
y lo gana en buena ley.

¡Qué puesta! ¡Valiente y franca!
¡Si es la sota, adios la banca!
Si sale el rey...

PEDRO. (Respirando.) (Salió el rey!)

PURA. (Por esta parte vencí.
Ya podemos respirar.
Ahora es necesario echar
á este enemigo de aquí.) (Se levanta.)

ANDRES. (¿Qué puedo ya hacer ahora?
La razon de Pepe ha sido.
Este es un hombre perdido,
lo es.)

PURA. Señor mio...(Acercándose á Andrés.)

ANDRES. Señora.

PURA. ¿Conque usted no juega, Andrés?

ANDRES. Nunca me gustó jugar.

PURA. Como yo. Prefiero hablar
con amigos.

ANDRES. Mejor es.

PURA. Usted gran amigo ha sido
de Manuel.

ANDRES. Sí que lo fuí.
De niño le conocí,
como á hermano le he querido.

PURA. Mil veces me habló de Andrés.
Me dijo: es hombre excelente,
pero es hombre francamente
muy franco.

ANDRES. Sí, Aragonés.

PURA. Carácter que no me asusta.
Tambien por naturaleza
yo nací de una franqueza
que sorprende.

ANDRES. Así me gusta.

PURA. Y pues tan juntos nos vemos,
y francos nos hizo Dios,
¿por qué no hablamos los dos
ahora francamente?

ANDRES. Hablemos.

PURA. Su franqueza me enamora.

ANDRES. Á mí siempre me encantó.

PURA. ¿Quiere usted que empiece yo?

ANDRES. Como que es usted señora.
PURA. Usted, señor don Andrés.
segun las noticias mias,
ha llegado hace dos dias
á Madrid, ¿no es esto?
ANDRES. Tres.
PURA. Desde la estacion...
ANDRES. Corrí
á casa, á ver á Manuel.
PURA. Y se encontró usted sin él.
ANDRES. Claro, como que está aquí.
PURA. Se angustió su corazon
al ver un rostro lloroso,
y como hombre generoso
tomó una resolucion,
y dijo: veré á mi amigo,
le hablaré, vamos allá,
mi elocuencia vencerá
y me le traigo conmigo.
Es cuestion de media hora.
¿Quién se me resiste á mí?
Con franqueza, ¿no es así?
ANDRES. Con franqueza, sí señora.
PURA. Pues yo le debo anunciar
que el que conmigo luchó
fué siempre vencido.
ANDRES. No,
si yo no pienso luchar.
He perdido la ilusion.
Llegué aquí lleno de fé,
subí, entré, le ví, le hablé,
y he cambiado de opinion.
PURA. ¿De veras?
ANDRES. Sinceramente.
Por desgracia le he encontrado,
tan distinto, tan cambiado,
tan otro, tan diferente,
que no tema la moleste
llevándome á su Manuel.
Su sitio ya no es aquel.
¡Su sitio debe ser este!
PURA. ¡Me está usted faltando á mí!

ANDRES. Yo no la he faltado en nada.
PURA. Esta es una casa honrada.
ANDRES. ¿Honrada esta casa?
PURA. Sí.
BARON. ¡Alto! ¡No se juega más!
PURA. ¿Qué sucede?
MANUEL. ¡Caballero!
BARON. ¡Es un tramposo el banquero!
MANUEL. ¡Tramposo!
BARON. ¡Un tahur!
PEPE. (Deteniéndole.) ¡Atrás!
BARON. ¡Nadie habrá que me convenza!
MANUEL. Miente usted!
BARON. ¡La puesta es mia!
PEPE. ¡Señores!
PEDRO. ¡La policía!
(Apaga las luces y se apodera del dinero.)
ANDRES. (Cayendo en un sillon.)
¡Qué vergüenza, qué vergüenza!
(Cae el telon rápidamente.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO.

Gabinete amueblado con modestia, pero con gusto: costurero, pequeño velador; puertas laterales y en el fondo.

ESCENA PRIMERA.

MARIANA, LUISA, VICTORIA, RITA, las cuatro cosiendo.

RITA. No nos llamarán gandulas.
Hace dos horas estamos
sin levantar la cabeza
cose que cose las cuatro.

MAR. ¿Y qué vamos á hacer, Rita?
Los hombres, que son muy malos
y que tienen todos ellos
poca aficion al trabajo,
dicen que nuestra mision
es trabajar sin descanso
con la aguja y las tijeras,
grillete de nuestras manos.
Si estudias, eres pedante,
frívola cuando al cuidado
de tu persona dedicas
algunos tranquilos ratos,
como salgas, callejera,
si haces versos, mamarracho;

nuestra mision es coser,
sólo coser; pues cosamos.

RITA. Pero como mi mision
es otra, y si sigo hablando
se va á pasar la comida
y comer es necesario,
con el permiso de ustedes,
señoritas, yo me marcho. (Por el fondo.)

ESCENA II.

DICHAS ménos RITA.

LUISA. ¡Ay, Dios mio!

MAR. Que suspiro
tan sospechoso has lanzado.

LUISA. ¿Sospechoso?

MAR. Ya lo creo.
Niña que á los veinte años
suspira y pone los ojos
interesantes y lánguidos,
bien dice por qué suspira,
no es preciso preguntarlo.

LUISA. Pues ¿qué dice?

MAR. Amor.

LUISA. ¿Yo amor?
¡Jesús!

MAR. Si tú eres de mármol.

VICT. Yo bien sé por qué suspira.

LUISA. Vaya, lo has adivinado
al momento.

VICT. Sí señor.

MAR. Y por qué suspira, vamos.

VICT. Porque no pareció Pepe
anoche.

LUISA. Tú siempre hablando
tonterías.

VICT. No lo son.
Él viene á las ocho, exacto.
Ya cansada de esperar
á las diez fuiste á tu cuarto,
y como te ví tan triste

me fuí detrás muy despacio.
y ví que estabas sentada
con la cabeza en las manos,
y me acerqué poco á poco
y ví que estabas llorando
de tiempo en tiempo diciendo
¡Pepe, Pepe! por lo bajo;
y para no molestarte
me retiré murmurando:
Llorando está, dice Pepe,
él no ha venido, está claro;
y como lo oí lo sé,
y porque lo sé lo charlo.

LUISA. Eso no es cierto, habladora.

VICT. Eso es verdad, yo no engaño
ni miento.

MAR. Vamos, silencio,
haya paz.

LUISA. Sin querer rabio.
Dice cosas...

MAR. (Acercándose.) Vamos, Luisa.
Á la niña yo no extraño
que niegues, y haces muy bien.
Hay sentimientos sagrados
que debe llevar ocultos
mujer que se estime en algo.
Pero á mí, ya es diferente.
¡Con tus manos en mis manos
y tus ojos en mis ojos,
á que no niegan tus labios
que le quieres con la vida!
Es hombre leal y honrado
y lo merece.

LUISA. ¡Mariana!

MAR. ¿Por qué con los ojos bajos?
¿Por qué de carmín se tiñe
tu rostro de suyo pálido?
¡Si amar es nuestra mision,
si querer no es un pecado,
si amor es un sentimiento,
celeste, sublime, santo!
No son buenos: ya lo sé.

El mejor es un ingrato.
Amarlos de todos modos.
Si nacimos para amarlos.
¡Quieres? Pues ya eres mujer.
Tu sacrificio ha empezado.
Levanta, pues, la cabeza
y no te avergüences tanto.
¡Feliz la que adora á un hombre,
la que amor recibe en cambio,
y empiezan á subir juntos
la cuesta de este Calvario,
y juntos celebran dichas
ó lamentan desengaños,
y juntos van sosteniéndose
al dar los últimos pasos,
porque las canas abruman
y es ya tarde y van cansados,
y el uno vacila y cae,
y muere de otro en los brazos;
y el otro llora, y le sigue
al momento, deseando
encontrarle y seguir juntos
por otros mundos lejanos!

LUISA. Ahora eres tú quien suspira.

MAR. Yo suspiro ya por hábito.

VICT. Pues yo tambien sé por qué.

LUISA. Tú, chiquilla! Este espantajo
lo sabe todo.

VICT. Lo sé,
sí lo sé: ¿soy tonta acaso?
Habla de estar siempre juntos
y mi papá se ha marchado,
y está lejos, y no vuelve...
esto tambien está claro.

MAR. Victoria! (Abrazándola.)

VICT. ¡Pobre mamá!

LUISA. ¡Pobre niña! ¡Qué trabajo,
qué calamidad de chicos!
Si fueran mudos! ¡qué hallazgo!

ESCENA III.

DICHAS, ANDRÉS por el fondo.

ANDRES. Muy buenas tardes.
MAR. Felices.
VICT. ¡Andrés!
LUISA. Venga usté á mi lado.
ANDRES. Hola, diablillo.
LUISA. Ahora sí
que acertó usted.
VICT. ¿Cómo diablo?
ANDRES. ¿Y Pepe? ¿No vino Pepe?
LUISA. No.
ANDRES. ¿No ha venido? Lo extraño.
Á estas horas...
VICT. Cállate.
ANDRES. Él siempre viene temprano.
VICT. Calla.
ANDRES. Dieron las tres.
VICT. Calla.
ANDRES. Pero, ¿por qué?
VICT. Porque estamos
disgustadas... Porque anoche
tampoco vino el ingrato,
y Luisa se apura.
ANDRES. ¡Luisa!
¿Qué me cuentas?
VICT. ¡Y ha llorado!
LUISA. ¡Ay! ¡qué niña! ¡Vete ya!
MAR. ¡Vete, Victoria!
VICT. Me marcho.
Pero conste, que no digo
tonterías cuando hablo.
¡No soy tan niña. Lloraba
por Pepe!
LUISA. ¡Vete!
VICT. Me largo. (Por la izquierda.)

ESCENA IV.

DICHOS ménos VICTORIA.

ANDRES. Hola, Luisa, ¿esas tenemos?
¡Conque suspiros y llantos!
LUISA. Cosas de chicos.
ANDRES. Mariana,
¿usted sospecha que hay algo?
MAR. Entiendo que hay mucho.
ANDRES. ¡Ay! Luisa.
Estos no son dicharachos,
ni tonterías de chicos.
Ser reservada no es malo.
Pero á mí en secreto... puedo
ser su padre... y es en vano
que lo niegue usté, hija mia.
Tiene unos ojos tan claros,
que en asomándose á ellos,
como en trasparente lago
el fondo, se vé su alma
un poquito más abajo.
¿Qué hay de cierto en lo que dicen?
¿Es verdad?
LUISA. Le han engañado.
Costumbre de verle, Andrés.
Puede la costumbre tanto.
Siempre en casa, siempre juntos,
y además: ¿á qué negarlo?
¡Es tan bueno, tan sencillo,
tan modesto, tan simpático!
Cuando vamos de paseo
ha de venir á mi lado,
cuando subo la escalera
la he de subir de su brazo,
él va volviendo las hojas
cuando yo me siento al piano,
y el mismo libro leemos
sobre esa mesa inclinados:
y esta costumbre en mi vida
ha tomado tal arraigo,

que si algun dia sin él
leo, hago música ó salgo,
ni me importa lo que hacemo ,
ni acierto por donde vamos,
ni el libro me dice nada,
ni sé qué romanza canto!

ANDRES. Hija mia, bien sentido,
pero por Dios y los santos,
no lo llame usted costumbre,
que es un mote muy prosáico;
llámele usté amor, que así
le dicen en castellano,
y es un nombre más bonito,
y más dulce y pronunciado
por una boca de rosa,
suena á gloria y huele á nardo.

MAR. ¿Llaman?

LUISA. ¡Es él, de seguro!

MAR. Quizás otro...

LUISA. No me engaño.

MAR. Pero, ¿por qué te levantas?

LUISA. Porque me voy á mi cuarto.

MAR. ¿Pero no le quieres ver?

LUISA. Sí, pues por eso me marcho.

ANDRES. ¡Buen modo de verle!

LUISA. Luégo
volveré... Dentro de un rato,
¡Despues de esta confesion
me da vergüenza!

ANDRES. (¡Qué encanto
de muchacha!)

MAR. No te vayas.

ANDRES. Tráigala usted.

MAR. Se ha escapado!

(Salan Luisa y detrás Mariana por la izquierda

ANDRES. ¡Encanta su lozanía!
ora niña, ya mujer.
¡Te envidio! ¡Tú puedes ser
venturosa todavía!

ESCENA V.

ANDRÉS, PEPE por el fondo.

PEPE. ¿Eres tú?
ANDRES. Ya me estás viendo.
¿Te vá bien?
PEPE. ¿Has descansado?
ANDRES. Gran batalla hemos ganado.
PEPE. Todavía estoy corriendo.
Eh, qué me dices ahora
tú que ibas de buena fé.
¿Has visto mayor tupé
que el tupé de la señora?
¿Y Manuel? ¡Qué guapo chico!
¿Y el gancho? ¡Vaya un descoco!
¿Y los gomosos? ¡Por poco
nos llevan al Abanico!
ANDRES. Qué desengaño el de ayer.
Es el mayor que he sufrido.
Nunca lo hubiera creido.
Pensé llegar y vencer.
Le conocí generoso,
noble, franco, caballero
y leal... Algo ligero,
mas de corazon hermoso.
Es otro hombre... ¿Quién creería
en mi amigo tal mudanza?
He perdido la esperanza.
Ya no vuelve
PEPE. ¡Ay, qué alegría!
ANDRES. ¿No lo sientes?
PEPE. No en verdad.
Estabas fuera de tí.
¡Traerle á esta casa! ¡Si aquí
es una calamidad!
Por ellas estoy contento.
Las quiero yo de tal modo.
Por las tres, y sobre todo
por una... yo nunca miento.

Ella, que entre todas brilla,
tan digna de ser dichosa,
tan buena, tan cariñosa,
tan modesta, tan sencilla.
Encantadora mujer
á la que yo quiero mucho.

ANDRES. ¡Con qué alegría te escucho,
Pepe!

PEPE. ¿Sí?

ANDRES. ¡Con qué placer!
Hace poco hablaba aquí
conmigo. Sereis felices,
que cuanto de ella me dices
ella me ha dicho de tí.

PEPE. ¡Que me quiere!... ¡Oh maravilla!

ANDRES. Que te quiere con pasion.
Me ha abierto su corazon:
bien dices: es tan sencilla.
De todos en la presencia.
sin rodeos, sin disfraces.
Hay dos cosas muy audaces:
el cinismo y la inocencia.
Mas ¡con qué cara de risa!

PEPE. Pero si es tan reservada...
¿cómo?... Una mujer casada...

ANDRES. ¡Qué dices!... ¿Casada Luisa?

PEPE. No es Luisa la que amo así,
es Mariana, entiende bien.

ANDRES. ¡Qué! ¿Tú tambien?

PEPE. ¡Yo tambien!
¿Luégo tú la quieres?

ANDRES. Sí.
Desde niño, con locura,
con amor grande y profundo.

PEPE. Yo no concibo en el mundo
más vida ni más ventura.

ANDRES. Á la América partí
llevando herida mortal.

PEPE. ¿Luégo eres tú mi rival?

ANDRES. ¡Tu rival!

PEPE. (Pausa breve.) ¡Triste de mí!
La suerte nos separó.

ANDRES. Siempre fué ingrata conmigo.

PEPE. Yo no podré ser tu amigo
ya nunca, Andrés. (Conmovido.)

ANDRES. (Cariñosamente.) ¿Por qué no?
Vamos á luchar con brío,
cual fieras, por poseer
tesoro que no ha de ser
nunca ni tuyo ni mio.
Tú la quieres como un loco,
yo tambien, lo mismo da.
Nuestra esposa no será,
nuestra querida tampoco.
De su luz el arrebol
ciega, y á no ver te obliga.
Ahorrémonos la fatiga
de disputarnos el sol.
Que se le disputen otros.
Adoremos sus reflejos.
Es muy hermoso, está léjos,
nunca bajará á nosotros.

PEPE. Perdona: tienes razon;
hablo y luégo me arrepiento.
Siempre el primer movimiento
mio es una sin razon,
y me revuelvo iracundo
y la bilis se me altera.
¡Dios mio! ¡Si yo pudiera
empezar por el segundo!
¿Luégo no me odias?

ANDRES. Yo no.
Los dos cabemos aquí.

PEPE. ¿Aun tengo un amigo?

ANDRES. Sí.

PEPE. Yo tengo uno solo.

ANDRES. Y yo.
Los dos podemos amarla
y podemos estimarnos,
y en lugar de separarnos
unirnos para salvarla.

PEPE. ¿Salvarla? Ya estoy aquí
dispuesto á todo.

ANDR. Cachaza.

PEPE. Pero ¿acaso la amenaza
un grave peligro?

ANDRES. Sí.

PEPE. ¿Cuál es?

ANDRES. Que ese hombre fatal
puede volver.

PEPE. ¡Él venir!
¿Serás tú capaz de ir
á predicarle moral?

ANDRES. Oh! no: yo no pienso hablarle,
ni verle: no puede ser.
Pero es que puede volver
sin que yo vaya á buscarle.
Derrochó su capital,
hoy viven los dos al dia,
hacen deudas á porfía,
puede el juego venir mal;
y un dia al verse ese loco
ya sin un maravedí
puede recordar que aquí,
aunque poco queda un poco;
venir como esposo y padre
y con manos insolentes,
arrancarlas los pendientes
á las chicas y á la madre;
á venderlos, y á gozar
mientras dura en loca orgía;
se concluye y á otro dia
vuelve y la obliga á firmar
permiso para vender
su finca, lo que las queda;
mientras dura la moneda
otra vez ¡viva el placer!
Y en cuanto se acaba copa
todo el resto... ¡ya hay dinero!
Lleva la plata al joyero
y lleva al monte la ropa!

PEPE. Es verdad. ¡Nécio de mí
que tan tranquilo vivía!
Pero si llega ese dia...

ANDRES. Si llega no entrará aquí.
¡Seriamos criminales

á no impedirlo!

PEPE. Lo haremos.
Nosotros lo impediremos!

ANDRES. Sí, nosotros los leales!

PEPE. Verás que hazaña tan bella!
Si viene á armar zaragata
uno de los dos le mata (Señalando á Andrés.)
y otro se casa con ella! (Por él.)
¡Si él muriera!

ANDRES. Cállate,
ya su muerte calculando.

PEPE. En su muerte estoy pensando
desde esta noche.

ANDRES. ¿Por qué?

PEPE. El porque no se te alcanza
no sabiendo lo ocurrido.
Desde ayer ha renacido
mi esperanza.

ANDRES. ¿Tú esperanza?

PEPE. Una esperanza cruel.
Anoche no terminó
la querella que surgió
entre el Baron y Manuel.
Manuel, que es un caballero
le ha mandado sus testigos,
mediaron unos amigos
sin éxito lisonjero,
y llenos de ira y rencor
porque ninguno es cobarde,
á las cuatro de la tarde
van al campo del honor,
donde se piensan matar
por si fué robo ó no fué.
Como es del honor no sé
si les dejarán entrar.

ANDRES. Manuel es diestro y violento.

PEPE. Pero es malo y es canalla.
¡Ojalá le maten!

ANDRES. ¡Calla!

PEPE. ¿Ves? ¡El primer movimiento!

ESCENA VI.

DICHOS, MARIANA por la izquierda.

MAR. Querido Pepe.
PEPE. Mariana!
MAR. ¿Qué tal le va? Cómo fué
qué anoche no vino usté?
PEPE. No pude.
MAR. Ni esta mañana.
Las tres tan solas aquí
qué aburridas estuvimos.
Tampoco Andrés...
ANDRES. No pudimos.
MAR. ¿Estuvieron juntos?
PEPE. Sí.
MAR. ¿Es secreto? ¡Donde juntos!
¿Quién nos privó del placer
de verlos?
PEPE. No fué mujer
ninguna...
ANDRES. Fueron asuntos...
MAR. ¡Qué graves! No me equivoco.
Mision delicada ha sido.
Parece que han cometido
un crímen.
PEPE. (Faltó muy poco.)
MAR. Por la primera vez siento
curiosidad. ¿Dónde fué?
PEPE. No me lo pregunte usté,
señora, que se lo cuento.
Y á usted la interesa.
MAR. ¿Á mí?
ANDRES. ¡Calla, hombre!
PEPE. Callo.
ANDRES. ¡Por Dios!
PEPE. Pues fuimos á ver los dos
á Manuel.
MAR. ¡Á Manuel!
PEPE. Sí.
Ya está el misterio aclarado.

Él lo quiso, y dije: ¡sea!
Una romántica idea
de ese hombre, que está chiflado.
El desengaño de ayer
no lo olvidará en un dia.
Hace poco lo decía.
Pensó llegar y vencer.
¡Reprocharle su presente,
recordarle su pasado,
y verle por fin turbado,
conmovido, balbuciente!
¡Ántes que un punto se tuerza
su voluntad, de la mano
cogerle, llamarle hermano,
sacarle de allí por fuerza,
y por la calle concluir
su obra, hablando, reprendiendo
y llegar aquí corriendo,
y esa escalera subir,
este loco, alegre él,
gritando los dos de prisa:
¡Mariana, Victoria, Luisa!
¡Manuel, aquí está Manuel!

MAR. ¡Oh, gracias!

ANDRES. ¡Por qué, señora!
¡Yo no sé lo que mereces
por hablador! Veinte veces
hiciste lo que hice ahora.
En valde lo has intentado
y á lo que tú fuiste fuí.
¿Á qué tributarme á mí
elogios que él ha ganado?

PEPE. Tiene usté un amigo fiel
en Andrés: yo se lo digo.

ANDRES. Tiene usté en Pepe un amigo,
no hay ninguno como él.

PEPE. ¡Un amigo, sí por Dios!

MAR. No señores, no convengo
con ustedes. Yo no tengo
un amigo, tengo dos.

ANDRES. ¡Siempre con nosotros cuente!

MAR. El resultado es que fueron

y que sin Manuel volvieron.
ANDRES. Por desgracia.
PEPE. (Felizmente.)
MAR. Y usted que le vió y habló
¿qué piensa? Sin vacilar,
la verdad. ¿Puedo abrigar
alguna esperanza?
ANDRES. No.
Con esperanza llegué
y con vergüenza salí.
¡Manuel nunca vendrá aquí!
¡Manuel no es digno de usté!
MAR. No le cause admiracion
que oiga con indiferencia
esa terrible sentencia
que no tiene apelacion.
Pasó como un meteoro
mi dicha. He llorado tanto
que se me ha agotado el llanto
y ya sin lágrimas lloro.
Parezca tranquila, fria,
indiferente y serena;
pero tenga el alma llena
de inmensa melancolía.
Ya no es de él mi corazon.
Ni le quiero, ni le lloro.
Cuando perdía el decoro,
perdía mi estimacion.
¡Que ya mi amor no ambicione,
más ¡ay! que tristeza da
el amor cuando se va
como el sol cuando se pone!
Lo que más me hace sufrir
es pensar constantemente
en esa niña inocente
de tan triste porvenir.
Cuando tan solas las tres
vamos por nuestro camino,
más de un jóven libertino
pregunta: ¿aquella, quién es?
Y alguna lengua malvada
esperanzas le va dando

á su oido murmurando:
¡una mujer divorciada!
Y entónces clavan la vista
con descaro y osadía
pensando ya ¡será mia!
Empecemos la conquista.
Y aquí llegan atrevidos
gritando: ¡audacia sin tasa!
¡Es casa sin honra, casa
de mujeres sin maridos!

ANDRES. Mariana, no tan aislada,
no tan sola en adelante.

PEPE. (Bajo.) ¡No vés cómo ese tunante
se merece una estocada!
¡Cómo yo estuviese allá,
enfrente de ese bribon!
(Da las cuatro un relój de sobremesa.)

ANDRES. ¡Las cuatro!

PEPE. ¡Las cuatro son!

ANDRES. ¡Es la hora!

PEPE. ¡Qué pasará!

ANDRES. ¡Quién sabe!

PEPE. Voy á inquirir...
De vuelta en seguida estoy.
Despídeme de ella.

ANDRES. Voy.

PEPE. ¡Señor! (Levantando al cielo las manos.)

ANDRES. ¿Qué vas á decir?

PEPE. No temas: cristiana es
y moral mi peticion.
¡Dios mio! ¡Salva al Baron!
¡Es nuestro prójimo, Andrés! (Por el fondo.)

ESCENA VII.

MARIANA, ANDRÉS.

ANDRES. Mariana, el mundo corrí
buscando la dicha errante.
No la hallé. Volví anhelante
pensando que estaba aquí.
Aquí tampoco la hallé,

que aquí tampoco se encierra.
No debe estar en la tierra,
pues no está al lado de usté.
¿Por qué le niega traidor
el destino sus favores?
¡El mayor de los dolores
es verla á usted con dolor!
¡Mi vida entera daría
y mi fortuna no escasa,
por iluminar su casa
con un rayo de alegría!

MAR. No me hable con tal dulzura,
Andrés, me hace usted sufrir.
Prefiero de usted oir
alguna palabra dura.
¿Por qué no me reconviene?
¿Por qué en vez de consolar
no me acusa?

ANDRES. ¡Yo acusar!
¿Tengo derecho?

MAR. Le tiene.
Al ver mi suerte inhumana
yo muchas veces me digo;
lo que yo sufro es castigo,
es expiacion!

ANDRES. ¡No, Mariana!

MAR. Dos me brindaron amor,
los dos con empeño igual,
traidor uno, otro leal,
yo dí mi afecto al traidor.
Se fué para no volver,
pensando en mí el desdeñado.
El otro quedó á mi lado
pensando en otra mujer.
Si así á la lealtad alejo
y á la traicion dí mi fé,
si traiciones encontré
y no amor: ¿por qué me quejo?
Me quejo, porque han sufrido
ellos que en nada han faltado,
y porque es lo que he pasado,
más que lo que he cometido.

Celos, ira envenenada,
crueles dias, largas noches,
verla pasar en mis coches
con mis joyas adornada,
con lacayos, con blasones,
y yo callar y sufrir,
y coser para vestir
á mi niña con girones,
con los restos del ayer,
con flecos y chucherías
de las galas de otros dias
que no me he vuelto á poner!
¡Paciencia! ¡Yo lo he querido!
Yo pude tener amor,
paz, felicidad, honor.
Esposo noble y rendido
que de su amor haga alarde,
que siempre á mis piés esté.
¡Yo pude y lo desdeñé!
¡Y ahora ya es tarde! ¡Ya es tarde!

ANDRES. ¡Qué escucho! ¡Mi mente loca
á comprender bien no alcanza.
Una bendita esperanza
ha salido de su boca!
En este abismo profundo
vi la luz de la mañana.
Más, ¿por qué tarde, Mariana?

MAR. Eso que lo diga el mundo.
¡No hay esperanza!

ANDRES. Sí á fé.

MAR. ¡No la hay!

ANDRES. ¡Tan sólo el infierno
lo ha dicho!

MAR. ¡Es un lazo eterno!

ANDRES. Más: ¿por qué eterno, por qué?
¿Por qué en perpétuo suplicio
tener á un ser inocente?
¿Por qué unir eternamente
la pureza con el vicio?
Si se dieron un abrazo
ante el altar, no fué bueno.
La vergüenza, el lodo, el cieno

¿por qué no rompen un lazo?
Mano de gangrena llena
se corta, ¿por qué enlazada
media mitad gangrenada
á otra mitad que está buena?
Á pares los delincuentes
van en presidio amarrados,
pero, ¿por qué los malvados
con las personas decentes?
¡La verdad!... ¡La luz del dia!
El viva allá como quiera.
Aquella es su compañera.
¡Tú eres la mia!... ¡la mia!
En las tres mis ojos fijos,
yo he de ser un buen esposo,
un protector cariñoso,
un padre para tus hijos.
¡Para todos la fortuna,
el bien, la felicidad!
¿Sin solucion?.., ¡No es verdad!
Hay solucion. ¡Aquí hay una!
De él te apartó su falsía.
Tu voz amante me habló.
¡No es tarde, Mariana, no!
¡Yo te adoro todavía!

MAR. (Con dignidad.)
Basta, Andrés. Ni soy cobarde
ni débil. Fuerte me creo:
no me ciego nunca: veo
con claridad: ¡es ya tarde!
Si este lazo se rompiera,
libre de elegir esposo,
usted sería dichoso
y yo redimida fuera.
Mas nuestra queja es ociosa.
Es mi esposo eternamente.
No tema mi dueño ausente,
que tiene una digna esposa.
Mi camino oscuro es,
mas yo llevaré mi cruz.
Siempre hay un rayo de luz
sobre toda cruz, Andrés.

En esta senda tan ruda
me sigue una niña, y esa
algunas veces me pesa;
pero otras veces me ayuda!
No cometeré una falta.
No podrá el mundo zaherirme.
¡Cuánto más sola, más firme!
¡Cuánto él más bajo, más alta!
Perdone usted si de ayer
quise el recuerdo evocar.
Hablé, debiendo callar.
Fuí un momento mujer,
y débil, mal que me cuadre;
pero no estoy pesarosa.
Ahora vuelvo á ser esposa.

VICT. ¡Mamá! ¿donde estás? (Entrando.)

MAR. ¡Y madre!
Ella es ya mi solo amor,
mi alegría, mi embeleso.
Dame un beso!

VICT. ¡Toma un beso!

MAR. Ve usted, ya tengo valor.
No me faltará jamás.
Ella me dá fortaleza,
fuerza, aliento, fé, pureza,
con un beso nada más!
¡Y honrada seré ante Dios,
que así me quieren!

ANDRES. ¡Así!

MAR. Gracias, Andrés!... Ven á mí. (Á la niña.)
Dios le haga feliz!... Adios!
(Salen por la izquierda.)

ESCENA IX.

ANDRÉS.

ANDRES. Desgraciado Andrés, aquí
entre estas cuatro paredes
se encierra todo lo que amas,
está todo lo que pierdes!

Aquí todo me recuerda
otros dias más alegres,
todo me encanta, me atrae,
todo me habla, todo siente,
todo me quiere y me llama
y me dice que me quede,
y yo no puedo quedarme,
¡fué tarde para mí siempre!
¡Qué bien aquí se respira!
Purifican este ambiente
las lágrimas de una mártir
y de una niña inocente
los suspiros! ¡Qué silencio,
qué paz, qué tranquilo albergue!
¡Qué dulce es aquí la vida!
¡Qué dulce será la muerte!
¡No hay esperanza! ¡Una sola!
¡Satanás me la sugiere!
Sin querer estoy pensando
en el duelo .. Si le fuese
la suerte adversa... ¡Estoy loco!
Un deseo infame, aleve
y criminal me persigue!
Oh! amor, que malos, qué crueles
nos haces... ¡qué generosos
y qué grandes otras veces!

ESCENA X.

ANDRÉS, PEPE por el fondo.

Andres. ¡Pepe vuelve!... ¡Ya está aquí!
¿Que ha sucedido?

Pepe. En un vuelo
vengo...

Andres. Responde... ¿Ese duelo
se ha verificado?

Pepe. Si.

Andres. ¿Y el desenlace?

Pepe. ¡Fatal!

Andres. ¿Para quien? Dilo en seguida.

PEPE. ¿No es una cosa la vida
y otra cosa la moral?
Si así las gentes lo quieren
el preguntar es en vano.
Manuel está bueno y sano.
¡Los pillos nunca se mueren!
Del Baron fué la razon.
¿Quién debió salir ileso?
¿El Baron?... ¿Sí?... Pues por eso
han reventado al Baron!
Herido en estos contornos
cayó entre brazos amigos
y Manuel con sus testigos
ahora está comiendo en Fornos.
Ahora que estará borracho
puedes ir y amonestar,
y devolverle á su hogar
á que sea un buen muchacho!

ANDRES. (Con vehemencia.)
Entónces, cuenta acabada.
Aquí ya no hay salvacion,
ni arreglo, ni solucion,
ni desenlace, ni nada.
Él á derrochar triunfando,
él á gozar y á reir,
y los demás á vivir
honradamente rabiando.
Y aun gritamos indignados?
¿Por qué estamos de ira llenos?
Qué gran honor!... El ser buenos!
Qué placer!... El ser pisados!
Si vamos con aureola
cuál santos, ¿qué más pedimos?
¿Pero por qué no decimos
una palabra, una sóla,
una que puede salvarla?
¡Divorcio!... ¡Oh! no, se horroriza
el mundo, se escandaliza
y no quiere pronunciarla!
Pues callémonos por Dios.
Si está mal, que siga así.
Los dos sobramos aquí.

Dame el brazo y vámonos.
(Se dirige al fondo.)

PEPE. (Sin moverse.)
Eso nunca, Andrés del alma.
Te estoy oyendo suspenso.
Por la primera vez pienso
mejor que tú, con más calma.
Mi vida dulce corrió
entre estas cuatro paredes.
Yo no me marcho: tú puedes
vivir sin ellas, yo no.
Bien, veré sus ojos llenos
de llanto, y en vez de tres
lloraremos cuatro, Andrés,
y tocaremos á ménos.
Dejarlas abandonadas,
¿por qué?... ¡Qué poco las quieres!
¡Están solas, son mujeres,
son pobres, son desgraciadas!
No sabes lo que te dices.
Yo de esta casa no salgo.
¿No podemos hacer algo
para que sean felices?

ANDRES. (Convencido.) Sí, Pepe, no hay que caer
en la desesperacion.
Esta vez tienes razon.
Algo podemos hacer.

PEPE. ¿Hay un medio?

ANDRES. Sí que hay modo.
Cuento contigo.

PEPE. Pues no.

ANDRES. Tú un sacrificio, otro yo.
¿Estás tú dispuesto?

PEPE. Á todo.

ANDRES. ¿Qué piden estas mujeres?
¿Qué necesitan?... Amor,
un amigo, un protector.
Tú lo serás, si tú quieres.
Si hoy sin derecho te ves,
bien lo puedes alcanzar,
porque tú puedes entrar
en la familia.

PEPE. ¡Yo, Andrés!

ANDRES. ¿Por qué tu voluntad terca
trás lo imposible se afana?
¿Por qué piensas en Mariana
teniendo á Luisa tan cerca?
Á Luisa, ese ángel de amores,
esa olorosa verbena,
esa pobre niña llena
de promesas, de candores.
Ella te ha visto y te amó.
Su alma inocente dormida
por tí despertó á la vida
y el primer suspiro dió.
¿Por qué otro amor te consume?
¡Detenle en su raudo giro
y recoge ese suspiro
que tiene mucho perfume!
Sé bueno y hazlo por Dios.
Tú la amarás algun dia.
Cuando sepan... ¡qué alegría!
Por tí dichosas las dos,
protegidas, respetadas.
¡Todo por tí! ¿Qué más quieres?
¡Están solas, son mujeres,
son pobres, son desgraciadas!

PEPE. (Con mucho fuego.)
Tanta súplica es ociosa.
Basta, ¿por quién me has tomado?
¡Que venga! Ya estoy casado
y juro hacerla dichosa
y yo lo seré tambien.
¡Y viviré muy contento!
¡Vaya, el primer movimiento
esta vez me salió bien!
No tengas duda ninguna.
Lo haré.

ANDRES. ¡Sacrificio hermoso!

PEPE. ¿Y tú?

ANDRES. Yo soy poderoso.
Yo las daré una fortuna.
Cuanto tengo... Mi heredera
es Victoria. Para mí

nada. Con nada viví.
Quiero que Mariana pueda
vivir, como tiempo atrás,
en la opulencia... Y despues
me marcho...

PEPE. ¿Te vas, Andrés?

ANDRES. ¿Qué hacer?

PEPE. ¿Pero dónde vas?

ANDRES. Á correr de Polo á Polo,
á vivir como he vivido
vagamundo. ¡Yo he nacido
para estar solo, muy solo!
Ya de verla tengo miedo.
La dejo un amigo fiel.
Aquí tan sólo hay papel
para uno... ¡Yo te lo cedo!
Á su lado vivirás
y yo nunca la veré.
¡Hazlas dichosas!... ¡No sé
quién se sacrifica más!

PEPE. Andrés, amigo querido,
aún hay en el mundo honor.
¡Andrés, aún quiero un favor,
el último que te pido!

ANDRES. Habla: te escucho con calma.
No lo pedirás en vano.

PEPE. ¡Quiero tus brazos de hermano!

ANDRES. ¡Los brazos, Pepe, y el alma! (Se abrazan.)

ESCENA XI.

DICHOS, MARIANA, LUISA, VICTORIA por la izquierda.

LUISA. ¡Pepe!

PEPE. ¡Luisa!

ANDRES. (Bajo.) (¡Qué bonita!)

PEPE. (Id.) (¡Ya la quiero!)

ANDRES. (Id.) (¡Qué hechicera!)

MAR. Solos los dos.

PEPE. ¡Qué manera

tienen de hacer la visita!

MAR. Perdónenme, no sabía...
Les encuentro pensativos.

ANDRES. Es que nos sobran motivos.

PEPE. Hoy es, señora, un gran dia.

MAR. ¿Gran dia?... No acierto á ver...

PEPE. Venimos á algo muy grave,
que todavía no sabe;
pero que debe saber,
porque en fin, usté es cabeza
de familia.

LUISA. (¡Ay! ¿qué será?)

PEPE. En manos de usted está
mi ventura.

LUISA. (¡Bien empieza!)

MAR. Pues si depende de mí...

PEPE. En estilo liso y llano.
Vengo á pedirla la mano
de Luisa.

LUISA. ¡Mi mano!

PEPE. Sí.

MAR. Si ella quiere...

LUISA. ¡Yo!... ¡Dios mio!

VICT. Si quiere, ¡no ha de querer!

PEPE. (Corriendo á ella.) ¡Luisa!

LUISA. ¡Pepe!

MAR. ¡Qué placer!

VICT. ¡Ay qué gusto, ¡ya es mi tio!

MAR. Será buena esposa Luisa.

PEPE. Siempre vivirá en mi pecho.
(Mariana y Victoria abrazan á Luisa.)

ANDRES. ¡Mira, Pepe, lo que has hecho,
mira qué caras de risa!
¿Eh? ¡Qué grupo encantador!

PEPE. ¡Contento estoy!

ANDRES. Bueno fuera...

LUISA. Ahora yo tambien quisiera
pedir á Andrés un favor.

ANDRES. ¿Un favor? Pídale usté.

LUISA. ¡No lo acierta!

ANDRES. No adivino...

LUISA. Que sea usted el padrino

de la boda.

ANDRES. Lo seré.

PEPE. Y otro yo.

MAR. Lo concedemos.

ANDRES. Dispuestos á todo estamos.
¿Qué es?

PEPE. Que en albricias comamos
todos juntos.

MAR. Comeremos.

VICT. Y otro yo.

MAR. ¿Tú?

ANDRES. Bueno va.
¿Qué es ello?

MAR. Di francamente.

VICT. Pues nada, que Andrés se siente
en el sillon de papá.

ANDRES. No, Victoria, yo no puedo.

VICT. Por esta noche es preciso.

LUISA. ¿Por qué no?

ANDRES. Si da permiso
Mariana...

MAR. Yo lo concedo.

ANDRES. ¡Gracias!

VICT. Si él me quiere, madre,
con el alma.

ANDRES. Sí, hija mia.
Yo te probaré algun dia
que te quiero cual un padre.

VICT. Sí, Andrés, yo sé que me adoras.

PEPE. ¡Pues venga el brazo y marchemos,
y si hay penas, olvidemos
las penas por unas horas!
(Bajo á Andrés.)
¡No dudes: á ese canalla
lo matan!

ANDRES. ¡Por Belcebú,
que te oyen!

PEPE. ¡Y entónces tú
te casas con ella!

ANDRES. ¡Calla!

VICT. ¡Todos juntos, mamá mia!

PEPE. ¿Tú me quieres?

LUISA. ¡Con locura!

ANDRES. ¡Una noche de ventura!

MAR. Gocemos con su alegría,
que nuestra alegría es.
¿Lo ve usted? Pesa la cruz.
Siempre hay un rayo de luz
sobre toda cruz, Andrés!

(Cae el telon.)

FIN.



VIAJEROS DE ULTRAMAR

VIAJEROS DE ULTRAMAR

COMEDIA EN DOS ACTOS, Y EN VERSO

ORIGINAL DE

MIGUEL ECHEGARAY

Estrenada en el TEATRO LARA el 14 de Enero de 1890

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
IMPRENTA DE EVARISTO ODRIÓZOLA
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1896

PERSONAJES		ACTORES
PANCHA (americana).........	Sra.	Valverde.
LAURA (americana)..........	Srta.	Rodríguez.
EMILIA.....................	Sra.	Mavillard.
BLANCA.....................	Srta.	Blanco.
PEPA.......................	Sra.	Domínguez.
CHICHITO...................	Sr.	Rubio.
ANTONIO....................	»	Tamayo.
PIERRE (francés)............	»	Ruiz de Arana.
PEDRO (gallego).............	»	Tojedo.
EL VIZCONDE................	»	Robledo.
JHON (inglés)...............	»	Ramírez.

La acción en Madrid.—Época actual.

ACTO PRIMERO

Gabinete amueblado con elegancia. Puertas laterales y en el fondo. En el centro, mesa grande de comer.

ESCENA PRIMERA

ANTONIO y MONSIEUR PIERRE

Monsieur Pierre con delantal y gorro de cocina. Ambos acabando de poner la mesa.

ANT. El comedor es muy grande,
frío como una nevera,
y aquel mueblaje severo,
á mí me causa tristeza
y no me incita á comer.
Aquí está mejor la mesa,
entre espejos, entre luces
y cortinajes de seda.
Aquí se abre el apetito
y aquí la vista se alegra;
y aunque somos pocos, como
es la habitación pequeña,
estaremos unos de otros
muy cerca, y estando cerca,
habrá más animación
y más bullicio en la fiesta.

PIERRE. (Con marcado acento francés).
Si la señorita viese
su habitación predilecta,
su boudoir, su gabinete
de confianza, el que contempla
avec amour, convertido
esta noche en leonera...
¡Ah, mon Dieu!

ANT. No lo ha de ver.

PIERRE. Á mí me tiemblan las piernas.
Nos hemos precipitado
un poquito. Si volvieran...

ANT. ¡Qué han de volver, monsieur Pierre!
Han dado las ocho y media.
A las ocho habrá partido
el expreso que se lleva
á nuestros amos. Ya están
camino de la frontera.
No volverán en un año,
y desde hoy la casa es nuestra.

PIERRE. ¡Bravo!

ANT. Los ricos salones,
las alfombras de Bruselas,
las butacas...

PIERRE. E las camas
con los colchones de muellas.

ANT. Y la despensa.

PIERRE. Esa es mía.
La despensa é la bodega.

ANT. Monsieur Pierre, todo de todos;
todo nuestro. Hoy se celebra
la toma de posesión
con una soberbia cena.

PIERRE. Ya verá osté qué menú.

ANT. No perdamos tiempo. Vengan
esos platos.

PIERRE. Allá van.

ANT. Jhon á este lado; á la izquierda,
Pedro; presidiendo, yo,
y á mi lado la portera. (Colocan los platos).

PIERRE. ¡Oh! Eso no.

ANT. ¿Cómo que no?

PIERRE. Ó la portera se sienta
á mi lado, ó yo no guiso.
ANT. ¡Monsieur Pierre!
PIERRE. ¡Mon Dieu, qué hembra!
como se dice en España.
No me separe osté de ella,
por Dios.
ANT. Bien; pues que presida.
Yo me siento á su derecha,
y usté al otro lado.
PIERRE. ¡Bravo!
ANT. Ya está la cuestión resuelta.
Ahora pongamos los vasos.
(Van poniendo los vasos).
PIERRE. ¡Buen servicio!
ANT. De primera:
un vaso de agua.
PIERRE. Y de vino
cinco ó seis copas.
ANT. ¡Aprieta!
¿Cinco ó seis copas por barba?
PIERRE. ¡Claro! E cinco ó seis botellas
por barba también.
ANT. ¡Pero hombre!...
PIERRE. Hoy acabamos la cena
todos peniques.
ANT. Peneques.
PIERRE. Es igual. Y el que no tenga
fuerzas para ir á su cuarto,
dormirá bajo la mesa.
ANT. Es usté un hombre terrible,
único para una juerga.
PIERRE. ¡Eh! Voilá mon caractére.
Me carga la gente seria
y formal. Por eso tengo
tanto cariño á esta tierra
del fandango, la guitarra,
el ole y las castañuelas.

ESCENA II

DICHOS; PEPA, por el fondo.

PEPA. ¿Se puede entrar?
ANT. Adelante,
Pepa.
PIERRE. ¡Que viva la Pepa!
PEPA. Como ustedes han dejado
medio entornada la puerta,
sin pedir permiso á *naide*
me he colado.
ANT. Usted se cuela
aquí, sin pedir permiso,
hasta donde la parezca.
PIERRE. Usted me ha llegado ya
á mí hasta las entretelas
del corazón.
PEPA. ¡Puede!
PIERRE. Puede.
PEPA. ¿Están ustedes de queda?
ANT. ¡Qué portera, monsieur Pierre!
PIERRE. ¡Oh! ¡Superior! Es la reina
de las concierges.
ANT. ¡Qué mujer...
tan mujer... y tan bien hecha!
¡Vaya un modo de pisar!
¡Esto es una madrileña!
PIERRE. Esto es lo que se llama
la pura sangre.
PEPA. ¿De veras?
¿Pero ustedes la han tomado
conmigo?
PIERRE. Yo bien quisiera
tomarla con usted.
PEPA. ¿Sí?
PIERRE. Y no dejarla.
PEPA. ¡Qué pelma!
PIERRE. ¡Ay, qué ojos!
ANT. Y ¡ay, qué ejes!

PEPA. Y ¡ay, qué hijos! Que allá fuera
tengo seis. ¿Quiere usted más?

ANT. ¡Anda! Aún está usted con fuerzas
para otros seis.

PEPA. Ya no tengo
humor.

PIERRE. ¡Oh, mon Dieu! ¡Quién fuera
padre de los doce!

ANT. Es viuda,
querido Pierre, conque á ella.

PEPA. ¡Eh! Basta ya, *so* pesados,
que se acaba mi paciencia.
¡Qué penitencia! Los dos
cogidos de mis orejas,
y sin querer e soltar,
como dos perros de presa.
Soy una viuda que tiene
tanta honra como pobreza,
y al infeliz que murió
porque se rompió una teja
estando en un quinto piso
limpiando unas chimeneas,
no le sustituye *naide*
como loca no me vuelva.
Conque basta de requiebros,
que es fácil que se me encienda
la sangre y que, sin querer,
plante esta mano en la geta
de la cara del semblante
del rostro de cualsiquiera
de los dos, y que se encuentren
después sin alguna muela.

PIERRE. Á mí, si quiere pegarme,
yo me dejo. Osté me pega,
que manos blancas no ofenden.

PEPA. Pero estas son de plazuela:
y, en fin, no he venido aquí
para escuchar más simplezas.
Vengo á comer. Traigo un hambre
de tres maestros de escuela.
Á ver, ¿qué has guisado tú?

PIERRE. ¡Oh! ¡Quel bonheur! ¡Me tutea!

PEPA. ¿Qué hacemos ya?
ANT. No han venido
ni Jhon ni Pedro.
PEPA. Que vengan
pronto, ó no los esperamos
y sin comida se quedan.

ESCENA III

DICHOS; PEDRO, por el fondo con la librea de lacayo.

PEDRO. Aquí está Pedru.
ANT. ¡Perico!
¿Se han marchado?
PEDRO. (Con acento gallego). Hace ya media
hora que se van echando
demonios por esas tierras.
El señor y la señora
con la cara un poco seria,
pensativos y mohinos;
la señorita contenta,
que á los jóvenes nus gusta
siempre la marimorena.
ANT. ¿Van en el Sleeping carr?
PEDRO. En ese vagón que lleva
camas; en ese en que luego,
en cuanto la noche llega,
duermen los unos encima
de los otros.
PIERRE. ¿De manera
que somos libres?
ANT. Y dueños
de todo.
PEPA. ¡Sois buenas piezas
los tres!
PEDRO. ¡Que vivan los amos
que se van!
ANT. ¡Y las porteras
que suben!
PEDRO. Y los ayudas
de cámara que se quedan.

PIERRE. Los criados de confianza,
que como son de completa
confianza, se toman todas
las confianzas. (Intenta abrazar á Pepa).

PEPA. Que te llevas
un revés.

PEDRO. ¡Eh! Cocinero:
mucho cuidado con ésta,
que ésta es una moza crúa.

PIERRE. Pues la guiso si se deja.

ANT. Señores: una noticia
interesante. Esta ausencia
durará mucho. Yo estoy
en el secreto.

PEDRO. A ver, cuenta,
que nos interesa á todos.

PIERRE. Sí; que cuente lo que sepa.

ANT. No se marchan los señores
porque la moda les lleva
á viajar, ni por el gusto
de ver París ó Ginebra.
Se van huyendo.

PIERRE. ¿De quién?

PEPA. ¿Cómo huyendo?

PEDRO. ¡Quién creyera!

ANT. El Vizconde, nuestro amo,
estaba lleno de deudas
porque sostenía un pleito
muy ruinoso, hace ya fecha,
con un rico mejicano,
un don León, una fiera,
un salvaje de las Pampas.
Se trataba de una herencia
de diez ó doce millones
de pesos.

PEPA. ¡Una friolera!

ANT. El Vizconde ganó el pleito,
y conocida la nueva
por el mejicano, puso
á mi señor cuatro letras
que decían: «Enterado.
Hoy me embarco en el *América*.

Llevo el rifle; desde aquí
apunto ya á las cabezas
de usted y del juez imbécil
que ha dictado la sentencia.»
Mi señor, que no es un Cid,
hizo al punto las maletas,
y con su esposa y su hija
escapó.

PEDRO. Pues que no vuelva
en un año.

ANT. Dios te oiga.
Pero ¿y Jhon?

PEDRO. En la cochera
encerrando. Es un inglés
con mucha prosopopeya,
y tardará.

PEPA. Pues si tarda
se queda bajo la mesa.

ESCENA IV

DICHOS; JHON, con el chaleco de rayas y el traje que usan los cocheros cuando no visten de librea.

JHON. Good night.

ANT. Ya está Jhon aquí,
ya está el cónclave completo.

PIERRE. ¿Hay mucho apetito?

JHON. Yes.

ANT. ¿A que vienes tú dispuesto
á beberte una docena
de botellas por lo menos?

JHON. Yes.

PEPA. ¡Ay! ¡Qué desaborío
te parió tu madre, engendro!

JHON. Yes.

PEPA. Yes. Este nunca sale
del Yes.

PEDRO. Déjame al cochero.

PEPA. Pero ¿qué haces tú, francés?
Anda á avivar ese fuego,

y á darle la última mano
á la cena.

PIERRE. Voy corriendo.

ANT. Antes dinos lo que vamos
á comer. A ver qué has hecho,
y si es digno de nosotros
el menú.

PEPA. Bueno es saberlo.

PIERRE. ¡Oh, señores! Yo quisiera
en este feliz momento,
en este *jour de bonheur*,
en este instante supremo,
haber inventado un plato
digno de mis compañeros.
Por mi gusto yo empezara
con una sopa, modelo
de sopas, con macarrones,
hígado de pollo, puerros,
apio, zanahoria, col,
manteca, nabos y queso.
Es la sopa *camerani*,
é desde la sopa al cielo.
Yo os diera después un plato
de trufas, el embeleso
de los dioses, la divina
trufa, que no tiene precio.
Bien limpia, bien preparada
con el vino de Burdeos
y con cebolla y laurel,
servida después en seco
sobre blanca servilleta...
é desde la trufa al cielo.
Después unos salmonetes,
cocidos á fuego lento,
en un consommé, con vino
de Champagne, trozos pequeños
de jamón, y sazonado
con abundancia y sin miedo
con nuez moscada, pimienta,
clavo, mostaza... y derechos
desde el salmonete...

ANT. Sí;

al hospital.

PEPA. Buen provecho.
¡Cuánta porquería!

JHON. ¡Oh! Yes.

PEPA. Cállese usted, chapucero,
que me levanta el estómago.
¡Ay! ¡Qué asco! Ya siento un peso...

PIERRE. ¡Oh, señores! No han podido
realizarse mis deseos.
La portera...

PEPA. Aquí entro yo.

PIERRE. La portera, por quien tengo
una gran debilidad,
porque en esos ojos bellos
Dios la puso dos cocinas
económicas...

PEPA. Lo menos.

PIERRE. La portera ayer me dijo,
tratándome como á un negro,
que no subía á cenar,
abandonando su puesto,
si no la doy sopas de ajo,
escabeche con pimientos,
bacalao con tomate,
gazpacho y pisto manchego.
É por amor de sus ojos,
yo, señores, yo lo he hecho;
é por su amor, deshonrado
estoy como cocinero.

PEPA. Vamos; basta ya de charla.

PEDRO. Tú vas á dir al Congreso.

ANT. Anda á prepararlo todo,
y vamos tomando asiento.
(Campanilla, dentro).

PIERRE. ¡La campanilla!

PEPA. Han llamado.

ANT. ¡Á estas horas! No comprendo
quién pueda ser.

PEDRO. ¿Voy á abrir?

ANT. Sí; pero mira primero.
(Vase Pedro por el fondo).

ESCENA V

DICHOS, menos PEDRO

Pierre. ¿Si serán los señoritos?
Ant. Los señores ya están lejos.
Pepa. La verdad es que he hecho mal
en subir, y que no quiero...
Jhon. É mí non querer tampoco.
Ant. Vamos, ya ha roto el silencio
éste por fin. No achicarse,
señores, que aquí no hay riesgo.

ESCENA VI

DICHOS; PEDRO, por el fondo, con un papel.

Ant. ¿Quién llama, Pedro?
Pedro. Es un parte
para monsieur Pierre.
Pierre. ¡Qué es esto!
¿Para mí? ¿De quién será?
¡Ça m'etonne! Vamos á verlo. (Abre y lee).
«Preparen habitaciones
»mejores, piso primero.
»Dos salones, tres alcobas,
»tocador. No importa precio.
»Llegaremos nueve noche.
»Pancha Díaz.» No comprendo...
¡Para mí!
Ant. Parece un parte
á un hotel.
Pierre. Debe ser eso.
Ant. Mas ya caigo. ¿Á ver el sobre?
«Pierre Laborde.» Es claro. El dueño
de la casa establecida
en el segundo y tercero
hasta hace un mes.
Pepa. Es verdad;
la casa para viajeros

de Ultramar.

PEDRO. Que mi señor,
como andaban mal los tiempos,
en la suya toleraba,
porque le daban dinero
de largo.

ANT. Aquí se albergaban
siempre los más opulentos
americanos.

PEPA. ¡Qué gente
tan rica esos habaneros!

PIERRE. ¡É qué grandes capitales
los mejicanos!

ANT. Son Cresos.

JHON. ¡Oh! ¡Yes, money, very much!

PEPA. Ya se anima este mostrenco.

ANT. «Pancha Díaz.» Suena bien
el nombre.

PIERRE. Suena á dinero.

JHON. ¡Oh! Yes, money, very much.

PEPA. Vamos; calle usté, adefesio.

ANT. ¡Qué gente! Son más que príncipes.
¡Qué generosos! ¡Qué espléndidos!
«Preparen habitaciones
mejores, á cualquier precio.»

PEDRO. El mozu de arriba, que era
un ladrón, los saca el tuétano
y las entrañas.

ANT. Pues digo...
lo menos veinte mil pesos.

JHON. ¡My god, twenty thousand pounds!
¡My God!

PEPA. ¡Dios mío! ¡Qué perro!
¡Siempre ladrando!

PIERRE. ¡Vingt mille
pieces de cinq francs!

ANT. ¡Cielos!
Monsieur Pierre, ¡veinte mil duros!

PIERRE. ¡Oh! ¡Quién pudiera tenerlos!

ANT. ¿Quién pudiera?... Pero si...
esperarse.

PIERRE. ¿Qué?

ANT. Un momento...
PEPA. ¿Qué pasa?
ANT. Dejad que piense.
Es una idea, un proyecto...
Justo... ¡eso es!
PEPA. ¡Se ha vuelto loco!
ANT. ¡Señores!...
PEDRO. Pero ¿qué es ello?
ANT. Señores, ¿quieren ustedes
ganarse veinte mil pesos?
JHON. ¡Hurrah!
PEDRO. Vengan.
PEPA. ¡No que no!
ANT. En las manos los tenemos.
PIERRE. ¿Cómo en las manos?
ANT. Esta es
la casa para viajeros
de Ultramar.
PIERRE. ¡Qué buena idea!
ANT. Los recibimos atentos
y corteses. Aquí tienen
un hospedaje soberbio,
aquí hallarán un confort
igual que en el extranjero,
y al marcharse les sacamos
los hígados.
PIERRE. ¡Oh! ¡Qué talento
de hombre!
PEDRO. ¿Por partes
iguales?
PIERRE. Sí.
ANT. Lo primero
es atar muy bien los cabos
para no dar un tropiezo.
Mi amo no tiene parientes
que puedan venir á vernos.
En esta época del año
sus conocidos, huyendo
del calor, están viajando
todos; á más, no tenemos
vecinos...
PEPA. Están vacíos

el segundo y el tercero.

PIERRE. ¡Bravo! É la portera es nuestra.

ANT. Estamos como queremos.

JHON. All right.

ANT. Todo está corriente
y preparado y dispuesto.
Limpios los salones, hechas
las camas con rico lienzo
de Holanda; y la mesa puesta
en el comedor pequeño.
Buena vajilla, mantel
adamascado... ¡Ah! ¡Qué veo!
¡Qué coincidencia! Mirad
las cifras.

PIERRE. Á ver.

ANT. Ni hecho
de encargo.

PEDRO. ¿Qué?

ANT. V. U.

PEPA. Bu.

ANT. ¡Calla!

PEDRO. Pues ya lo sabemos.
V. U. Vizconde de Uriarte.

ANT. No señor: V. U. Viajeros
de Ultramar.

PEDRO. ¡Toma! Es verdad.
¡Pues si parece exprofeso!

PEPA. ¿Son mucho veinte mil duros,
monsieur Pierre?

PIERRE. Muchos.

PEPA. En perros,
¿cuánto?

PIERRE. ¡En perros!

PEPA. Esa es la
moneda que yo manejo.

PIERRE. Pues mira, yo te doy veinte
mil duros en perros.

PEPA. Bueno.

PIERRE. Tú los vas poniendo en fila,
muy apretados, y luego
los vas haciendo ladrar
uno por uno.

PEPA. Comprendo.
PIERRE. Tú vives doscientos años...
PEPA. Dios lo quiera.
PIERRE. Tú te has muerto,
é no han acabado aún
de ladrar. Ni más ni menos.
PEDRO. ¿Y cuándo vienen?
ANT. No sé.
PIERRE. Por el parte lo veremos.
ANT. Como siempre, retrasado.
Por poco si llegan ellos
antes que el parte. Es preciso
arreglar algo. No hay tiempo
que perder.
PIERRE. ¡Antonio!... ¡Un ómnibus!
ANT. Ellos son. Baja corriendo
no se vayan. Trátalos
con muchísimo respeto.
(Vase Pedro por el fondo).

ESCENA VII

DICHOS, menos PEDRO

ANT. La fortuna está á la puerta
de la casa, compañeros.
PIERRE. ¡Oh! ¡Quel affaire!
PEPA. ¡Cuánta guita!
JHON. God save the queen.
ANT. Silencio.
Dejadme solo. Yo aquí
los recibo. Soy el dueño
del hotel. Venid después
para celebrar consejo.
(Vanse por el fondo Pierre, Jhon y Pepa).
Por supuesto, somos todos
unos pillos. ¡Qué remedio!
Por supuesto: si yo saco
treinta ó cuarenta, me quedo
con treinta y cinco y les doy
una propinilla á éstos;

porque por partes iguales,
lo que es eso, por supuesto.

ESCENA VIII

ANTONIO; PANCHA, LAURA, CHICHITO y PEDRO por el fondo. Trajes claros y de verano.

PANCHA. Felices. (Acento cubano).
LAURA. Muy buenas noches.
ANT. Por aquí... adelante... Pedro...
con muchísimo cuidado
pon esas maletas dentro.
Que suban pronto los mozos
los baules.
PEDRO. Al momento. (Sale).
LAURA. ¿Vous etés monsieur Pierre Laborde?
ANT. Sí, señora; yo soy Pedro.
LAURA. Pierre.
ANT. (¡Ah! Que soy francés.)
Sí, señora, el mismo; y tengo
(Con acento francés).
un gran honor en ponerme
á sus órdenes. Dispuesto
está todo. Aquí hallarán
el servicio y el esmero
de los mejores hoteles
del continente europeo.
LAURA. Mamá, ¡qué cansada estoy!
casi tenerme no puedo.
PANCHA. Yo estoy cansá, reventá,
y aplaná. ¡Ay! ¡Qué mareo
de tren! Tengo chiribitas
en los ojos, y estoy viendo
pasar delante de mí
aún los palos del telégrafo.
Y tú, Chichito, hijo mío,
niño, ¿estás también molesto?
CHICH. ¿Y cómo no?
PANCHA. ¡Pobre niño!
CHICH. No hemos encontrado asiento
en el Sleeping, estrecha

la berlina, metro y medio
yo de piernas, he venido
en tres dobleces, y tengo
partidas las choquezuelas
y los riñones deshechos.

Ant. Pueden descansar, lavarse,
tomar algún alimento
después. Aquí, la señora
tiene preparado el lecho,
(Señala á la primera de la derecha).
su chambre ó coucher; es un cuarto
precioso, un invernadero
con vistas al Mediodía.
Este segundo aposento
(Segunda de la derecha).
es para la señorita:
un boudoir color de cielo
capitonné; dos balcones
y un gran mirador en medio
con vistas al Mediodía.
Aquí tiene el caballero
su cuarto, que es una estufa
(Primera de la izquierda).
donde no se enciende fuego...
con vistas al Mediodía.
Esta casa es un modelo
de viviendas. Siempre aquí
tenemos un sol espléndido:
en primavera, en verano,
en otoño y en invierno.

Laura. ¡Miren qué casa! ¿Y también
cuando está nublado?

Ant. Eso,
señorita...

Pancha. Está la mesa
ya preparada. Me alegro.
Hoy no he comido, y estoy
ya del desfallecimiento
debilitá, desganá
y desmejorá. Lucero,
Laurita, ¿y tú, hija mía,
niña?

LAURA. Pues yo tengo hueco
el estómago. Con gusto
tomaría un dulce, queso
de almendra, una chirimoya,
plátanos fritos con huevo,
ó un poco de chocolate
crudo que me arregle el cuerpo.

ANT. Por supuesto, ¿comerán
solos aquí?

CHICH. No por cierto.
Nosotros somos sociables.
Comiendo solos, comemos
poco, monsieur Pierre. Nosotros
hablamos poco. Por eso
queremos mesa redonda;
que aunque nosotros no hablemos,
como hablan siempre, ya unos,
ó ya los otros, oyendo
lo que los unos murmuran
de los otros, muy contentos
nosotros con unos y otros,
pasamos mejor el tiempo.

ANT. ¡Ah! Pues no hay inconveniente,
señores. Allí tenemos
el comedor grande, y éste,
que es el comedor pequeño.
Allí se sienta á la mesa
los de poco más ó menos,
el vulgo, y aquí muy pocos,
porque es este un privilegio.
Aquí comerán ustedes
con dos ó tres extranjeros
de distinción.

PANCHA. Vamos, niña.

CHICH. Adiós, niñas.

LAURA. Hasta luego,
niño.

CHICH. ¿Mi cuarto?

ANT. Está aquí,
don Chichito.

CHICH. Voy corriendo.

(Vanse: Pancha, por la primera de la derecha; Lau-

ra, por la segunda de la derecha, y Chichito por la primera de la izquierda).

ESCENA IX

ANTONIO, PIERRE, PEPA, JHON y PEDRO

ANT. Todo va perfectamente.
¡Pierre!... ¡Pepa!... Venid... con tiento...
sin hacer ruido. (Entran por el fondo).
PIERRE. ¿Qué tal?
ANT. Un magnífico terceto.
Tres cubanos indolentes
que á voces están pidiendo
tres puntales cada uno
para tenerse derechos.
Los pobrecitos aquí
cayéndose medio muertos,
sin tener un buen sillón
de ancho y de cómodo asiento.
Jhon: todas las mecedoras
que hay en la casa, corriendo
aquí. Ayudadle vosotros.
(Vanse Jhon y Pedro por el fondo. Pierre, por la segunda de la izquierda).
PEPA. ¿Y qué familia es?
ANT. No sé.
PEPA. ¿Qué clase de parentesco?
ANT. No sé.
PEPA. ¿Son padres, son hijos,
son hermanos?
ANT. Desde luego
no son padres, porque son
todos niños.
PEPA. ¿Son pequeños?
ANT. Son grandes; pero son niños.
¿Qué quieres tú? Cosas de ellos.
PEPA. ¿Y de dinero?
ANT. Eso sí;
huelen todos á dinero.
Esta es gente poderosa,

que no puede con el peso
de las onzas, y nos mira
á todos con gran desprecio.

PEPA. ¿Son guapas?

ANT. Son hermosísimas.
La niña mayor, un cielo,
la niña pequeña un sol,
con un cuerpo tan esbelto...
y el niño... el niño es un zángano,
hija, que da gusto verlo.

(Entran Pedro, Pierre y Jhon, cada uno con una mecedora).

PIERRE. Aquí están las mecedoras.

JHON. All right.

PEDRO. Tres para tres.

ANT. Bueno.
Ahora es preciso tratar
un asunto grave y serio,
una gran complicación:
á ver lo que resolvemos.
Estos prefieren la mesa
redonda.

PIERRE. Eh bien...

ANT. ¿Dónde encuentro
huéspedes?

PIERRE. Eso es bien fácil;
eso está pronto resuelto.
Yo soy un huésped, Jhon otro.

PEPA. Y otra yo.

ANT. Sí; con pañuelo
á la cabeza.

PEPA. Me pongo
mi traje de seda nuevo.

PEDRO. Y yo también.

ANT. Tú no, hombre;
tú sirves.

PEDRO. ¡Vaya un empleo!

ANT. El que tienes. Ya te han visto
de lacayo, majadero.
Son tres más, y tú no comes.
Hay que añadir dos cubiertos.

(Pedro añade dos cubiertos).

PIERRE. Para estar más en carácter,
nos hacía falta un negro
para servir á la mesa.
PEPA. Es verdad.
ANT. Pues, toma, Pedro.
Le pintamos con hollín.
PEDRO. ¿Pintarme á mí? ¡Por supuesto!
Eso nunca.
ANT. Hombre, por Dios...
Te aumentaremos el sueldo.
Vas á ser rico. Anda, prueba,
habla; di con un acento
muy dulce: «nego, neguito,
café... mulato... amo bueno.»
PIERRE. Prueba, hombre.
PEDRO. (En gallego cerrado). Neguitu, amu,
café, mulatu, murenu...
PIERRE. No; para negro no sirve.
ANT. Nos quedaremos sin negro.
PIERRE. ¡Ah! ¡Sapristi!
ANT. ¿Qué?
PIERRE. ¡Ah, mon Dieu
de la France!
PEDRO. Pero ¿qué es eso?
PIERRE. Una gran dificultad
invencible.
ANT. No la veo.
PIERRE. ¡La comida!... ¡La portera!...
¡Darles yo pisto manchego
é sopas de ajo!
ANT. Es verdad.
PEPA. Pues se chuparán los dedos.
JHON. *Very bad.*
PIERRE. Se van mañana.
¡Ah! Si yo tuviese tiempo
de hacer algo...
JHON. Yes, rosbif.
PIERRE. ¡Qué rosbif! Algo ligero.
Espárragos á la crema,
una coliflor con queso,
zanahorias con azúcar,
patos con naranjas, berros

á la broche... ¡Qué deshonneur!
¡Ah! ¿Qué dirán mis abuelos?
(Vase por el fondo).

PEPA. ¡Anda con Dios! Se ha empeñado
este hombre en que reventemos.

ANT. Andad... á vestirse... pronto.
Tú á la antesala, á tu puesto.
(Vanse Pepa, Jhon y Pedro).
Y yo á ponerme de frac,
el frac que me sienta al pelo.
¡Cómo me sirven ahora
todos los viajes que he hecho
con mi señor el Vizconde
en sus días de soltero!
Yo presido la comida
de etiqueta, como dueño
de la casa, esto es lo *pschut*,
lo *chic* en el extranjero.
(Vase por el fondo).

ESCENA X

PANCHA, LAURA y CHICHITO. Salen cada uno de su cuarto.

LAURA. ¡Ay, mamá! ¡Una mecedora!

PANCHA. ¿Una mecedora? Tres.

CHICH. Aquí estoy yo.

PANCHA. Esto es
lo que nos faltaba ahora.
(Se sientan cada uno en su mecedora y se columpian).

LAURA. ¡Ay, qué bien! ¡Qué descansada
después del maldito tren!
Me produce este vaivén
la ilusión de ir embarcada.

CHICH. Ir en el tren me encocora.
¡Ay, qué bien se pasa el charco
en un barco!

LAURA. Es porque el barco
parece una mecedora.

PANCHA. Así somos, hijos míos,

cariñosos, indolentes.
¡Qué rígidas estas gentes
de Europa, estos pueblos fríos!
No comprende el extranjero
esta divina pereza.
Están hechos de una pieza,
con el corazón de acero.
Gente para el trato huraña,
para querer, impasibles.
Nosotros somos flexibles
y dulces como la caña.
Aquel sol abrasador
lo que es nuestra alma retrata,
el corazón se dilata
á una palabra de amor,
y la sensible habanera
que en casa se está meciendo,
á solas está diciendo: (Meciéndose).
¿dónde hay... uno... que me... quiera?
Y siempre alguien oportuno
contesta.

LAURA. Pues yo me mezo
y de fastidio bostezo
porque no llega ninguno.
Y á San Antonio le invoco
sin que remedie mis daños,
y llevo veintidós años
de mecerme, que no es poco.
Pretendientes... eso sí.
Harta y cansada me tienen;
pero sospecho que vienen
por mi plata y no por mí.
Y á todos mando á paseo,
aunque se enojan conmigo;
y columpiándome, digo: (Meciéndose).
eres... turco... y no... te creo.

PANCHA. Y tú, ¿qué dices?

LAURA. Mamá,
no le preguntes; Chichito
está triste.

CHICH. ¡Pobrecito
Chichito, qué triste está!

PANCHA. ¿Es que estás enamorado?
CHICH. Sí, mamá; como un salvaje.
LAURA. De aquella que vió en el viaje
á Europa el año pasado.
CHICH. De sus encantos cautivo
quedé, y herido y enfermo;
desde entonces ya no duermo,
ni como, ni ando, ni vivo.
LAURA. ¡Jesús! ¡Qué amor tan ardiente!
CHICH. Por ella he cruzado el mar;
por ella he de visitar
los pueblos del continente.
París, Londres, Berna, Niza...
Por hallarla subiré
al pico más alto de
las montañas de Suiza.
PANCHA. ¿Al pico más alto?
CHICH. Sí;
aunque eso inútil será.
En el pico no estará,
porque ¿qué ha de hacer allí?
LAURA. Tu familia te acompaña;
iremos tras ti viajando.
Yo también vengo buscando
mi media naranja á España.
Aunque fríos y flemáticos
y con otros mil defectos,
por lo limpios y correctos...
me encantan los diplomáticos.
Con un noble con corona
condal me verás casada.
Un attaché de embajada,
y attaché de mi persona.
PANCHA. Pues buscaremos doquiera
ese attaché.
LAURA. Sí; un francés.
PANCHA. Cásate. Casarse es
el fin de nuestra carrera.
Hoy, viuda, comprendo ahora
que se halla mejor reposo
en los brazos de un esposo
que en los de una mecedora. (Pausa breve).

CHICH. ¡Qué frío hace!
PANCHA. De seguro
yo aquí en invierno me muero.
LAURA. Treinta grados sobre cero
á lo más.
CHICH. Hielito puro.
(Pancha deja caer el pañuelo; hace un esfuerzo para cogerlo, y no puede).
PANCHA. Niña, mira, dáme acá.
Se me ha caído el pañuelo.
No puedo llegar al suelo,
porque estoy aniquilá.
LAURA. (Hace un esfuerzo para incorporarse).
El pañuelo... Se cayó...
Levantarme necesito...
Coge el pañuelo, Chichito,
porque estoy muy floja yo.
CHICH. (Haciendo un movimiento para levantarse).
El pañuelo... está en el suelo...
¡Ay! Yo estoy flojo también.
Muchacho... muchacho... ven...
á coger este pañuelo.
LAURA. ¿Sabes qué pienso? Ojeriza
no me tengas.
CHICH. Que se sepa.
LAURA. Que tú no eres el que trepa
á los montes de Suiza.

ESCENA XI

DICHOS; ANTONIO, por el fondo, de frac.

ANT. ¿Han llamado? (Sin acento francés).
LAURA. ¡Calla! ¡Si es
monsieur Pierre!
PANCHA. ¿Me quiere dar
ese pañuelo?
LAURA. ¿El mouchoir?
ANT. (Es verdad, que soy francés).
PANCHA. Gracias.

ANT. No hay de qué, señora.
(Con acento francés).
Yo estoy por servirla aquí.
LAURA. ¿Está la comida?
ANT. Sí.
Vienen á servirla ahora.
(Suena dentro una campana).
El toque. (Ha tenido aquel
muy buenas ideas hoy.
Si me parece que estoy
de verdad en un hotel).
CHICH. ¿No hay huéspedes?
ANT. Al salón
ahora vendrán los demás.
Son dos ó tres nada más;
pero de gran posición.

ESCENA XII

DICHOS; JHON, PIERRE y PEPA, con traje negro y un lazo ridículo en la cabeza. Jhon de levita, Pierre de frac, con un monocle y una placa.

PEPA. Mu güenas noches.
ANT. (¡Dios mío!)
PEPA. Don Pedro y la compañía,
¿qué tal?
PANCHA. (¡Qué facha, hija mía!)
ANT. ¡Calla, animal! (Bajo).
PEPA. ¡Ay qué tío!
¿Pues qué he hecho yo?
ANT. ¿Callarás?...
Lo vas á echar á perder.
PEPA. Y si me hablan, ¿qué he de hacer?
ANT. Decir «sí, no,» y nada más
CHICH. (¡Buena mujer, pero buena!
de muchas libras).
PIERRE. (Entrando). Bon soir.
JHON. Good night. (Entrando).
ANT. (Bajo). ¿Pudiste guisar?
PIERRE. Rien de tout. ¡Mon Dieu, qué cena!

LAURA. Monsieur Pierre...

ANT. ¿Qué manda osté?

LAURA. ¿Quién es aquel extranjero? (Por Pierre).

ANT. ¿Cual?

LAURA. El que ha entrado primero.

ANT. ¡Un attaché!

LAURA. ¡Un attaché!
(Sorprendida agradablemente).
(¡Niña mía, qué sorpresa!)
Preséntemelo. (A Antonio).

ANT. Muy bien. (Llama á Pierre).
Monsieur Brillat Savarin, (Le presenta).
de la embajada francesa.
Doña Pancha Díaz.

PIERRE. ¡Ah!
Madame...

PANCHA. Mi hija.

PIERRE. Señorita...
¡Oh! ¡Qué niña tan bonita!

LAURA. (Es un attaché, mamá).

CHICH. (Entre Jhon y Pepa. A Pepa).
¿Usté es, señora, de aquí?

PEPA. Sí.

CHICH. ¡Qué país peregrino!

PEPA. Sí.

CHICH. ¡Qué cielo tan divino!

PEPA. Sí.

CHICH. ¡Qué hermoso Madrid!

PEPA. Sí.

CHICH. ¿Usted, caballero, inglés? (A Jhon).

JHON. Yes.

CHICH. ¡Qué magnífica tierra!

JHON. Yes.

CHICH. Me enamora Inglaterra.

JHON. Yes.

CHICH. ¡Qué grande Londres!

JHON. Yes.

CHICH. (A Pepa).
¿A usted la gusta viajar?

PEPA. Sí.

CHICH. ¿Cuando llega el estío?

PEPA. Sí.

CHICH. (¡Qué dos tipos, Dios mío!
¡Me canso de preguntar!)
(Laura, Pancha, Pierre y Antonio en otro grupo).
LAURA. ¡Oh! La tengo mucho amor.
A mí Francia me enamora.
PIERRE. Es nuestra Francia, señora,
un país encantador.
Es un pueblo sin igual,
que adelanta, que progresa...
é la cocina francesa...
¡esa no tiene rival!
PANCHA. Nosotros tres, desde aquí,
vamos á la Exposición.
PIERRE. De todos admiración
es la torre Eiffel.
LAURA. ¡Oh! Sí.
PIERRE. El mundo ante ella se inclina.
Por supuesto, subirán.
Hay allí un gran restaurant
con una buena cocina.
LAURA. Londres, en cambio...
PIERRE. Tinieblas
con aquel brouillard del río...
PANCHA. Á mí me da escalofrío
los ingleses y las nieblas.
PIERRE. Es gente que rica está,
y de trabajar no cesa;
pero la cocina inglesa
es cocina muy bourgeois.
No es cocina de las finas
la cocina de Inglaterra.
PANCHA. (Para este señor la tierra
se compone de cocinas).
PIERRE. ¡Oh! Ya habrá observado osté
—en esto todos convienen,
todos,—los ingleses tienen
sólo buenas carnes.
LAURA. ¿Qué?
PANCHA. Serán las inglesas.
PIERRE. Mal
come el ciudadano inglés.
Las patatas, esa es

la comida nacional.
Siempre las sirven enteras,
y sus aliños dan risa.
¡La patata que se guisa
(Con entusiasmo).
de sesenta y tres maneras!
Con crema, á la parisién,
maitre hotel, con cornichón...
patata en ebullición...

Ant. ¡Pero monsieur Savarin!...

Laura. ¡Ay! ¡Cómo comen, mamá,
los diplomáticos.

Pancha. Sí;
no hacen otra cosa.

Ant. Aquí
tenemos la sopa ya.

ESCENA XIII

DICHOS; PEDRO, con la sopa.

Ant. Señoras...

Pancha. Vamos.

Ant. Señor...

Chich. Tengo muchísima gana.

Pierre. (¡Yo al lado de esta cubana,
que es un chico encantador!)
(Se sientan por el orden siguiente, de derecha á izquierda: Antonio, Jhon, Pepa, Chichito, Pancha, Laura y Pierre).

Pedro. (¡Eso es! Vosotros comiendo
y yo...) (Bajo á Antonio).

Ant. (Bajo). (Calla. Ve sirviendo.
Empieza por las señoras).

Laura. Sírvete tú la primera.

Pancha. ¿Qué sopa es esta? (Se sirve).

Laura. No sé.

Pierre. (¡Las sopas de ajo, mon Dieu!
¡Ah! ¡La maldita portera!...)

Laura. (A Antonio, sirviéndose).
¿Qué sopa es esta?

ANT. Esta es...
ahora no recuerdo el nombre.

PIERRE. Á ver... si... potaje d'ail

ANT. (¡Hombre!
¡Qué bien suena esto en francés!)
(Chichito se sirve).

PIERRE. Es una sopa famosa,
á la que ninguna iguala.

CHICH. Esta sopa está muy mala.

LAURA. Está sosa.

PIERRE. ¿Cómo sosa?
(Se agita inquieto en la silla).

LAURA. Está muy sosa.

PIERRE. (Eso no.
Es una sopa vulgar;
mas sosa no puede estar,
porque doy el punto yo;
yo soy un gran cocinero).

LAURA. ¡Si no se puede comer!

PIERRE. Á ver, señorita, á ver...
un momento.
(Coge una cucharada y prueba del plato de Laura).

LAURA. ¡Caballero!
(Vuelve á probar).

PANCHA. (¡Qué hombre tan inconveniente!)

PIERRE. (Paladeando).
Si... no está del todo mal.
Con un poquito de sal...
(Echa sal, mueve la sopa y la prueba).
Ahora está perfectamente.

LAURA. (¡Ave María Purísima!)

PIERRE. Se puede comer ahora.
¿A ver la de usted, señora?

PANCHA. No; la mía está riquísima.

CHICH. ¡Si es una sopa de pan!

ANT. (¡Pues vaya un descubrimiento!)

PIERRE. (A Pedro, bajo).
Trae otro plato al momento.
Corre. (Mañana se van,
¡y todo por la portera!)

ANT. (¡Ay, Dios mío, qué trabajo!)

PEPA. La verdad que sopas de ajo

las hace mejor cualquiera.
(Entra Pedro con otro plato).

PIERRE. ¿Qué traes ahí? (Bajo).
PEDRO. La ensalada.
PIERRE. Eso se trae al final
con el asado, ¡animal!
¡Torpe! Si no sabes nada.
PEDRO. ¡Que no me faltes á mí,
que te meto en la cabeza
el cacharro! (Amenazándole).
ANT. Pedro, empieza
á servir. ¿Qué haces ahí?
PEDRO. Si no fuera por...
ANT. Callad.
PEDRO. ¿Á que le suelto un descaro?
LAURA. ¡Mira! ¡Ahora ensalada!
(Se sirven Laura, Pancha y Chichito).
PIERRE. (¡Claro!
¡Si es una barbaridad!)
ANT. (¡Estoy dado á Belcebú!)
LAURA. (Mamá... este hombre... ¡qué nervioso!)
CHICH. Esto está muy soso.
PIERRE. (Desesperado). ¡Soso!
ANT. (¡Tú si que estás soso, tú!)
CHICH. Está mal aderezado,
y está muy poco sabroso.
LAURA. (Ese dice que está soso
porque no le tiene al lado).
CHICH. Veré si lo pongo bien
vertiendo medio salero.
Tiene usted un cocinero
muy mediano.
PIERRE. (¡Ah galopín!)
ANT. Le creí de los mejores;
pero á echarle estoy dispuesto.
PIERRE. (¡Yo no puedo sufrir esto!)
Muy buenas noches, señores.
(Vase por el fondo).
PEPA. La verdad que esta ensalada
no está mal aderezada,
aunque usted lo diga.
ANT. (Bajo). ¡Pepa!...

PEPA. ¡Poco delicado es!
¡Lástima de rejalgar! (Bajo).
ANT. Pero ¿te quieres callar?
PEPA. ¿Verdad que está bueno? (A Jhon).
JHON. Yes.
PEPA. Este caldillo, sorbido,
sabe á gloria, francamente.
(Jhon y Pepa empinan los platos y sorben el caldo).
PANCHA. Hija, vámonos. (Levantándose).
LAURA. ¡Qué gente!
ANT. ¿Qué es esto? ¡Si no han comido!
PANCHA. Con el cansancio del tren
se ha perdido el apetito.
¿Tú no te acuestas, Chichito?
CHICH. Voy á acostarme también.
(Se levantan Laura y Chichito).
PANCHA. (Abrazando á sus hijos).
Que durmáis muy bien los dos.
¿Aquella es mi estancia?
ANT. Aquélla.
PANCHA. Mándeme usté una doncella
para despeinarme.
ANT. (¡Ay, Dios!...
¡Esto se vuelve á enredar!
LAURA. ¿Aquél es mi cuarto? (A Antonio).
ANT. Sí.
LAURA. Mándeme usted otra á mí
que me ayude á desnudar.
(Vanse: Pancha, por la primera de la derecha, y Laura por la segunda de la derecha).
ANT. (Pues como no tome un coche
y salga á escape por ellas,
¡vaya usté á hallar dos doncellas
á las once de la noche!)
CHICH. Monsieur Pierre...
ANT. ¿Manda el señor?...
CHICH. Que me despierten temprano.
ANT. (Pensé que este ciudadano
me pedía otra).
CHICH. (En rigor,
temprano... hace frío aquí.

Me ha cansado tanto el tren...)
Que me llamen tarde.

Ant. Bien.

Chich. (Pero si me encanta á mí
madrugar... Madrugaré,
que ya estamos en verano).
Sí; que me llamen temprano.

Ant. Bueno; como mande usté.

Chich. (Pero por hacer alarde
de fuerte... Al fin es un día
de viaje... ¡Qué tontería!)
Oiga: que me llamen tarde.
Á las doce... no; á las dos.
Á las dos es tarde ya.
Á la una... Mejor será
que no me llamen. Adiós.
(Vase por la primera de la izquierda).

ESCENA XIV

ANTONIO, PEPA y JHON; después, PEDRO

Ant. ¡Ahí estás tan descansada!
¡Y tú, Jhon! ¡Y en este lío
metidos!... Ahora, Dios mío,
¿dónde hallar una criada?
(Se levantan Jhon y Pepa).

Pepa. Pues no es tan grande el belén
para apurarse.

Ant. ¿Que no?

Pepa. Tengo una sobrina yo
que puede servir muy bien.
Está en casa.

Ant. Baja ya,
y súbeme esa chiquilla.
(Campanilla dentro).
¿Qué es eso?

Pepa. La campanilla.

Ant. ¡Á estas horas! ¿Quién será?
No sé por qué me da frío
ese toque.

PEPA. Á ver, iré...

(Entra Pedro despavorido).

PEDRO. ¡Antonio!... ¡Jhon!... ¡Pepa!...

ANT. ¿Qué?

PEDRO. ¡Los señoritos!

LOS TRES. (Cayendo cada uno en una mecedora).

¡Dios mío!—*Telón rápido.*

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero. Los mismos muebles, menos la mesa de comer. Quedan en escena las tres mecedoras, platos, copas en una bandeja, el mantel y las tablas de la mesa.

ESCENA PRIMERA

ANTONIO, JHON, PIERRE, PEPA y PEDRO, cargados con platos, botellas y mantel. Momentos de confusión. Oyese dentro constantemente la campanilla.

ANT. (Saliendo por el foro de la derecha. Se ha quitado el frac y viste de americana).
De prisa, por Dios, de prisa.
Tú, llévate ese servicio (A Pedro).
de copas; tú, Jhon, los platos;
tú, el mantel. (A Pepa).
PEPA. ¡Qué laberinto!
ANT. (A Pierre). Tú, las tablas de la mesa.
Volved en seguida... listos.
(Vanse por el foro Pepa, Jhon, Pedro y Pierre. Sigue tocando la campanilla).
¡Ay! ¡En qué berengenal
tan horrible me he metido!
¿Qué habrá pasado? ¿Por qué
volverán los señoritos?
Si entraran... Si se marcharan

en seguida... Si un olvido
cualquiera fuese la causa
de vuelta tan de improviso...
(Salen por el foro otra vez Pepa, Jhon, Pierre y Pedro. Sigue tocando la campanilla).

PIERRE. ¿Qué hay que hacer?

ANT. Las mecedoras
pronto, corriendo, á su sitio;
y aquí otra vez.
(Vanse Pierre, Jhon y Pedro con las tres mecedoras: el primero por la segunda de la izquierda; los otros dos por el fondo).

PEPA. ¡Ay, Antonio!

ANT. ¡Ay, Pepa! ¡Estamos perdidos!

PEPA. (Siguen tocando la campanilla).
¡Y ellos llama que te llama!

ANT. ¡Qué campanilla, Dios mío!
Está loca; y yo estoy loco.

PEPA. Y ellos estarán lo mismo;
cansados ya de esperar,
y hechos unos basiliscos.

PEDRO. Ya está todo como estaba.
(Salen Pedro, Jhon y Pierre por donde han entrado: los dos primeros con una butaca cada uno, y el último con un velador).

ANT. ¡Como estaba! ¿Y estos tipos?
Estos tres en las tres camas
de los otros tres... ¡qué lío!
Tú, Pepa; tú, Jhon, huid,
escapad de este peligro.
Por la escalera interior
podéis bajar sin ser vistos.
(Campanilla continuada).

JHON. ¡Oh! ¡Thank you!

PEPA. Gracias, Antonio.
Corramos.

ANT. Sin hacer ruido.
(Vanse por el foro Pepa y Jhon).
Monsieur Pierre, á la cocina.
Fuera ya esos atavíos. (Campanilla).

PIERRE. Me pongo el tablier y el gorro,
y espero junto al hornillo.

(Vase por el foro. Sigue la campanilla).

Ant. Tú, Pedro, á abrir; yo á esperar
aquí el choque. Sal dormido,
restregándote los ojos
y tropezando, aturdido,
en los muebles.

Pedro. Voy temblando.
¡Oh, Virgen! ¡Oh, madre! ¡Oh, Cristo!
(Vase Pedro por el foro, y sigue tocando la campanilla).

Ant. ¡Perder mi puesto! ¡Perder
veinte mil duros y pico
que yo pensaba sacar
á estos tres desaboríos!
(Cesan los campanillazos y se oyen varias voces dentro de personas que regañan).
Ya abre Pedro; ya han entrado,
y ya vienen dando gritos.
¡Si yo pudiera meterme
bajo una silla, Dios mío!...

ESCENA II

ANTONIO; EL VIZCONDE, EMILIA y BLANCA; detrás, PEDRO por el foro. Pedro con una maleta.

Vizc. ¡Dos horas en la escalera!

Emilia. ¡Qué criados! ¡Enemigos
pagados!

Pedro. Si yo, señora...

Emilia. ¡Qué bien dijo el que lo dijo!

Blanca. Y la bendita portera
no está tampoco en su sitio.

Ant. (Con acento francés).
Como no los esperábamos,
estábamos tan tranquilos
á pierna suelta durmiendo.
Así nos ha sorprendido
la llamada, y está claro,
hemos tardado en vestirnos.

Vizc. ¿Tú con acento francés

hablando? ¿Qué es esto, chico?
ANT. (¡Ay! Que ahora no soy francés).
¿Yo acento, señor? ¡Un hijo
de Castilla!
VIZC. Estás durmiendo
todavía, por lo visto.
ANT. ¿Y á qué se debe el placer
de que aquí hayamos tenido
el placer de que tan pronto
tengan el placer?... (¡Qué lío
me hago!)
EMILIA. Hemos descarrilado
en el kilómetro cinco.
BLANCA. ¡Qué susto, mamá!
VIZC. Por poco
nos rompemos el bautismo.
ANT. Hemos tenido un placer...
VIZC. ¿Un placer?
ANT. Pudo haber sido
un choque. Les doy á usías
el parabien.
EMILIA. Lo recibo.
ANT. Por fin no se han roto nada.
BLANCA. Nada.
ANT. (No sé si sentirlo
ó alegrarme).
VIZC. Se asustaron
éstas de un modo inaudito;
se negaron á seguir
el viaje, y hemos tenido
que alquilar un carromato
tirado por un indigno
jamelgo que no podía
casi mover el vehículo.
ANT. Pero en el primer tren, sin duda,
se marcharán.
EMILIA. Yo no sigo
el viaje.
BLANCA. Pues yo no monto
ya en un tren.
ANT. (¡Estoy lucido!)
VIZC. Por lo pronto, cenaremos;

porque, eso sí, el apetito
es regular. Y después,
á la cama.

BLANCA. ¡Ay! Sí.

ANT. (¡Ay, Dios mío!
¿Y á qué cama?)

VIZC. ¿Y monsieur Pierre?
¿Le has llamado? ¿Se ha vestido?

ANT. Sí, señor.

VIZC. ¿Qué tomaremos?

BLANCA. Yo más que hambre tengo frío.

EMILIA. Lo que tú quieras.

BLANCA. Yo, nada.

VIZC. Pues hija mía, es preciso
cenar. Algo que se haga
muy pronto.

ANT. Tenemos pisto.

VIZC. ¿Qué pisto?

ANT. Y hay ensalada
también.

VIZC. No... ¡qué desatino!

ANT. Con sal.

VIZC. ¡Pero tú estás loco,
hombre!... ¿Qué te ha sucedido?
Mira, Pedro, di que venga
aquí el cocinero; á él mismo
le explicaré lo que quiero,
porque Antonio está en el limbo.
(Vase Pedro por el foro de la derecha).
Tú, vete. Si me haces falta
te llamaré.

ANT. (Si Chichito
sale... si sale Panchita...)

VIZC. Que te vayas. ¿No has oído?
(Vase Antonio por el foro de la derecha).

ESCENA III

VIZCONDE, EMILIA y BLANCA; después, PIERRE

BLANCA. Ahora en casa sin criadas
ni doncellas... ¡qué fastidio!
EMILIA. Ibamos por tanto tiempo,
que las hemos despedido.
VIZC. Y nos debemos marchar
otra vez.
BLANCA. Yo me resisto.
Tengo miedo.
VIZC. ¡Qué cobarde!
Si aquí ocurre un cataclismo,
tú serás la responsable.
Me quedo por tu capricho,
y don León desembarca,
y viene y me pega un tiro.
EMILIA. Eso no.
BLANCA. Pero ¿es tan fiero
ese americano?
VIZC. Un indio.
PIERRE. (Sale por el foro con el delantal puesto y la gorra en la mano).
Señor Vizconde...
VIZC. ¡Hola, Pierre!
Ven aquí.
PIERRE. (¡Qué compromiso!)
Señor... (¡Cómo estoy!... No sé
dónde estoy ni lo que digo).
Usted mandará, señor.
VIZC. Has de saber que venimos
con un apetito atroz.
Conque tú que eres activo,
prepáranos una cena
sabrosa, pero prontito.
PIERRE. Tres bien.
EMILIA. ¿Qué nos vas á dar?
PIERRE. Voy á darles... (¡Qué aturdido
estoy!) Les daré... (Un disgusto;
pero espantoso).

VIZC. ¿Qué has dicho
entre dientes?
PIERRE. Yo, señor...
VIZC. Para empezar...
PIERRE. Pues yo opino
que para empezar se debe
principiar... por el principio.
VIZC. El principio luego; antes sopa.
PIERRE. Eso es... me he confundido.
Una sopa, sí.
EMILIA. ¿Y de qué?
PIERRE. Sopa de pan, que es preciso
hacerla con pan.
EMILIA. Es claro.
VIZC. ¿Y después?
PIERRE. Después le guiso
á usía yo los riñones,
y á la señora los hígados,
y á la señorita...
BLANCA. No;
¡á mí no!
EMILIA. Si está dormido.
VIZC. Mira, vete, haz lo que quieras;
pero no tardes un siglo.
Pasemos al comedor.
Allí, sentado en mi sitio,
se me hace el tiempo más corto.
EMILIA. Como tú quieras.
BLANCA. Yo os sigo
para haceros compañía,
porque no tengo apetito.
(Vanse por el foro Emilia, Blanca y el Vizconde).

ESCENA IV

PIERRE

¡Mon Dieu! ¡Perder esta casa!
¡Salir de este Paraíso
donde he vivido feliz!
Aquí, donde el señorito

me daba para la plaza
diez duros, y tan tranquilo
le sisaba diez y medio
é nunca lo ha conocido.

ESCENA V

PIERRE y LAURA, que sale de su cuarto por el segundo término de la derecha.

LAURA. ¡Ay! ¡Cómo estoy! ¡Qué flojera!
Aquí hay gente. Un hombre. ¿Quién
será? ¡Monsieur Savarin!
PIERRE. (¡Ah! ¡Sacre bleu! ¡La habanera!)
LAURA. ¿Usté así? ¡Qué extravagancia!
PIERRE. ¿Se asombra de verme así?
Mi toilette de noche.
LAURA. Sí.
PIERRE. Esta es la derniere en Francia.
LAURA. Pues no es la moda bonita.
(¡Qué desfallecida salgo!
Voy á ver si me dan algo.)
PIERRE. ¿Dónde va usted, señorita? (Deteniéndola).
LAURA. ¿Que dónde voy? (Por demás
es curioso el attaché).
Voy donde voy.
PIERRE. No dé usté,
señorita, un paso más.
LAURA. ¡Ay! ¿Qué pasa?
PIERRE. No se asombre,
no se asuste usté. (¡En qué lío
estamos!)
LAURA. (Pero, Dios mío,
¡qué nervioso es este hombre!)
PIERRE. ¿Dónde va usté apresurada?
De aquí no puede salir.
Yo no puedo consentir
que usted se moleste en nada.
¡Tan jolie, tan hechicera,
dar usted misma un recado!
Yo soy su humilde criado,
y la traeré lo que quiera.

LAURA. Gracias, monsieur Savarin.
Pues iba...
PIERRE. Lo he comprendido.
En su cara lo he leído.
Hoy no hemos comido bien.
Tiene usted lo que yo tengo:
apetito.
LAURA. Hambre canina.
PIERRE. Iba usted...
LAURA. Á la cocina.
¡Qué vergüenza!
PIERRE. De allí vengo.
Salí de mi habitación
exánime, y allí fuí.
Yo entiendo de guisar.
LAURA. ¿Sí?
PIERRE. Un poco, por afición,
y no lo suelo hacer mal.
Allí, dándome gran prisa
y muriéndome de risa,
me puse este delantal.
Una perdiz encontré,
y me dije: «¡Soy feliz!»
y desplumé la perdiz,
y la limpié, y la trinché;
y á asarse la puse luego
entre dos hojas de parra,
porque así no se achicharra
aunque esté muy vivo el fuego.
Vivo estaba y se asó sola.
De la lumbre la saqué,
las alas la coloqué,
y la cabeza y la cola;
y en una fuente, rodeada
de pedazos de limón,
está diciendo: «garçón:
sirve una perdiz asada».
LAURA. Usted ha sido feliz,
y yo tan tranquila estoy... (Se dirige al fondo).
PIERRE. ¿Dónde va usted?
LAURA. Hombre, voy
á buscar otra perdiz.

PIERRE. No vaya usted; no es preciso.
Yo iré, y aquí la traerán
una perdiz, un faisán
y un ave del Paraíso.
LAURA. ¡Qué amable!
PIERRE. Pero entre usté
en su cuarto; se lo ruego.
LAURA. Corriente.
PIERRE. Yo vendré luego...
No salga; yo llamaré.
LAURA. Venga pronto. Es muy urgente.
Estoy casi desmayada.
PIERRE. ¡Silencio!
LAURA. ¿Qué es eso?
PIERRE. Nada.
(Pensé que venía gente).
Hable usted, por Dios, bajito.
LAURA. ¿Pero hay enfermo en la casa?
PIERRE. Hay un enfermo, y no pasa
de la noche el pobrecito.
LAURA. Pues hasta luego. (Muy bajo).
PIERRE. Hasta luego.
(Laura se va y vuelve).
LAURA. Monsieur... monsieur...
PIERRE. Señorita...
LAURA. La perdiz, muy doradita.
PIERRE. La voy á dorar á fuego
desde el cuello hasta las patas.
LAURA. Gracias, monsieur Savarin. (Se va y vuelve).
Monsieur... con patatas.
PIERRE. Bien.
LAURA. Monsieur... con muchas patatas.
(Vase por la segunda de la izquierda).

ESCENA VI

PIERRE y ANTONIO

PIERRE. ¡Qué bonita! Yo la hubiera
conquistado, é ya no hay tiempo.
ANT. Pero hombre, ¿qué hace usté aquí?

¿En qué piensa? Llame á Pedro,
á ver si los tres reunidos
podemos hallar un medio
natural para salir
con bien de este atolladero.
(Vase Pierre por el foro).
Por supuesto, esto no tiene
ni compostura ni arreglo.

ESCENA VII

ANTONIO y PANCHA, que sale por la primera de la derecha.

PANCHA. Monsieur Pierre.
ANT. (¡Ay! ¡Doña Pancha!)
¿Dónde va usted?
PANCHA. ¡Qué! ¿No puedo
salir de mi cuarto?
ANT. No.
En esta tierra de hielo
usted, cubana, salir
á tal hora, con tal fresco...
el relente de la noche...
PANCHA. Pero ¿relente aquí dentro?
ANT. Además, pueden llegar
los otros y sorprendernos.
PANCHA. ¿Cómo los otros?
ANT. No; nada.
(¡Si no sé lo que me pesco!)
PANCHA. Pero ¿no viene esa?
ANT. Ya
la tenemos puesta al fuego.
PANCHA. ¿Á la doncella?
ANT. La tila.
¿No han pedido al cocinero
una taza?
PANCHA. ¿Yo?
ANT. (Estoy loco).
PANCHA. ¡Usté ha perdido el acento
francés!...
ANT. El acento... (¡Ah! Sí.

Ahora soy francés. Bien, bueno.
Me da lo mismo). Entre usted
en su cuarto. Se lo ruego,
por Dios.

Pancha. Pero mándeme
esa doncella.

Ant. Al momento.

Pancha. La necesito. Yo soy
muy inútil, lo confieso.
¿Me levanto? Es necesario
que alguien me vista. ¿Me acuesto?
Me han de desnudar. ¿Peinarme?...
Sola yo nunca me peino.
¿Pasearme?... Ha de ser en coche.
Hasta hablar, con mucho esfuerzo,
sacándome las palabras
con tirabuzón del cuerpo.
Me casé, he tenido hijos,
y siempre le he dicho al médico:
«Conmigo no cuente usted.
Si ellos quieren nacer, bueno,
y si no quieren nacer
por la buena, ¡qué remedio!
Que se queden donde están,
porque yo no me molesto.»

Ant. ¡Pues es usted una alhaja!

Pancha. Valgo más oro que peso.

Ant. ¡Ay!... ¡Que vienen! Dentro... pronto...
Son ellos...

Pancha. ¿Cómo son ellos?
¡Pero hombre... pero por Dios!...
¡Pero esto es un atropello!
(La obliga á entrar en su cuarto).

Ant. (Dirigiéndose al foro para ver quien llega).
¡Ah! No. ¡Qué susto! Respiro.
Son Pedro y el cocinero.

ESCENA VIII

ANTONIO; PEDRO y PIERRE, que salen por el foro de la derecha.

PIERRE. Aquí estamos.
ANT. Acercarse
con precaución y silencio.
PIERRE. ¿Qué vamos á hacer, Antonio?
PEDRO. Eso digo yo.
ANT. Primero
quieren cenar, y después
piensan acostarse.
PIERRE. Puedo
tardar en hacer la cena
tres horas.
ANT. Muy bien. Tenemos
tres horas para idear,
para estrujar el cerebro
buscando algo que nos salve.
PEDRO. Es preciso echar á éstos.
PIERRE. Es necesario sacarlos.
ANT. Sacarlos vivos ó muertos.
Por mirarlos en la calle
daría...
PIERRE. Y yo.
ANT. Vamos, Pedro,
¿qué dices? ¿No se te ocurre
nada?
PEDRO. Se me ocurre un medio,
el único, el más sencillo,
el mejor y el más derecho.
Yo entro en este cuarto, tú
entras en ese aposento,
y tú en aquél. Somos tres
para tres.
ANT. Sí.
PEDRO. Los cogemos
por la fuerza, los tiramos
por el balcón...
ANT. ¡Hombre!

PEDRO. Y luego
cerramos.
ANT. ¡Qué atrocidad!
PIERRE. ¿No se te ocurre más que eso?
Eso es muy violento, hombre.
Por Dios... Yo tengo un proyecto
mejor.
ANT. ¿Mejor? Dilo pronto.
PIERRE. Verás. Yo le pego fuego
á la casa con petróleo.
A nuestros gritos, corriendo
se echan locos á la calle,
aquéllos vestidos, y éstos
sin vestir, é todos fuera
de la casa, é ya está hecho.
E si se quema Chichito,
que es un imbécil, me alegro.
ANT. Vamos; estáis rematados.
¡Vaya que tenéis ingenio!
PIERRE. (A Antonio).
¿Y tú? Tú no has dicho nada.
Habla... á ver ese talento.
(Suenan tres campanillas dentro).
ANT. ¡Las campanillas! ¡Llamando
los tres!
PIERRE. ¡Dios mío! ¡Qué estrépito!
ANT. Corre... Ata esas campanillas,
ó somos perdidos.
PEDRO. Vuelo. (Vase por el foro).
ANT. ¡Estas casuchas antiguas,
con estos malos cencerros...!
(Cesan de tocar las campanillas).

ESCENA IX

ANTONIO y PIERRE

ANT. Ya han callado las malditas.
PIERRE. El comedor está lejos,
y no se habrán enterado.
ANT. ¡Ojalá! Se pasa el tiempo

y no resolvemos nada.
¡Estoy idiota!

PIERRE. Yo tengo
otro medio. Este no es malo.

ANT. Explícate.

PIERRE. Yo les echo
en la comida un narcótico
á aquellos tres é los duermo.

ANT. Eso me parece bien.
Sigue.

PIERRE. Yo les sirvo á éstos
un chocolate, un café,
cualquier cosa, que contentos
tomarán, porque han comido
muy poco, é también los duermo.
Cogemos á aquellos tres
con cuidado, é los metemos
en donde están estos tres;
y á estos tres, con mucho tiento,
entre los tres los bajamos
doucement é los ponemos
en la mitad del arroyo
á que duerman al sereno.

ANT. Y el sereno, que está cerca,
paseándose da con ellos,
y los juzga tres cadáveres,
y sube y nos lleva presos.

PIERRE. Tú criticar; pero nada
se te ocurre.

ANT. Nada encuentro.

PIERRE. ¡Pasos!...

ANT. ¡Pasos!

PIERRE. Viene gente.

ANT. Corre á la puerta.

PIERRE. ¿Qué veo?
¡Las señoritas!

ANT. ¡Dios mío!

PIERRE. ¡Me verán! Yo aquí me meto.
(Vase por la segunda de la izquierda).

ESCENA X

ANTONIO; EMILIA y BLANCA, con una luz cada una: Emilia con las llaves en la otra mano.

ANT. ¿Qué es esto? Estará muy pronto
la cena.

EMILIA. Tenemos sueño.

BLANCA. Renunciamos á la cena.

ANT. ¿Cómo renunciar? Es bueno
tomar algo.

BLANCA. Yo me caigo
á pedazos.

ANT. (¡Dios del cielo!)

BLANCA. Adiós, mamita.

ANT. En ayunas
no es posible.

EMILIA. Dame un beso.

ANT. Si está en seguida la cena...
pero aguarden un momento.

BLANCA. Hasta mañana.

EMILIA. Adiós, hija,
que duermas bien.

(Se dirige Emilia á la primera de la izquierda y Blanca á la primera de la derecha).

ANT. ¡No!

EMILIA. (Volviéndose). ¿Qué es eso?
¿Has dicho no?

BLANCA. Yo, mamá,
creí que tú... Yo iba en silencio
á acostarme.

EMILIA. Yo también.

BLANCA. Pues adiós.

EMILIA. Adiós, lucero.

(Vanse Emilia por la primera de la izquierda y Blanca por la primera de la derecha).

ANT. Sólo resta encomendar
el alma á Dios. Padre nuestro,
que estás en el cielo...

EMILIA. / BLANCA. (Dentro). ¡Ah!

Ant. ¡La casa se vino al suelo!
(Entran corriendo espantadas Emilia y Blanca).
Blanca. (Saliendo). ¡Mamá!
Emilia. (Idem). ¡Blanca!
Blanca. ¡Hay gente aquí!
Emilia. ¡Y aquí, acostado, leyendo,
hay un hombre con un gorro!
Blanca. Y aquí no he visto del miedo
quién es: pero hay gente.
Emilia. ¡Antonio!
Ant. (Quiero escapar y no puedo.
Las piernas se me resisten).
Emilia. Antonio... pronto... ¿qué es esto?
Explícanos...
Ant. (Yo. ¿Qué digo?)
Es un extraño suceso.
No lo quiera usted saber,
señora.
Emilia. Quiero saberlo.
Ant. ¿No han visto ustedes que estoy
yo toda la noche inquieto,
nervioso, triste?...
Emilia. Es verdad.
Blanca. Tienes razón.
Ant. Pues por eso.
Quise alejarlas de aquí,
hice todos los esfuerzos
posibles, y ha sido en vano.
Al fin el choque... el encuentro...
¿Qué más puedo yo decir?
Emilia. Pues Antonio, no te entiendo.
Blanca. Ni yo.
Emilia. ¿Quién es ese hombre
ahí acostado, tan fresco,
tan tranquilo?
Ant. Que ¿quién es?
Blanca. ¿Quién es? Habla.
Ant. (¡Ah, majadero
de mí!) ¿Quién es ese hombre?
¿No lo aciertan?
Emilia. No lo acierto.
Ant. ¡Don León!

EMILIA. ¡Jesús, María!
¡El mejicano! ¡El del pleito!
BLANCA. ¡El que ha jurado matar
á mi padre!
EMILIA. ¡Dios eterno!
ANT. Estaba yo aquí tranquilo;
llaman, abro sin recelo,
y dando á la puerta un golpe
penetra un hombre colérico,
agitando en la derecha
un revólver y diciendo:
«¿En dónde está ese bandido,
dónde? ¡Que se dé por muerto!»
Su familia entra detrás,
y con súplicas y ruegos
procura calmarle; yo,
valeroso, le detengo
y le digo: «Se han marchado.
Están en el extranjero.»
«—¡Mejor!—exclama:—esta casa
es mía. Fué de mis abuelos.
Con mi dinero estos muebles
se han comprado. Soy el dueño
aquí de todo.» Acomoda
á toda su gente, luego
él á su gusto se instala.
Llaman ustedes en esto,
y yo, sin saber qué hacer,
loco entre todos me veo.
BLANCA. Corre, avisa á la pareja.
ANT. No, por Dios, nada de extremos
ni violencias con este hombre.
Es capaz de pegar fuego
á la casa.
EMILIA. ¡Qué conflicto!
ANT. Yo buscaré con ingenio
un recurso, una manera
de irlos sacando sin riesgo
uno por uno de aquí.
BLANCA. Nosotras te ayudaremos.
EMILIA. Mas, por Dios, que no se vean
los dos.

Blanca. Eso es lo que temo.
Ant. Ustedes á entretener
al señor. Yo, aquí me quedo
á discurrir, á pensar...
Emilia. ¡Ay! Que te ilumine el cielo.
Blanca. Un millón de gracias.
Emilia. Cuenta
con nuestro agradecimiento.
Ant. (Me va á valer todavía
esta pillada dinero).
Déjenme ya.
Emilia. Vámonos.
Ant. Pero sin hablar.
Blanca. Silencio.
Si te hago falta vendré.
Ant. No, no.
Blanca. (Yo estaré en acecho
por si le sucede algo).
Emilia. Vamos.
Blanca. ¡Qué susto!
Emilia. ¡Qué miedo!
(Vanse por el foro de la derecha).

ESCENA XI

ANTONIO y CHICHITO

Ant. Esto va perfectamente.
Buenos auxiliares tengo.
Chich. (Sale por la primera de la izquierda. Toilette de noche ridícula, y con una *Correspondencia de España* en la mano).
Monsieur Pierre...
Ant. (¡Adiós! ¡El otro!)
Chich. ¡Hombre! ¡Me gusta! ¡Qué ejemplos
en su casa! Es inmoral
lo que aquí está sucediendo...
¡un escándalo!
Ant. ¿Qué pasa?
Á ver.
Chich. Con razón me quejo.

Se me ha entrado una señora
hasta la alcoba.

Ant. ¿Y es eso?
¡Pues vaya un disgusto!

Chich. Y grande,
porque yo estaba leyendo
La Correspondencia.

Ant. ¿Y qué?

Chich. Que contaba que un viajero
había sido asesinado
en una fonda, y me veo
de repente un fantasmón
delante y un candelero
en su mano, y en la otra
un puñal.

Ant. ¡Hombre!... Un llavero.
Se ha equivocado de cuarto,
una huéspeda; pues bueno,
para otra vez eche usted
el cerrojo.

Chich. No le echo,
porque no tiene la entrada
cerrojo. ¡Qué desarreglo!
Tenga usted cuidado, usted.

Ant. Sí, pondré un alabardero
á la puerta.

Chich. ¡Ay, Dios! ¡Qué casa
para un viaje de recreo!
Ni se come, ni se bebe,
ni se duerme con sosiego.

Ant. Pues si es mala, márchese
ahora mismo.

Chich. Pues no quiero.

ESCENA XII

DICHOS; BLANCA, que sale por el foro.

Blanca. Disputan. ¿Qué pasará?

Ant. (¡La señorita! ¡Otro enredo!)

Blanca. ¿Qué ha sucedido?

Ant. No es nada.
Chich. (¡Calla! ¡Qué miro!)
Blanca. (¡Qué veo!)
Chich. (¡Es ella!)
Blanca. (Es el de París!)
¿Quién es éste? (A Antonio).
Ant. ¿Quién? El hijo
de don León.
Blanca. (Se abre el pecho
á la esperanza).
Chich. (¡Qué mona!)
Blanca. (Á éste sí que le convenzo).
Déjame sola con él.
Ant. ¿Cómo con él? (Asustado).
Blanca. Un momento.
Ant. Pero por Dios...
Blanca. No hay cuidado.
Ant. (¡Esto se va componiendo!)
No diga usted que esta casa (Bajo á Blanca).
es suya, porque frenético
se pondrá.
Blanca. Yo sé qué hacer.
Ant. (¡Estamos como queremos!)
(Vase por el foro).

ESCENA XIII

CHICHITO y BLANCA

Chich. (Más graciosa, más bonita,
más joven que la dejé).
Blanca. ¿Me ha reconocido usté?
Chich. Ya lo creo, señorita.
En París la conocí
un día por dicha mía.
Blanca. Cuando pasé con mi tía
una temporada allí.
Chich. En el Louvre, sin otros fines
que el de pasearme, entré,
y en el gran patio la hallé
comprando unos calcetines.

Quise el bazar recorrer;
pero el corazón dió un salto
en mi pecho, y dijo: «Alto,
hombre, mira á esa mujer.»
Salió usted, salí detrás,
y recorrimos á pie
el Primtemps, el Bon marché,
y cincuenta tiendas más;
yo, para andar, tan cobarde,
y ustedes como dos gamos.
¡Ay! ¡Mire usted que compramos
ropa blanca aquella tarde!

BLANCA. La última vez que nos vimos
fué en el Bois.

CHICH. Sí; fué en el Bois.
Me presentaron, y ya
juntos á París volvimos.
El sol claro, verde el suelo,
yo enamorado, usted bella,
en el arco de la Estrella
me atreví á llamarla «cielo».
La pedí misericordia,
la dije sin vacilar
que la quería al cruzar
la plaza de la Concordia.
Contestó con turbación,
y con voz poco serena,
y al dar con la Magdalena
lloraba usted de emoción.
La noche nos sorprendió
recorriendo el boulevard.
Con su tía, á mi pesar,
usted á un coche subió,
partió el coche como un rayo,
y me lo ocultó la noche.
¡Yo quedé envidiando al coche,
al cochero y al caballo!

BLANCA. Llegó un parte y fué forzoso
marchar. De pronto partí.

CHICH. Y yo á la Habana volví
con un spleen espantoso.
«¿Qué es lo que le pasa al niño?»

me dijeron: «¿Qué ha de ser?
»He perdido una mujer.»
«Pues ve á buscarla, cariño,
»si esa pasión te da guerra,
»y no nos pongas mal gesto».
Y salí de allí dispuesto
á dar la vuelta á la tierra.

BLANCA. Pues ya no tiene que dar
esa vuelta.

CHICH. Es consiguiente.
Yo me alegro, francamente,
porque me iba á reventar.
La he vuelto á ver tan bonita,
y me he creído morir.

BLANCA. Me está usté haciendo reir.

CHICH. Que no es chanza, señorita.

BLANCA. ¿Es posible tanto amor?

CHICH. Yo nunca miento. Es de veras.
Cierto.

BLANCA. Y si yo le pidiera
una prueba...

CHICH. Sin temor.
pídala. No retrocedo
ante nada.

BLANCA. (Sí; me ama).

CHICH. Yo soy el negro, usté el ama.
Me manda rodar y ruedo.
¿Es muy difícil?

BLANCA. Quizás.

CHICH. ¿Qué me pide? Vaya; pida.

BLANCA. Que deje usted en seguida
esta casa.

CHICH. ¿Nada más?
Pues no haga usted más extremos,
que la prueba me acomoda.

BLANCA. Ha de ser pronto y con toda
su familia.

CHICH. Nos iremos.
Si yo estoy muy mal aquí;
si yo no estoy de buen grado.

BLANCA. Se comprende.

CHICH. Y muy cargado.

BLANCA. Estará violento...
CHICH. Sí.
BLANCA. Es claro; teniendo buenos
sentimientos, aquí ¿quién
está?
CHICH. Y teniendo un buen
estómago, mucho menos.
Nos vamos. Ante testigos
se lo puedo prometer.
BLANCA. Entonces podemos ser
aún amigos.
CHICH. Más que amigos.

ESCENA XIV

DICHOS; ANTONIO, por el foro de la derecha, con un papel.

ANT. (¡Qué miro!... ¡Se dan la mano
estos dos! ¡Cosa más rara!)
BLANCA. Ya nos veremos.
CHICH. (No hay más
que salir de aquí. Sin falta
mañana, porque ahora ya,
¿cómo? Son las doce dadas).
Monsieur Pierre... ¡eh!... Monsieur Pierre...
ANT. (¡Ah! Soy yo. No me acordaba).
¿Manda el señor?
CHICH. Que me llamen
muy tempranito mañana.
ANT. ¿Conque tempranito?
CHICH. Sí.
Aunque es tan dulce la cama...
No, mejor es...
ANT. Mire usted; (Muy cargado).
si usted quiere, se levanta,
y si no se está acostado
hasta el domingo de Páscua,
¡y á mí me deja usté en paz!
CHICH. ¡Insolente! ¡Sin crianza!
(Á este hombre le mato yo

mañana de madrugada;
pero, madrugar... le mato
en levantándome, vaya).
¡Sin vergüenza! Señorita...

Blanca. ¡Caballero!...

Chich. (¡Está muy guapa!)

(Vase Chichito por la primera de la izquierda).

ESCENA XV

ANTONIO y BLANCA

Ant. Pero ¿usía le conoce?

Blanca. Le he hablado una vez en Francia.
Supe sólo que era un rico
americano. Ignoraba
de qué familia.

Ant. (¡Respiro!)

Blanca. Le he convencido, y se marcha.

Ant. Ese sí que es un buen chico.
¿Y el padre? Aquí está la jaula,
aquí está la fiera.
(Señalando la primera de la derecha).

Blanca. ¡Ay, Dios!
¡qué miedo!

Ant. No tema nada.
He encontrado un gran recurso.
Ahora respondo de él.

Blanca. Gracias,
Antonio.

Ant. Yo...

Blanca. Corro á dar
á mamá la nuevo fausta.
(Vase por el foro).

ESCENA XVI

ANTONIO y PANCHA

Ant. En leyendo este papal,
se larga; pero se larga
sin pasar aquí la noche.

¡Doña Pancha!... ¡doña Pancha!...
(Llama al cuarto de doña Pancha).

PANCHA. ¿Qué es esto? ¿Qué quiere usté?
¿Por qué está llama que llama?

ANT. Dispénseme osté, señora...
las costumbres de la casa...
En esta casa es costumbre,
ya desde fecha lejana,
de pasar á los viajeros
una nota detallada
por la noche de los gastos
de todo el día.

PANCHA. No es mala
la costumbre.

ANT. Un memorandum.
Así después no le extraña
la cuenta.

PANCHA. Vamos á ver
(Antonio le entrega la cuenta).

ANT. Desde la hora de llegada,
las nueve.

PANCHA. (Lee). «Unas sopas de ajo,
tres raciones.» Y bien malas.
(Sigue leyendo).
«¡Mil y quinientas pesetas!»
¿Qué es esto? ¡Jesús me valga!
¡Esto es una atrocidad,
un atropello, una estafa!

ANT. Doña Pancha... es la tarifa.

PANCHA. Cállese usted, Pancha-ampla.

ANT. Yo soy sólo el encargado;
el propietario me manda.
Si no la conviene el precio,
se va.

PANCHA. No me da la gana
de marcharme. Y á estas horas
menos, ¿sabe usted? Y echada,
jamás. Tengo yo fortuna
para estar una semana
en esta fonda. ¡Trescientos
pesos unas sopas! Nada...
Agua y pan como á los patos.

¡Vaya una fonda barata!
Esa suma no la pago.
Esto ha sido una emboscada.
Tendremos pleito.

Ant. Señora...

Pancha. Que los pleitos no me espantan.

Ant. Yo...

Pancha. Precisamente aquí
está en el Supremo Vargas,
Perico Vargas, que estuvo
de magistrado en la Habana,
y en vida de mi marido
estaba metido en casa
siempre, y todos le tratábamos
con muchísima confianza.
Y siempre con mi Narciso
de paseo en la volanta,
y al Círculo, y al café.
Las gentes aseguraban
que quería á mi marido
más que á mí. ¡Qué sofocada
estoy! ¡Qué nerviosa estoy!
Yo pediría una taza
de tila; mas si la pido,
tendré que pedir mañana
limosna.
(Se oye dentro toser al Vizconde).

Ant. (¡La tos del amo!)
Silencio, señora. Basta
de reflexiones, y adentro.

Pancha. ¡Adentro! ¿Qué es lo que pasa?

Ant. Que viene.

Pancha. Pero ¿quién viene?

Ant. ¡Pronto!

Pancha. ¡Dios mío!... ¡Qué casa!
(Antonio la obliga á entrar en su cuarto).

ESCENA XVII

ANTONIO; EL VIZCONDE, por el foro.

VIZC. ¿Dónde está ese cocinero?
Y tú, Antonio, ¿dónde andas?
ANT. Voy á buscarle, señor.
VIZC. ¡No tiene poca cachaza!
(Vase Antonio por el foro).

ESCENA XVIII

EL VIZCONDE

¿En dónde se habrá metido?
Como no haya ido á la plaza
ese hombre...
PIERRE. (Entreabre la puerta segunda de la izquierda y saca la cabeza).
¿Podré salir?
¡Monsieur le Vicomte! (Cierra de golpe).
VIZC. (Se vuelve al oir el ruido de la puerta).
¿Quién anda
ahí? No hay nadie. De noche
todos los ruidos me cargan.
No estoy bien. Me voy derecho
en cuanto cene á la cama,
y á dormir. ¡Ay qué delicia!
La verdad es que quebrantan
los viajes; y que á mi edad
está uno mejor en casa,
tranquilo, solo...
(Doña Pancha y Chichito abren las puertas de sus cuartos, primera de la derecha y primera de la izquierda, y dejan fuera el calzado, como es costumbre en las fondas, cerrando después).
¿Qué veo?
¡Jesús! ¡Cosa más extraña!
¿Qué zapatería es esta
que á mi casa se traslada?

Pero ¿cómo?... Pero ¿quién?...
¡Esto es comedia de magia!
¡Aquella puerta se abre!
(Segunda de la derecha).
¿Quién va? ¡Calle! ¡Una muchacha!

ESCENA XIX

EL VIZCONDE; LAURA, saliendo por la segunda de la derecha.

LAURA. (¡Esa perdiz no parece!
¡Ay, Dios mío! ¡Pues no tarda
el diplomático! Es claro;
si no sabrá una palabra
de cocina).
VIZC. Señorita...
LAURA. Caballero... (¡Con qué guasa
estará dale que dale
al fuelle! ¡Que tipo! ¡Vaya
con el hombre! Algo ordinario;
pero no me desagrada).
VIZC. Señorita...
LAURA. (¡Ay qué señor
más pegajoso y más facha!)
Muy señor mío.
VIZC. Dispense
usted; pero deseaba
saber cómo se halla aquí.
LAURA. ¡Vaya una pregunta rara!
Pues como usted.
VIZC. ¿Como yo?
LAURA. Es claro.
VIZC. Pero ¿qué causa...?
LAURA. Sin causa. Estoy porque estoy;
y estaré mientras me plazca.
VIZC. Pero, en fin, ¿con qué derecho?
LAURA. ¿Derecho?
VIZC. Esa es la palabra.
LAURA. Pues con el mismo derecho
que usted; no sea usted machaca.

VIZC. (¡Señor!... ¡Esto es lo inaudito!
¡Qué situación tan extraña!)
Dispense usted, señorita;
pero...

LAURA. Doy por terminada
la conversación.

VIZC. Yo quiero
saber...

LAURA. Hará q :e me vaya
á mi cuarto.

VIZC. Diga usted
al mío.

LAURA. ¿Al suyo?

VIZC. ¡Caramba!
¿Sabré yo cuál es mi cuarto?

LAURA. ¡Y yo! ¿Estoy desmemoriada
ó demente? Este es mi cuarto;
la habitación inmediata
de mamá.

VIZC. ¿De su mamá?
¿Su mamá es la propietaria
de esos zapatos?

LAURA. La misma.

VIZC. Si usted quisiera llamarla.
Debo decirla algo urgente.

LAURA. Veré... si no está acostada...

VIZC. ¿Cómo acostada?

LAURA. Pues hombre,
¿se figura usted que pasa
mi mamá la noche en vela?
Mamá, sal.

PANCHA. (Saliendo). ¿Qué quieres, Laura?

ESCENA XX

DICHOS; PANCHA, por la primera de la derecha.

VIZC. Dispénseme usted, señora;
pero necesito hablarla
para aclarar ciertas cosas,
en verdad extraordinarias.
Yo soy de esta casa el dueño.

PANCHA. Me alegro. No deseaba
otra cosa, amigo mío,
más que echármelo á la cara.

VIZC. ¿Para qué?

PANCHA. ¡Para decirle
sin rodeos ni metáforas
que es usté un ladrón!

VIZC. ¡Señora!...

PANCHA. ¡Y que otros con menos causa
están en Ceuta!

VIZC. ¡Señora!...
¡Á mí ninguno me falta!

PANCHA. ¡Yo le falto á usted!

LAURA. (Dirigiéndose á la primera de la izquierda).
Chichito...
Chichito... pronto.

CHICH. (Saliendo de la primera de la izquierda).
¿Qué pasa?

VIZC. Pero esta gente, ¿quién es?
(Dirigiéndose al foro).
¡Antonio!... ¡Antonio!...

ANT. (Sale por el foro). ¿Me llaman?
¡Pancha, Chichito, el señor!
¡Huyamos!
(Va á marcharse por el foro, y Emilia y Blanca, que salen al mismo tiempo, le detienen).

EMILIA. ¡Eh!... No te vayas.

BLANCA. Ahora no nos dejes solos,
por Dios. (Bajo).

ANT. (Cogido en la trampa).

ESCENA XXI

PANCHA, LAURA, CHICHITO, EL VIZCONDE,
EMILIA, BLANCA y ANTONIO

EMILIA. (¡Prudencia!) (Bajo al Vizconde).

VIZC. Pero esta gente,
¿quién es?

EMILIA. ¿No lo sabes ya?
Don León y su familia.

VIZC. ¡Don León!

EMILIA. Déjame hablar
á mí. Señora... (Alto).

PANCHA. Usted mande.

EMILIA. Ustedes comprenderán
que su posición aquí
es falsa y es anormal,
y es imposible. Convenza
á don León. Salga en paz
de aquí.

PANCHA. ¿Quién es don León?

EMILIA. ¡Toma! Su marido.

PANCHA. ¿Hay tal?
Si soy viuda.

VIZC. ¿Usted? ¿Murió
su esposo? ¡Oh, felicidad!

PANCHA. (¡Ay! ¡Qué mala entraña tiene
esta gente! A ver: ¿qué mal
les hizo el pobre Narciso?)

VIZC. ¿Entonces se arreglarán
nuestras diferencias pronto?

PANCHA. ¿Diferencias? Venga acá,
hombre de Dios. Si mi esposo
no fué don León jamás,
y la sola diferencia
entre nosotros está
en la cuenta, que por eso
no paso.

VIZC. ¡En la cuenta!

EMILIA. ¿En cuál?

CHICH. ¿Cómo ha de haber diferencias
cuando yo pretendo entrar
en su familia; yo que amo
á esta niña angelical? (Por Blanca).

PANCHA. ¡Cómo!

CHICH. Si es la que buscaba.

PANCHA. ¿Que tú te vas á casar
con esa niña?

EMILIA. ¿Con Blanca?

VIZC. ¿Con mi hija?

PANCHA. Eso no será.

CHICH. ¿Y por qué?

PANCHA. ¡Tú con la hija
de una patrona!
ANT. (¡Agua va!)
PANCHA. ¡De una pupilera!
EMILIA. ¡Yo!...
PANCHA. Sí, señora.
EMILIA. ¡Insulto tal!...
Yo soy de la aristocracia.
BLANCA. ¡Pupilera mi mamá!
VIZC. Soy el Vizconde de Uriarte,
y esta dama principal
mi esposa; y ésta mi hija.
PANCHA. Hombre, déjeme usté en paz.
Usted será lo que quiera,
marqués, conde ó general;
pero esta casa es la casa
de Viajeros de Ultramar.
Aquí se me ha recibido
con toda formalidad;
se me ha preparado cuarto
y me han dado de cenar
en mesa redonda; y luego,
como quien clava un puñal,
me han leído este papel,
que dice... ustedes verán
lo que dice.
ANT. (¡Ábrete, tierra!)
PANCHA. «Unas sopas de ajo...»
ANT. (¡Ay!)
PANCHA. «Mil y quinientas pesetas.»
VIZC. ¡Dios mío!...
EMILIA. ¡Qué atrocidad!
PANCHA. «Por una ensalada, mil.»
ANT. (¡Ay!)
PANCHA. «Suplemento de sal,
»quinientas. Por una cama,
»mil. Si se quiere acostar
»en ella el huésped, quinientas:
»si duerme, mil. Por roncar,
»quinientas.» ¡Este es un robo!
Esto es capaz de sacar
de sus casillas á un santo

y al mismo Job, y á la más
pacífica, bonachona,
celeste y angelical;
y á mí, criolla, cubana
y floja y desmadejá.

VIZC. ¿Me permite usted, señora,
ese papel?

PANCHA. Allá va.

VIZC. (Lee para sí. Roconoce la letra de Antonio y se dirige á él).
¡La letra de Antonio! ¡Ah, pillo!
¡Ah, sin vergüenza! ¡Ah, truhán!
¡En un mesón convirtiendo
mi casa! ¡Te he de matar!

ANT. Señor Vizconde, perdón.

PANCHA. ¿Qué escucho? ¿Conque es verdad?

EMILIA. ¡Qué infame!

CHICH. Pero ¿qué es esto?

LAURA. Que á todos en general
nos han dado la guayaba.

CHICH. O la lata. Por acá
la llaman lata.

VIZC. Señora...
dispénseme usted.

PANCHA. Ya está
dispensado.

EMILIA. No era fácil
suponer...

BLANCA. Ni sospechar...

VIZC. Deseo saber con quién
tenemos la honra de hablar.

PANCHA. Pues Panchita Díaz, hija
de Díaz.

VIZC. Es natural.

PANCHA. Viuda de Díaz y madre
de diez.

VIZC. ¡Demonio! ¿Y están
aquí los diez?

PANCHA. No, señor.
Aquí estos dos, y ocho allá.

LAURA. Pero ha habido más viajeros
que nosotros.

Vizc. ¿Cómo más?
Pancha. Un inglés que parecía
un ave fría discca.
Chich. Y una señora algo tosca.
Ant. (¡Sudo tinta!)
Laura. Y además,
un attaché, un parisién
extravagante en verdad,
pero joven y simpático.
Vizc. ¡Ah, bribón! ¿En dónde están
el inglés y la señora,
di? (A Antonio furioso).
Ant. Se acaban de marchar.
Vizc. ¿Y el attaché?
Ant. En ese cuarto.
(Señalando el segundo término de la izquierda).
Vizc. Este señor, ¿qué dirá?
¡Qué vergüenza para mí!
Yo le debo presentar
mis excusas. (Acercándose á la puerta)
Caballero...
Monsieur l' attaché, faites moi
l'honneur de sortir.
Laura. No sale.
Ant. Ya no hay remedio, hombre, sal.
Vizc. ¡Qué veo! (Sale Pierre).
Laura. Pero ¿quién es?
Emilia. ¡Pierre!
Vizc. ¡Mi cocinero!
Laura. (Se desmaya). ¡Ah!
(Le rodean todos).
Blanca. ¿Qué tiene?
Emilia. ¿Se ha puesto mala?
Laura. No es nada, debilidad...
(¡Qué chasco!)
Vizc. Sí; ya es muy tarde.
Si ustedes quieren honrar
mi mesa...
Pancha. Con mucho gusto.
Vizc. Este bribón guisará
por última vez. Si quiere,
no lo hace del todo mal.

Y tú... (A Antonio).

ANT. Todo se ha perdido.

PIERRE. Menos el honor, Antoine.

PANCHA. Ahora... si yo me atreviese...
pero tengo cortedad.
Pide un aplauso, Chichito,
que yo me canso de hablar.

CHICH. ¿Que pida un aplauso yo?
Yo soy tan tímido y tan...
Tú, niña, pídele tú,
que á ti te le querrán dar.

LAURA. (Al público).
Si podéis, aplaudid fuerte;
y si no, con suavidad,
ó seremos gente al agua
los VIAJEROS DE ULTRAMAR.—*Telón.*

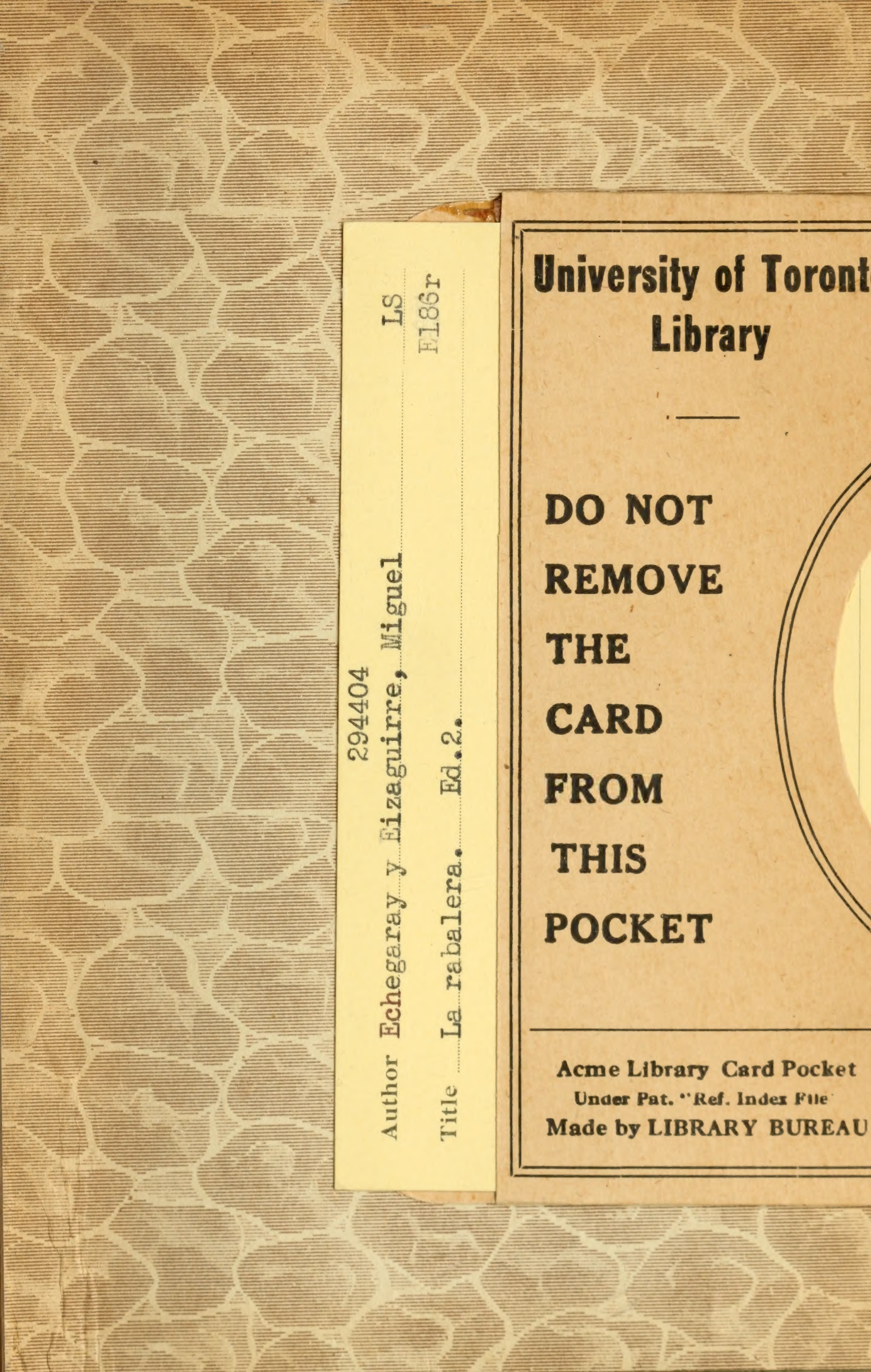
FIN DE LA COMEDIA

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Cara y cruz, juguete cómico en un acto y en verso.
El sexo débil, juguete cómico en un acto y en verso.
El único ejemplar, comedia en un acto y en verso.
Abogacía de pobres, juguete cómico en un acto y en verso.
Servir para algo, comedia en un acto y en verso.
El número tres, comedia en tres actos y en verso.
Vanitas vanitatum, comedia en tres actos y en verso.
Echar la llave, comedia en un acto y en verso.
Haz bien... comedia en tres actos y en verso.
Para una coqueta, un viejo, comedia en dos actos y en verso.
Inocencia... comedia en tres actos y en verso.
¡Al Santo, al Santo! apropósito cómico en dos actos y en verso.
Contra viento y marea, comedia en tres actos y en verso.
Cómo se empieza, comedia en un acto y en verso.
Una comedia y un drama, comedia en dos actos y en verso.
Como las golondrinas, comedia en tres actos y en verso.
Champagne frappé, juguete cómico en un acto y en verso.
Ni la paciencia de Job, comedia en tres actos y en verso.
El octavo, no mentir, comedia en tres actos y en verso.
La fuerza de un niño, comedia en tres actos y en verso.
Escurrir el bulto, comedia en un acto y en verso.
Por fuera y por dentro, comedia en dos actos y en verso.
La buena raza, comedia en tres actos y en verso.
¡Malditos números! comedia en tres actos y en verso.
Enseñar al que no sabe, comedia en tres actos y en verso.
La elocuencia del silencio, comedia en tres actos y en verso.
Sin familia, comedia en tres actos y en verso.
De todo un poco, revista en un acto, con el Sr. Vital Aza.
El otro, comedia en tres actos y en verso.
Un año más, revista en un acto, con el Sr. Vital Aza.
¿Pérez ó López? comedia en tres actos y en verso.
¡Pobre María! monólogo en un acto y en verso.
En plena luna de miel, comedia en un acto y en verso.
Sin solución, comedia en tres actos y en verso.
Pensión de demoiselles, humorada en un acto con el Sr. V. Aza.

Caerse de un nido, comedia en un acto y en verso.
Boda y bautizo, sainete, con el Sr. Vital Aza.
En primera clase, comedia en tres actos y en verso.
Un viaje á Suiza, arreglo en tres actos con el Sr. Vital Aza.
La mano derecha, juguete en un acto y en verso.
Los demonios en el cuerpo, comedia en un acto y en verso.
Vivir en grande, comedia en tres actos y en verso.
La lista grande, comedia en un acto y en verso.
El día del sacrificio, juguete en un acto y en verso.
Meterse á redentor, comedia en tres actos y en verso.
Manzanilla y dinamita, comedia en un acto y en verso.
¡Viva España! sainete en un acto en prosa y verso.
El enemigo, comedia en tres actos y en verso.
Los hugonotes, comedia en dos actos y en verso.
Entre parientes, comedia en un acto y en verso.
La sopa de almendra, apropósito en un acto y en verso.
Viajeros de Ultramar, comedia en dos actos y en verso.
La vieja ley, comedia en tres actos y en verso.
¿Me conoces? juguete cómico en un acto y en verso.
El tren del botijo, comedia en dos actos y en verso.
En casa de la modista, juguete cómico en un acto y en verso.
La niña mimada, comedia en tres actos y en verso.
La credencial, comedia en tres actos y en verso.
El sereno de mi calle, juguete cómico en un acto y en verso.
La señá Francisca, comedia en dos actos y en verso.
La revista, zarzuela en un acto, original y en verso, música del maestro Caballero.
Los hijos de Elena, juguete cómico en dos actos y en verso.
Abogar contra sí mismo, comedia en tres actos y en verso.
El dúo de la africana, zarzuela cómica en un acto y tres cuadros, original y en verso, música del maestro Caballero.
Las tres de la tarde, diálogo en un acto y en verso.
¡Al Santo, Al Santo! apropósito cómico en un acto y en verso.
La monja descalza, comedia en tres actos y en verso.
El Domingo de Ramos, zarzuela cómica en un acto y cuatro cuadros, original y en verso, música del maestro Bretón.
Fe, esperanza y caridad, juguete cómico en dos actos y en verso.
Magda, juguete cómico en un acto y en verso.
La bicicleta, juguete cómico en un acto y en verso.




294404
LS
E186r
Author Echegaray y Eizaguirre, Miguel
Title La rabalera. Ed.2.
University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

